CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



MADRID
JUNIO 1960

126

NUMERO 126 (JUNIO DE 1960)

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA A LA VISTA

BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección bibliográfica:

Portada y dibujos del dibujante español Juan José Copano.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

Desde 1948 esta Revista viene integrando el mundo hispánico en la cultura de nuestro tiempo. ● Por su atención a las manifestaciones profundas de sentir, del pensar y del crear hispanoamericano, y por su reflejo claro y español del latido espiritual de Europa, CUADERNOS es y seguirá siendo:

LA REVISTA DE AMERICA PARA EUROPA
LA REVISTA DE EUROPA PARA AMERICA

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA
Y ADMINISTRACIÓN

Avda. de los Reyes Católicos.
Instituto de Cultura Hispánica.

Teléfono 24 87 91 *

Dirección.........	Extensión	250
Secretaría.........	—	249
Administración.	—	221

MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Seis meses	100	pesetas.
Un año	190	—
Dos años	350	—
Cinco años	800	—
Ejemplar suelto	20	—

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETÍN DE SUSCRIPCION

D. ....

con residencia en ....

calle de .... núm. ....

se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de .... a partir del número ...., cuyo importe de .... pesetas se compromete a pagar a la presentación de recibo / contra reembolso (1).

Madrid, ... de .... de 195...

El suscriptor,

La Revista tendrá que remitirse a las siguientes señas: ....

....

(1) Táchese lo que no convenga.

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M-3.875-1958

126

DIRECCION, ADMINISTRACIÓN
Y SECRETARÍA

Avda. de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 24 87 91

MADRID

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

RELACION DE CORRESPONSALES DEL EXTRANJERO

Eisa Argentina, S. A. Araoz, 864. *Buenos Aires* (Argentina).—Gisbert & Cía. "Librería La Universitaria". Casilla, 195. *La Paz* (Bolivia).—D. Fernando Chinaglia. Rúa Teodoro Da Silva, 907. *Río de Janeiro,* Grajaú (Brasil).—Unión Comercial del Caribe. Carrera 43, núm. 36-30. *Barranquilla* (Colombia).—Librería Hispania. Carrera 7.ª, núm. 19-49. *Bogotá* (Colombia).—D. Carlos Climent. Unión Distribuidora de Ediciones. Calle 14, núm. 3-33. *Cali* (Colombia).—Don Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núm. 47-52. *Medellín* (Colombia).—Librería López. Avda. Central. *San José* (Costa Rica).—Don Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana* (Cuba).—Distribuidora Gral. de Publicaciones. Galería Imperio, 255. *Santiago de Chile* (Rep. de Chile).—Instituto Americano del Libro. Escofet Hnos. Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo* (Rep. Dominicana).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Aguirre, 717, entre Bocaya y Francisco García Avilés. *Guayaquil* (Ecuador).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Venezuela, 589, y Sucre esq. *Quito* (Ecuador). — Roig Spanish Books. 576, Sixth Avenue. *New York* 11, N. Y. (USA).—Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avd. Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador* (Rep. El Salvador).—Don Manuel Peláez. P. O. Box, 2224. *Manila* (Filipinas). — Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12. D. *Guatemala* (Rep. Guatemala).—Don Leopoldo de León Ovalle. 4.ª Calle (Calvario), frente a Telecomunicaciones. *Quezaltenango* (Rep. Guatemala).—Establecimiento Comercial de don Jesús M. Castañeda. *La Ceiba* (Honduras).—PP. Paulinas. Casa Cural. Apartado, núm. 2. *San Pedro de Sula* (Honduras). Librería "La Idea". Apartado Postal, 227. *Tegucigalpa* (Honduras).—Librería Font. Apartado 166. *Guadalajara* (México).—Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, 52. *México, D. F.* (México).—Don Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua* (Nicaragua).—Don Agustín Tijerino. *Chinandega* (Nicaragua). Don José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Pl. de Arango, 3. *Panamá* (Rep. de Panamá).—Don Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209 *Asunción* (Paraguay).—Don José Muñoz R. Jirón. Ayacucho, 154. *Lima* (Perú).—Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, 1.463. *San Juan* (Puerto Rico).—Eisa Uruguaya, S. A. Obligado, 1.314. *Montevideo* (Uruguay).—Distribuidora Continental. Ferrenquín a la Cruz, 175. *Caracas* (Venezuela).—Distribuidora Continental. *Maracaibo* (Venezuela).—Conwa Grossovertrieb GMBH. Danziger Strasse 35a. *Hamburg* 1 (Alemania).—W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel. Gereonstrasse, 25-29. *Koln* 1, Postfach (Alemania). — Agence et Messageries de la Presse. Rue de Persil, 14 a 22. *Bruselas* (Bélgica). Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París* (France).—Librairie Mollat. 15 rue Vital Carles. *Bordeaux* (Francia). — Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, 110. *Lisboa* (Portugal).—Stanley, Newsagent Confectioner. 14 Leinster Street (STH.). *Dublín* (Irlanda).

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

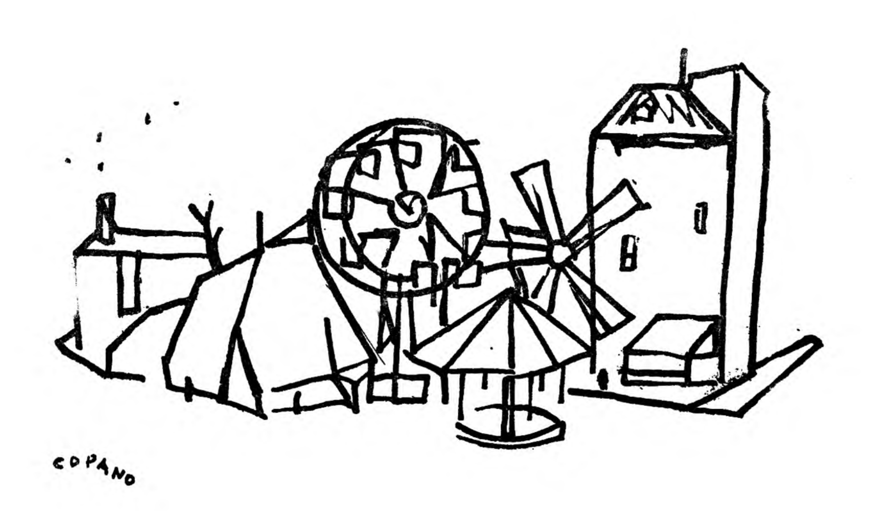
Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Telétonc 248791

MADRID

Precio del ejemplar ... ... 20 pesetas.
Suscripción anual .. .. 100 pesetas.

Gráficas VALERA, S. A.—Libertad, 20.—Teléfono 21-58-65.—Madrid



ARTE Y PENSAMIENTO

ORTEGA Y LA RENOVACION DEL PROBLEMA DEL SER: O UN FILOSOFO MALOGRADO

POR

RIGOBERTO JUAREZ-PAZ

I

Quienes hayan estudiado (y quizá también quienes solamente *conocen*) la obra de José Ortega y Gasset no podrán menos que estar de acuerdo con don Julián Marías cuando se refiere a *La Idea de Principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* de su maestro diciendo: «Ortega se ha pasado la vida entera escondiendo esos *bíceps* (i. e. los bíceps de su tecnicismo)... (pero) esta vez no ha podido hacerlo... porque su tema es precisamente ese tecnicismo como tal» (1), y sin duda tendrán también que compartir el sentimiento que lo lleva a agregar: «Siento la tentación de decir que es el libro más importante de Ortega, de todo cuanto escribió en su vida» (2). Digo esto porque quienes pensaron que Ortega escribía filosofía *popular* o literaria porque no podía adentrarse en los problemas *técnicos* y, por lo tanto, quienes no le creyeron cuando solía decir que su descenso a la plazuela del periodismo era dictado por la circunstancia intelectual española y por su deseo de enriquecer la cultura filosófica de su país haciendo la filosofía accesible a un mayor número, encontrarán en este libro amplia confirmación de lo que Ortega decía. Sin embargo, yo, por mi parte, no puedo compartir el sentimiento que ha impelido a don Julián Marías a escribir inmediatamente después: «Siento la tentación de ir más allá y agregar que es el libro de filosofía más importante publicado hasta ahora en el siglo XX» (3). Los libros de filosofía que más *me importan* (y no sólo a mí, desde luego) de los publicados en lo que va de nuestro siglo, desafortunadamente, no han sido pensados en nuestra lengua, sino en inglés y en alemán, y debo advertir que no he tomado en cuenta *Sein und Zeit.* Aunque mi preferencia, como tal, carece de importancia filosófica, tal vez tenga alguna importancia (pero no filosófica) sugerir que la *modernización* del pensamiento filosófico en el mundo hispanoamericano (tarea que Ortega empezó con tan

(1) Julián Marías, *Exhortación al estudio de un libro,* «Insula», 15. Enero, 1959.
(2) *Ibid.*
(3) *Ibid.*

buen éxito) podría y debería continuarse por medio de la introducción, análisis y crítica del pensamiento filosófico inglés contemporáneo. Pero esto es harina de otro costal.

En estos apuntes trataré de esclarecer, por lo menos, una de las ideas fundamentales de Ortega, partiendo de la crítica que él hace de Heidegger. De esta manera espero poder mostrar la naturaleza específica de su fracaso filosófico, pues se recordará que él mismo concibió la filosofía como fracaso. «Esa sospechosa y sospechada faena —nos dice— es, por la gracia de Dios, el menester llamado «filosofía», la única disciplina humana que no vive de su buen éxito y de lograr lo que intenta; al revés: consiste en fracasar siempre, porque lo necesario, lo ineludible en ella no es el logro, sino el intento» (4). A eso, por otra parte, debe inmediatamente agregarse que si bien es cierto que todos los filósofos han fracasado de una manera u otra, no es cierto que «en la filosofía el logro es total o no es» (5).

Me parece obvio que en todas las actividades humanas (y no menos en la filosofía) se puede fracasar a niveles muy distintos, de manera que en el concebir la filosofía como fracaso, sin más, existe el peligro de democratizar el fracasar filosófico, a tal punto que *la obra de los mejores* viene a ocupar el mismo nivel que la de todos los demás. El millonario que se suicida porque ya no puede controlar todo un imperio ferroviario no fracasa económicamente en el mismo sentido que el tendero de la esquina que se ve forzado a abandonar su negocio. Platón fracasó en su intento de esclarecer el concepto *participación* porque no tuvo a su disposición la teoría lógica que pudo haberlo ayudado a pensar ese concepto con la precisión y claridad que se le puede pensar hoy (6). Kant fracasó en su intento de deducir del concepto de un ser racional las condiciones suficientes y necesarias de la *categoricidad* de los principios morales porque, en parte por lo menos, el concepto *naturaleza de una cosa* no había sido analizado con todo rigor. Y los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente. Pero, tanto en un caso como en el otro, es menester reconocer los importantes logros. Cada quién fracasa en filosofía al nivel que lo llevó su propio pensamiento, y lo que me propongo hacer aquí puede concebirse como un intento de mostrar no tanto «el nivel del radicalismo» de Ortega como el de su fracaso, aunque de cierto modo los dos coinciden.

---

(4) Ortega y Gasset, *La Idea de Principio en Leibniz...*, p. 340.

(5) *Ibid.*, p. 343.

(6) Véase mi *Vlastos, Sellars y el tercer hombre en el Parménides*, *Revista de Psicología General y Aplicada*, Madrid, Enero-marzo, 1959, especialmente la nota en la p. 23.

II

Heidegger, nos dice Ortega, no se replantea el problema del Ser, «(en *Sein und Zeit*) *no se habla en ningún sitio sobre el Ser,* no se hace más que distinguir diferentes sentidos del ser con una intención no muy distinta de la que llevó a Aristóteles a hablar «de la pluralidad de sentidos del ser»... el radicalismo consiste no en buscar nuevos sentidos del Ente, como hace Heidegger, cuando se ocupa en describir definitoriamente el ente que consiste en «ser en el ahí», o *Dasein* u hombre; ni en inquirir cuál es la *entidad* de cada clase de ente, el Ser del Ente en oposición a la consistencia de este ente, sino en averiguar lo que significa Ser cuando usamos de este vocablo al preguntarnos «qué es algo»; por tanto, antes de saber qué clase de algo, de ente, tenemos delante. Esta es una pregunta que no se había hecho todavía, y por eso nadie ha visto con claridad qué diablo de cosa es el Ente» (7).

Es claro, pues, que Ortega no sólo se ha hecho formalmente la pregunta «qué es Ser» (y en esto reside su radicalismo), sino que ha ido más allá y ha dado respuesta a ella. Debo advertir que no me interesa averiguar si la novedad que Ortega atribuye a su preguntar puede defenderse en el tribunal de la historia de la filosofía, pero debo decir que hay excelentes razones para pensar que no. Lo que me interesa principalmente es analizar la respuesta a la pregunta, porque en esa respuesta encuentro yo la confusión que, en mi opinión, lo ató para siempre a su punto de partida, y la cual es responsable de que a su propio pensamiento no pueda aplicársele de lleno la interesante descripción que él hace de la filosofía al escribir: «Como la filosofía es una actividad, y la actividad es un movimiento, y el movimiento tiene un *terminus a quo,* de que parte y abandona, y un *terminus ad quem* al que espera y pretende, diremos que la filosofía, desde que arranca, logra ya trascender aquél y nunca ha arribado a éste» (8), pues sospecho que si en su caso el pensamiento filosófico no llegó a su *terminus ad quem,* esto se debe no tanto al fracasar intrínseco al filosofar (asumiendo que el fracaso le es intrínseco), sino a que nunca salió hacia él, a que se quedó en su punto de partida. Los filósofos habrán fracasado en la búsqueda de la Dulcinea del filosofar, pero muchos de ellos, como Don Quijote, salieron a los campos y ganaron batallas de mayor o menor importancia, mientras que Ortega parece haberse quedado en casa. Pero no argüiré esto en detalle.

(7) Ortega y Gasset, *Op. cit.,* pp. 331-32.
(8) *Ibid.,* p. 344.

«En 1925», escribe él, «yo enunciaba mi tema —algunos de mis discípulos podrían recordarlo— diciendo literalmente: 1, hay que renovar desde sus raíces el problema tradicional del Ser; 2, esto hay que hacerlo con el método fenomenológico en tanto y sólo en tanto significa éste un *pensar sintético* o *intuitivo* y no meramente conceptual-abstracto como es el pensar lógico tradicional; 3, pero es preciso integrar el método fenomenológico proporcionándole una dimensión de *pensar sistemático* que, como es sabido, no posee; 4 y último, que para que sea posible un pensar fenomenológico sistemático hay que partir de un fenómeno que sea *él por sí* sistema. Este fenómeno sistemático es la vida humana, y de su intuición y análisis hay que partir» (9).

Aunque hay mucho en este párrafo que necesita ser esclarecido, me limitaré a preguntar cómo es que Ortega renovó el problema tradicional del Ser, partiendo, como se supone él lo hizo, de la intuición y análisis de la vida humana. Que el análisis de la vida humana no efectúa la renovación del problema es claro porque Heidegger se ha ocupado de eso con buen éxito y, además, Ortega mismo nos ha dicho que Heidegger no se replantea el problema del ser, no se hace la pregunta fundamental «qué es Ser», de manera que es en la intuición del fenómeno vida humana que tal vez encontraremos, si no la pregunta en cuestión, por lo menos la respuesta que la presupone.

Es bien sabido que ya en *Goethe desde adentro* Ortega concibe sus *Meditaciones del Quijote* como portador de lo que en la obra póstuma a que he venido refiriéndome él llama «la renovación del problema del Ser» y, por tanto, sus ideas fundamentales. «Apenas hay uno o dos conceptos importantes de Heidegger —escribe— que no preexistan, a veces con anterioridad de trece años, en mis libros... Por ejemplo, la liberación del «sustancialismo» de toda idea de cosa en la idea de ser» (10).

Volvamos, pues, a la formulación inicial de la liberación en cuestión: «¿Cuándo nos abriremos a la convicción de que el ser definitivo del mundo no es materia ni es alma, no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva?» (11). Esta cuestión-afirmación, punto de partida del pensamiento de Ortega, fué considerada por él de gran importancia. Desafortunadamente él no se dió cuenta exacta de lo que se decía en 1914, y me ha sorprendido bastante ver que aún en esta importante obra póstuma (1947) todavía no había logrado ver la naturaleza de su intuición básica, pues he de decir que habiendo llegado

---

(9) *Ibid*, p. 332.
(10) Ortega y Gasset, *Obras Completas*, t. IV, p. 403, nota.
(11) *Ibid.*, t. I, p. 321.

independientemente a lo que yo considero *la* interpretación correcta de la cuestión-afirmación que me ocupa y, por tanto, de algo fundamental en su pensamiento, creí que él mismo confirmaría mi pequeño acierto. Pero ahora dudo mucho que en sus obras todavía por publicarse vamos a encontrar esa interpretación.

Creer que al decir que el ser definitivo del mundo no es ni materia ni es alma, no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva, Ortega ha enunciado una tesis del mismo tipo lógico que el materialismo o el idealismo, es equivocarse de plano, y Ortega debió haber entrevisto esto, como lo evidencia el hecho de que creyó que su posición filosófica va más allá del materialismo y del idealismo (12). Pero lo que es decisivo ni siquiera lo entrevió. Decir «el ser definitivo del mundo es una perspectiva» nos lleva más allá del materialismo y del idealismo, pero también nos lleva más allá de todo «ismo» de este tipo, y eso es desastroso. ¿Por qué es que en esta tesis tanto Ortega como algunos de sus distinguidos discípulos han visto una renovación del problema tradicional del Ser? Creo que lo que sigue lo explicará.

Al afirmar que el ser definitivo del mundo es una perspectiva, él nos ha dicho (sin darse cuenta cabal de ello) que cualquiera que sea el ser definitivo del mundo hay un hecho todavía más fundamental acerca de la realidad, esto es, que el ser de lo que es *es* antes que nada relación a un sujeto, o, como debió decir, que el ser de lo que es esencialmente *involucra,* o *envuelve* o *incorpora* (pero *no que es*) una perspectiva. Por tanto, sea cual fuere el ser definitivo del mundo (materia, espíritu, agua, fuego, o lo que usted guste), es necesario advertir que no puede pensarse lo que es, como siendo independientemente de un sujeto, o de una mente (o fuera de una perspectiva). Pero esto no debe confundirse con la aseveración: *No puede pensarse lo que es como siendo-independientemente-de-un-sujeto,* porque mientras que la primera afirmación es una tautología o un juicio analítico, la segunda no lo es, pues es, en efecto, la tesis del idealismo. La primera aserción simplemente dice que no puede haber pensamientos sobre el ser si no hay mentes que los piensen. La segunda dice que lo que es *es* pensamiento, o espíritu o alma.

Decir, por tanto, que el ser definitivo del mundo es una perspectiva *no es decir absolutamente nada acerca del ser de lo que es* (o del ser del Ente), *sino que simplemente es poner de manifiesto la condición necesaria de toda concepción del Ser.* De esto se sigue necesaria-

(12) Al decir que su posición va más allá del idealismo y del *realismo,* como algunos han dicho, ya se ha cometido un error: el abandono de toda tradición *cosista* no es equivalente al abandono de la tradición realista en ontología aunque, como se verá, Ortega también *abandona* el realismo porque en efecto no dice nada sobre el Ser.

mente que la afirmación «el Ser es una perspectiva», o como Ortega dice hablando de Comte: «Comte (fué) el primer pensador que hace consistir formalmente el Ser, lo Real, en *pura relación al hombre*» (13), *no puede ser una respuesta a la pregunta «qué es Ser», porque acerca del Ser mismo no dice absolutamente nada.* Pensar que al decir que el Ser *consiste* en pura relación al hombre se está describiendo lo que el Ser es, equivale a pensar que cuando decimos que la combustión requiere necesariamente la presencia de oxígeno estamos diciendo algo acerca de lo que la combustión es. Describir la condición necesaria de toda descripción del Ser no es describir lo que el Ser es.

No es de extrañar, por tanto, que la tesis de Ortega no puede entrar en conflicto con ninguna tesis acerca del Ser, pues su tesis es lógicamente independiente de toda tesis acerca del ser, es decir, que la verdad o falsedad de esa tesis es totalmente independiente de la verdad o falsedad de toda otra tesis metafísica u ontológica. *Es más, siendo la tesis fundamental de Ortega una tautología o un juicio analítico, es imposible negarla sin incurrir en contradicción,* y una tesis que es *en principio* innegable es una tesis que no *puede* (en la acepción lógica de este vocablo) decirnos nada informativo acerca del Ser.

Es precisamente porque Ortega no se dió cuenta de esto que creyó haber renovado el problema tradicional del Ser cuando dijo que el Ser no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva; pero, si mi argumento es correcto, Ortega ha abandonado la tradición *cosista* (si es que hay tal tradición en la ontología) *no* porque él haya mostrado que el ser del Ente 'no es cosa alguna determinada', sino porque cuando creyó haber ofrecido una respuesta a la pregunta «qué es Ser», en efecto dió respuesta a la pregunta «qué condiciones son necesarias para que haya una concepción del ser del Ente o del ser de cada clase de ente», o «qué condición es necesaria para que una concepción del ser del Ente o del ser de cada clase de ente sea posible», y ésta es una pregunta muy distinta.

Cabe decir, por tanto, que si Heidegger fracasó porque no se ocupó de la pregunta «qué es Ser» o, como dice Ortega, «no haber hecho esto es lo que me separa profundamente de Heidegger, a pesar de que admiro su indiscutible genialidad» (14), cabe decir, decía, que tal vez en eso se evidencia la genialidad del último, esto es, en haberse dado cuenta de que la pregunta «qué es Ser» abre la puerta a *una vía muerta* (como Ortega dice cuando se refiere a su anunciada no publicación del segundo volumen de *Sein und Zeit*), o a un callejón

---

(13) Ortega y Gasset, *La Idea de Principio...*, p. 337.
(14) *Ibid.*, p. 334.

sin salida, como prefiero decir yo, y que si la ontología es posible tiene que ser una descripción del ser de las diferentes clases de entes (pero especialmente del ser del *Dasein*) y no del ser del Ente como tal. En conclusión, diré que Ortega critica a Heidegger por no haberse hecho la pregunta «qué es Ser», creyendo erróneamente que él sí se la había hecho.

Rigoberto Juárez-Paz.
Philosophy Department.
The Pennsylvania State University.
UNIVERSITY PARK, PA. (U. S. A.)

RIMAS Y SONETOS REZAGADOS

POR

JOSE BERGAMIN

RIMAS

1

Tu pensamiento esconde
íntima voz lejana
que tiembla en la cadencia
sutil de las palabras.

Que temerosamente,
como un hilo de agua,
huye del manadero
palpitante del alma.

Huye de lo que busca;
de lo que encuentra, escapa;
y se ovilla en un eco
que las sombras devanan.

2

Al pasar por el parque me he encontrado
con un fantasma errante en sus caminos;
destello luminoso de hojas muertas,
Otoño sobre el suelo humedecido.

Tan inaudita música de lumbres
hace tangible el alma a los sentidos
como un rescoldo que se prende en llama
y una esperanza que se vuelve olvido.

Seguirán otros pasos a mis pasos,
pisarán esta tierra que yo piso:
pero no escucharán los mismos ecos
que yo estoy escuchando otros oídos.

Otros ojos verán lo que mis ojos,
pero no lo verán como los míos.
Y en otro Otoño pulsará el Otoño
otro latir de corazón vacío.

3

Yo te estaré esperando
aunque tú nunca vengas,
cuando vuelva el Otoño
a invitarme a su fiesta.

Cuando vea los árboles
arder en llamas quietas:
y un carnaval de luces
enmascare la tierra.

Cuando escuche en el aire
crujir la rama seca
al quebrarse y el grito
del ave que se aleja.

Cuando sienta el latido
de un corazón que tiembla.
Y el llanto de la lluvia
sobre las hojas muertas.

4

Agua sólo es el mar, agua es el río,
agua el torrente, y agua el arroyuelo.
Pero la voz que en ellos habla y canta
no es del agua, es del viento.

Agua es la blanca nieve silenciosa
y el mudo bloque de cristal del hielo.
Pero no es agua, es luz la voz que calla
maravillosamente en su silencio.

Agua es la nube oscura o luminosa,
errante prisionera de los cielos.
Pero su sombra, andando por la tierra
y el mar, no es agua, es sueño.

5

Las hojas verdes cubren los senderos,
hojas vivas aún que el viento arranca,
y equivocando otoño y primavera
equivocan recuerdos y esperanzas.

Esperar, recordar, seguir mirando
la verde rama que se dora en ascua,
hasta verla apagarse en sus destellos
dejándonos su sombra sobre el alma.

6

Ese que tú te crees que eres tú mismo,
ese que tú te crees que llevas dentro,
no eres tú, ni es tu alma, ni es tu vida,
ni siquiera es la sombra de tu cuerpo.

—¿Pues quién es ese yo que yo no soy,
ese que me está siendo sin yo serlo?
Pregúntaselo al otro, al que dejaste
perdido en una senda de tu sueño.

7

¿Por qué callas, dejando al pensamiento
sin voz, y sin palabra a los sentidos?
¿No ves que cuando siembras el silencio
preparas la cosecha del olvido?

8

Tu palabra es un eco de palabras,
una sombra de ideas.
Eres sólo una voz que ya no tiene
cuerpo que la sostenga.

Andas como un fantasma, como en sueños,
como si no existieras;
como si no pesaras en el aire,
como si no pisaras en la tierra.

9

Sombra huída en la sombra.
Sueño hundido en el sueño.
Luz presa en agua oscura, transparente
fantasma en el espejo.

Voz perdida en un eco, sin latido,
sin estremecimiento...
¡Luminosa ilusión de la esperanza
que se nos va apagando en el recuerdo!

10

Nuestro encuentro fué el encuentro
de no poderse encontrar,
encuentro de cielo y tierra;
encuentro de viento y mar;

encuentro de luz y sombra,
de sueño y de realidad;
encuentro de hielo y llama,
de tiempo y de eternidad.

Que un cuerpo y un alma juntos
no se pueden separar;
se encuentran en el encuentro
de no poderse encontrar.

11

Ahora que se me enciende la esperanza
más allá de la vida y del deseo,
ahora que estoy más cerca de la muerte,
me parece que estoy mucho más lejos.

Me parece que estoy mucho más lejos
porque el mundo se aleja de mi alma
y mi alma se aleja de mi cuerpo.

12

¡Sombras que fuisteis mi sueño!
¡Sueños que fuisteis mi sombra!
¡Cuándo me querréis dejar
con mi soledad a solas!

13

Volvió con el olvido, el desengaño.
Y volvieron de nuevo:
la ilusión de la vida, la alegría,
la esperanza, los sueños...

Pero aquel despertar gozoso al alba,
infantil grito del amor primero:
su sueño, su ilusión y su esperanza,
¡ya nunca más volvieron!

14

Soy como el eco que a tu voz responde,
como la sombra que a tu cuerpo sigue,
como el espejo que tu rostro esconde.

Soy como el parecer que al ser convierte
en aparente sueño de la vida,
espejo, sombra y eco de la muerte.

15

Este «ahora» y «aquí» que nunca han sido
y que nunca serán, que no están siendo,
abren al «yo», fantasma que los sueña,
un hueco sepulcral para su sueño.

Nadie podrá decirte
lo que el silencio guarda:
si una callada música
o un eco de palabras.

Si vanidad de todo
o plenitud de nada.
Si es disfraz de blasfemia
o fervor de plegaria.

Una voz que no encuentra
aposento en el aire
es una voz perdida
que no oye nunca nadie.

Su sonido se apaga
en los ecos distantes.
Y las sombras se llevan
sus palabras errantes.

Cuántas veces, huyendo de la muerte,
escuchabas sus pasos en tu sueño,
y al despertar, llenabas con palabras
el vacío errabundo de sus ecos.

Cuántas veces, creyendo que soñabas,
te aprisionó la muerte en su desvelo,
apagando en su sombra tus palabras
y la voz de tu sangre en su silencio.

Tu voz canta en la noche como un pájaro ciego,
como una voz que quiere dejar de ser tu voz,
hundirse en los abismos sonoros del silencio,
abrirle un precipicio oscuro a tu canción.

Canción que cae, caída cadenciosa de vuelo
en el aire, en los ecos dilatado temblor...
Caer, caer, caer, hasta sentir, cayendo,
el ala de la sombra que apaga el corazón.

16

INTIMA VOZ LEJANA

Tiembla la llama en el fuego
y su reflejo en el agua.
Tiembla tu sombra en el aire
y la luz en tu mirada.

Con lejanía de canto
tiembla el son de la campana.
Tiembla la voz del torrente
y su eco en la montaña.

Tiembla la ola en la espuma
al deshacerse en la playa.
Y tiemblan sobre la arena
las huellas de tus pisadas.

Tiemblan todas las estrellas
cuando las apaga el alba.
Y tiembla la oscuridad,
sintiéndose desvelada.

En el ahora y el hoy
tiembla el ayer y el mañana.
Y tiembla la eternidad
en el momento que pasa.

Tiembla el susurro del viento
en las arboledas altas.
Y el parlero andar del río
tiembla en la corriente clara.

Tiembla en tu pelo un sollozo
de oscuro llanto sin lágrimas.
El día y la noche tiemblan
al encontrarse en tu cara.

La soledad de los campos
tiembla en un piar de pájara,
con estremecido vuelo,
con estremecidas alas.

Tiembla la rama en el árbol
y la hoja tiembla en la rama.
Yo siento que está temblando
en mi corazón, tu alma.

SONETOS

1

El cielo es un abismo tenebroso
más hondo que el infierno y todavía
más helado y ardiente, en su porfía
de anonadante horror maravilloso.

Las estrellas y el sol, con pesaroso
vuelo, nos enmascaran, noche y día,
su soledad de infinitud sombría
que enmudecen de espanto luminoso.

Como una sobrehumana criatura
el mundo finge una razón secreta
que la celeste bóveda asegura.

Y en el espacio sideral se aquieta
el tiempo vivo, como eterna hechura
de la mano de Dios que lo sujeta.

2

Herida por la luz del mediodía
mi sombra cree que escapará del suelo,
y volviéndose a mí con ese anhelo
quiere dejar de ser la sombra mía.

Cuando ya siento su caricia fría
pasar mi cuerpo con ardor de hielo,
tan puro intento de imposible vuelo
no me ensombrece, ni me asombraría.

Sombra de una ilusión con luz incierta
quiere apagar sus ecos infernales
acallando mi voz que los despierta.

Sintiendo estoy sus ansias fantasmales
de esconder en la tierra su luz muerta
y huir la de los cielos inmortales.

(París, X-1955.)

3

A LA NIEVE

Nieve, traslado helado del hastío:
cuando desciendes blandamente al suelo
desde el abismo de tu oscuro cielo,
eres cobijo de silencio al frío.

Hasta que tu celeste desvarío
te apresa, precipicio de tu vuelo,
en duro celo, en crepitante hielo:
sedosa al paso pesaroso mío.

No dejas de ti misma, cuando helada,
más que el blanco fulgor de tu figura:
sudario de la luz aprisionada;

que esa radiante faz de tu blancura
por pálido cristal equivocada
te apaga en sueño, en sombra y noche oscura.

(París, 1957.)

4

A EUROPA

(En el centenario de Carlos V)

Europa no habla griego, que habla gringo
creyendo que está hablando el europeo:
babélico balido y balbuceo
que se americaniza de vikingo.

Nunca soñó un Imperio Carolingo
tan incontinental cocacoleo.
Ni encontró un Bonaparte a su deseo
tal respuesta, responso, ni respingo.

Respuesta que es apuesta y desatina.
Responso a la difunta Gran Bretaña.
Respingo que lo da quien más se empina.

Y mientras se la ignora o se la extraña
a una Europa, que, al serlo, fué latina,
ya no se habla en cristiano ni en España.

(París, 1958.)

5

AL VOLVER

Aquí nació mi vida a la esperanza
y aquí espero también que moriría;
ahora que vuelvo aquí, parecería
que el tiempo me persigue y no me alcanza.

Detiene otoño el paso a la mudanza
que en la luz, en el aire se extasía:
los árboles son llamas, su alegría
enciende ya mi bienaventuranza.

Todo pasó. Todo quedó lo mismo:
como si en este otoño floreciera,
ardiendo en el fulgor de su espejismo,

última para mí, la primavera;
abismo del no ser al ser abismo
la eternidad del tiempo prisionera.

6

Escucho con los ojos el latido
de la luz, que en el aire transparenta
el corazón del cielo y aposenta
en su inaudita música el sentido.

Maravillosamente suspendido,
el ánimo arrebata la violenta
explosión, que el otoño representa
en teatral incendio convertido.

Las llamas, extasiando sus fulgores
en la hilera de chopos, los despoja
del oro de sus rayos heridores:

pasando, traspasando, hoja por hoja,
su lumbre con tan vivos resplandores
para que el sol que muere los recoja.

(Madrid, 2 y 9 noviembre 1959.)

José Bergamín.
Londres, 27.
MADRID

LA CASA DE AVIZ AL SERVICIO DE EUROPA

Un aniversario de occidente.

POR EL

MARQUES DE QUINTANAR

En este año de 1960 se celebra el aniversario, no de uno de los portugueses mejores, sino de uno de los más grandes europeos; tal vez del mayor. Van a cumplirse cinco siglos de la muerte del Infante de Aviz, don Enrique el Navegante, hijo de Juan I, del monarca que al fundar una dinastía dió a Portugal, con su propio magnífico ejemplo, el de una generación de príncipes que Camoens cantaría en inmortales estrofas y habría de bautizar con el nombre de «ínclita generación». Estos «altos infantes», que pasan por el poema lusitano con el soplo ardiente y generoso de sus esforzados hechos, ofrecen al mundo el más fragante ejemplo de la eficacia a que puede llegar en el servicio de la patria la institución monárquica. Es un príncipe —el Maestre de Aviz—, y son sus hijos quienes se consagran al servicio de Dios y con él no solamente al de su tierra natal, esa playa, besada por el Atlántico, situada al extremo más occidental de Europa, sino al de todo el continente amenazado por la Media Luna; y es, sobre todo, la obra concebida e iniciada, que habrían de llevar a cabo sus sucesores de dos generaciones más, la que muestra cómo en un régimen familiar, que con la exactitud de un engrasado mecanismo va funcionando y trasmitiendo su virtud a sus herederos, son únicamente posibles las dilatadas visiones, los ininterrumpidos planes, las fecundas concepciones que no ven en el tiempo un enemigo y en la desintegración mortal un peligro cierto, sino que consideran, por el contrario, que el tiempo es su más fiel aliado y que el paréntesis de la muerte física no traerá consigo más que el refuerzo de un juvenil impulso, la savia de otras primaveras, para continuar con redoblado ahinco la gran obra nacional y humana.

Al nacer en 1434 el cuarto de los hijos habidos con Felipa de Lancaster, Juan I había hecho posible la salvación de Europa. Fué, efectivamente, el Infante don Enrique quien concibió el plan estratégico de mayor envergadura que jamás ha concebido nadie, el que habría de salvar a nuestro continente de caer bajo el poder musulmán: el de llegar a la India contorneando Africa, un Africa todavía

sin desvelar, y fué a la sombra de esa intuitiva y genial concepción geográfica a la que pudo vivir Europa unos centenares de años de paz y dar el fruto sabrosísimo de nuestra civilización, hoy, por desgracia, en tan agudo riesgo. Esta concepción, inspirada por el ideal religioso, no fué una creación renacentista. El Renacimiento fué el caos para el espíritu; políticamente, la desunión y el desorden. El *Maestre de Aviz* era un hombre de la calumniada Edad Media, de esa edad de la que Chesterton dijo que fué «la única época de progreso de toda la Historia»; un hombre, en fin, de la Iglesia de Cristo. Y encaramado en el «sacro promontorio» de los antiguos, junto a San Vicente (¡aquel Cabo Cañaveral del Cuatrocientos!), dictó a su país —él, que no había casi navegado, aunque aficionado a la matemática y a la astronomía—toda la política personal de los descubrimientos que, silenciosa y misteriosamente, iba a preparar la victoria de Europa sobre el Islam.

Antes, don Enrique había luchado en tierra. Fué el primer soldado de la Casa de Aviz que puso el pie en la costa de Ceuta y a su iniciativa, a su valor, a su perseverancia y visión del porvenir se debió el que los portugueses tomasen la histórica fortaleza africana, casi un siglo antes de que nuestros Reyes Católicos entrasen en Granada, acabando con el poderío de la Media Luna en tierra peninsular. Todo esto quiere decir que el Infante don Enrique sintió ese ansia guerrera y ese fervor militante que le iría a reconocer Nicolás V cuando en su Bula «Romanus Pontifex» de enero de 1454, no vacilaría en afirmar que «desde siempre» procuró este gran lusiada *ir más allá* de lo conocido, de lo ya resuelto. Y así logró sobresalir en la Corte del Fundador, en el coro de sus preeminentes hermanos de la ínclita generación camoniana que tuvo en el rey su padre, hasta su muerte en 1433, el vivo ejemplo del político y del hombre de armas, brazo de Cristo, debelador del Islam, cabeza de la dilatada prole que habría de dar reyes a Europa y al occidente cristiano la luminosa realidad de una civilización que nos elevó, asentada en ambas orillas del Atlántico, a un nivel jamás alcanzado en época alguna.

Nicolás V, en la Bula que acabamos de citar, trata de la protección acordada por la Santa Sede a los descubrimientos «hasta las Indias». Todavía no es dar a los cuatro vientos el proyecto de atacar el mal europeo en sus orígenes, pero ya es un certero indicio, que pronto habría de convertirse en evidencia, de la salvadora intuición de don Enrique. Porque el enemigo tenía un frente inmenso en su despliegue sobre las costas y territorios mediterráneos y se alargaba, también desmesuradamente, en profundidad. Desde mediados del siglo XIV, con la toma de Andrinópolis, con sus conquistas de Egipto y Siria, sus

ataques al reino cristiano de Armenia y su avance por el valle del Danubio, aparte, claro está, de la lucha en nuestra península y del ensoberbecimiento de la Media Luna, desde los Dardanelos hasta el norte de Africa, por sus repetidas victorias (los reveses: Calatañazor, Las Navas, El Salado, quedaban ya muy atrás), el peligro del infiel se hacía más sensible cada día. Por otra parte, además de la desunión de los príncipes del sudoeste europeo, las especierías que llegaban del lejano Oriente y se disputaban para su comercio Génova y Venecia, convirtiéndose en oro para el mahometano, gracias a la avidez mercantil que oscurecía deberes de europeos y de cristianos, eran razones más que suficientes para que el horizonte de peligro se espesara y pareciese anunciar un inminente amanecer sin sol.

Pero, factor providencial en este magno pleito, flotaba en Europa occidental el vago rumor de la existencia de un sacerdote católico—el Preste Juan—en un incierto país africano, frontero con Egipto. Y cuando Juan de Aviz quiso celebrar en Lisboa un gran torneo y en la fiesta caballeresca armar a sus tres hijos—don Duarte, don Pedro y don Enrique (el primer nacido, Alfonso, había muerto en 1432 a los dos años de edad), pareció a éstos que semejantes simulaciones guerreras no bastaban a sus esperanzas, méritos y deberes, por lo que propusieron al rey el deseo de que tan trascendental acto tuviese por escenario el de una guerra auténtica, que sirviese a Portugal, al servir a su ideal religioso. Surgió así el nombre de Ceuta, de donde siglos antes había partido la agresión contra España, por lo que el éxito —descontado—tendría que repercutir en el reino moro de Granada. Y tal vez, gracias a esta campaña, además del beneficio de ganar tierras para Cristo y riqueza para Portugal, se pudiera llegar a dar la mano al Preste Juan o, al menos, a tener noticia concreta de su reino y de sus predicaciones.

Sobradamente conocido es el triunfo de la operación y también el patético suceso que le sirvió de prólogo cuando, a punto de zarpar la armada, murió la Reina doña Felipa y murió incitando al Rey, su esposo, y a los infantes, sus hijos, para que por su luto no fuese demorada la empresa. Sucedió así, y a los siete días salieron del Tajo navíos y tropas, y tras una difícil navegación fondearon ante la plaza fuerte, meta del viaje, el 20 de agosto (1415), y al día siguiente, en un fulminante asalto, se tomó la fortaleza. Al mes justo de la salida de Lisboa habían quedado armados los tres egregios caballeros, la mezquita de la ciudad convertida en templo cristiano y unos días más tarde se hacía la flota a la mar para su viaje de retorno, dejando allí de gobernador al conde de Viana, don Pedro de Meneses.

Tres años embargan todavía al infante los cuidados del norte afri-

cano, pues los moros pretenden recuperar la plaza perdida, y en 1418 se instala en Sagres para dar una realidad metódica y constante a sus exploraciones de la costa atlántica. Aunque hay cronistas que afirman que ya en 1412 sus navíos se iban aproximando a Bojador, pasado el Cabo Não, límite hasta entonces de las expediciones, en unas sesenta leguas. En Sagres construye su «Vila do Infante» y establece la legendaria academia náutica, haciendo venir a trabajar con él a cosmógrafos y mareantes de fama europea. Allí, frente al rumoroso océano, nos le imaginamos, soñador y voluntarioso a un tiempo, dialogando con Dios ante el paisaje infinito. La Corte ha quedado muy lejos y con ella los lazos familiares que se rompieron a la evasión terrena de los seres amados. Es un fraile este rector de la Orden del Cristo, que a espaldas de la patria trabaja para ella sin que nadie acierte a desvelar un secreto que ya ha debido grabarse firmemente en su ánimo. Diego Gomes, privado del infante, dejó una relación del descubrimiento de la Guinea y de las Azores, de Madeira y de Cabo Verde; y en ella hay un lugar para contar que el capitán don Juan de Castro llegó a una isla llamada Gran Canaria, que tomó por la fuerza. Era un viejo pleito peninsular éste y ya Alfonso IV—el ejecutor de Inés de Castro—había protestado ante el Papa Clemente VI contra la atribución de la isla por el rey de Castilla a don Luis de la Cerda. Alarmado entonces nuestro monarca, mandó a Portugal al arzobispo de Burgos al frente de una embajada; pero la solución del problema solamente la encontrarán negociando, medio siglo más tarde, Alfonso V el Africano y su cuñado Enrique IV de Castilla.

Ya es llegado el momento de dar una idea de la época en que estos personajes se movían y de trazar con largas pinceladas el ambiente de una Corte que, al comienzo de la dinastía que había sucedido a la alfonsina o borgoñona, iría a consolidarse con las más altas y renombradas hazañas, con las más rotundas virtudes y hasta con las más sublimes locuras. Entre el brazo armado e invencible de Nun'Alvares y la dialéctica avasalladora de João das Regras, el Maestre de Aviz, valeroso, astuto e inteligente, se había alzado sobre un trono, al que sostenía y enfervorizaba un inédito movimiento popular, dirigido por la nueva clase de los hombres de leyes, constituyendo un *tercer estado,* con el cual habría de contar en el futuro la realeza, concediéndole sin tasa, en el camino de la misma hacia el absolutismo, regalías y derechos... Y ese pueblo, que ya había aclamado al Maestre como su *Mesías*, se apresta a entrar con sus corporaciones de oficios en el juego de la política. Se rigen éstas desde la *Casa de los Veinticuatro,* cuyo presidente o director, el «Juez del pueblo», se convierte en personaje

de excepcional importancia, a quien el rey presta oídos siempre y recibe con especial facilidad.

Don Juan, que ha tenido una turbulenta primera juventud, y de cuyos amores con Inés, la hermosa hija del honrado «Mendo da Guarda», ha conseguido dos vástagos, Alfonso y Brites, sabrá más tarde legalizar su situación y convertir al primero en primer duque de Braganza y casarlo con Beatriz d'Alvin Pereira, la hija de su condestable Nun'Alvares, tronco ilustre de una casa que habría de regir los destinos de Portugal, tras el breve paréntesis filipino. Y hay autores que vieron en esta unión una magnífica prueba del talento político y financiero del monarca, ya que después de las extraordinariamente generosas donaciones que hizo a su compañero de armas y a quien en primer lugar debía su ascensión vertiginosa, donaciones que hacían temblar al meticuloso y sagaz *João das Regras,* quien ante el desprendimiento de don Juan llegó a temer la quiebra del real patrimonio, todo volvió de la mejor manera al seno de la familia, haciendo para siempre poderosa a la Casa de Braganza.

El matrimonio de Juan I con Felipa de Lancaster ganó al Rey para los austeros modos de la princesa inglesa y el hogar de la primera familia de Portugal fué un foco de virtud, de voluntad y de servicio, que no podía superarse ni fácilmente ser igualado. Los principios de justicia, de economía, de amor a los súbditos, de desear siempre llevar a cabo grandes empresas, y sin apartarse nunca de la estricta ley de Dios, llegaron a constituir un ambiente de refinada ética que todos, padres, hijos, cortesanos y servidores, respiraban a pleno pulmón, trascendiendo al pueblo, que veneraba a sus príncipes y estaba siempre dispuesto a la obediencia y al sacrificio. Y así, cada uno de los «altos Infantes» dió una fragante muestra de sus temperamento y mérito, que iban desde la inteligente y abnegada escrupulosidad de don Duarte a la esforzada aplicación y generosidad de don Pedro; desde la capacidad organizadora y austera de don Enrique al místico y denodado espíritu de sacrificio de don Fernando, abarcando todo un pentagrama de altísimas cualidades en que supieron inscribir la más bella de las sinfonías. Y a tenor de ello, siguiendo la moda inglesa de los motes y divisas y como para subrayar la empresa común a que se lanzaron de echar los cimientos del universalismo portugués, cada uno eligió un lema que le dibujaba para la posteridad: el rey, «Il me plait»; la reina, «Pour bien»; don Pedro, «Désir»; don Juan, «J'ai bien raison», y don Enrique, «Talent de bien faire»...

¡Talante de hacer bien! ¿Lo consiguió siempre? ¿Se mantuvo siempre en esa predisposición que, inclinándole al bien, haría converger todo su esfuerzo, silencioso y austero, en favor y en honor de Portugal?

No nos sea permitido el dudarlo. En este centenario de su muerte, acaecida hace quinientos años, no habremos de juzgar las pequeñas quiebras humanas de este apóstol deshumanizado y entregado a una grandiosa empresa, eje de su existir, motor de sus acciones todas. Ni en la patética tramitación del martirio de su hermano don Fernando, ni en la no menos dramática intriga que desemboca en el dolor de Alfarrobeira y en la muerte de don Pedro, «el Navegante», no puede zafarse de las ligaduras que le atan a su obra y sigue avanzando sin volver la vista atrás, para no contemplar el reguero de sangre—¡de su propia sangre!—que va tiñendo las gradas del trono del Maestre de Aviz. Es un personaje de la tragedia griega, que vive mirando al mar una vida al margen de todo; que no se permite consigo mismo la menor transigencia que pueda atenuar el sacrificio que ha hecho a Dios y a Portugal de su propia vida. Es un monje caballero, tal vez tocado del pecado de soberbia, pero que sabía vencer los demás y ha ofrecido al cielo, con el sufrimiento constante que le produce el cilicio que lleva bajo sus pardas vestiduras, su renuncia al amor y a toda terrena vanidad.

El éxito de la operación de Ceuta tuvo una gran resonancia en Europa occidental y, naturalmente, en el norte africano, pudiendo asegurarse que los moros empezaron a organizar la reconquista de la plaza perdida al día siguiente de su asalto. Así es que tres años después, en 1418, por vez primera don Pedro de Meneses pidió auxilio y apresuradamente llegaron al frente de sus mesnadas los infantes de los diversos puntos del territorio en que se hallaban. Pero, por fortuna, se bastó asimismo el conde de Viana para despejar la situación, con lo que las tropas tornaron a Portugal. Desilusionados los veinticuatro años de don Enrique por este final incruento, pensó en atacar Granada, suspendiendo tan sólo el proyecto por una orden del Rey, que dijo no querer inmiscuirse en asuntos de Castilla. Y al regresar a Portugal, ya don Pedro en preparativos para su gran viaje por Europa, tuvo ocasión de conferenciar largamente con él y también con don Duarte, encargado de los asuntos administrativos del Reino en ausencia de su padre. Fueron, sin duda alguna, unas interesantísimas conferencias, en las que se trataría del plan vago y apenas esbozado que había de iniciarse y de continuarse bajo el reinado de don Duarte, cuando Dios dispusiera del ya nada joven monarca. Don Pedro iba a partir con el objeto principal de visitar Hungría, tan en contacto con el Islam y también con Italia, de donde principalmente, por Florencia y Venecia, se relacionaba el mundo cristiano con el litoral norteafricano y el Oriente Medio. Allí recogería informaciones mercantiles, marineras, geográficas, militares. Trabaría amistad con los príncipes que tra-

ficaban y luchaban con el infiel, tal vez llegaría a informarse o a tomar contacto con el Preste Juan y probablemente a adquirir nociones exactas de las posibles rutas de la India. Era todo un vasto programa que llevaría años y ocasionaría un trabajo constante, inteligente y tenaz del animoso príncipe que partía en misión, mientras sus hermanos quedaban, el uno en su labor de gobernante y preparándose para tomar en el día que Dios lo dispusiese las riendas del poder real, y el otro, luchando con el árabe y descubriendo islas y litoral, hacia el Poniente y el Sur, en busca de recursos para la empresa y de la ruta misteriosa de la India.

El viaje de don Pedro no nos separa, antes bien, nos acerca a la labor de don Enrique. Por eso habremos de seguirlo y de comentarlo directamente. Se supone que salió de Barcellos en 1419 y que su propósito primero fué el de visitar las Cortes emparentadas con su madre, doña Felipa. Por eso, y por razones de vecindad también, fué a Valladolid, cumplimentando a don Juan II, hijo de Catalina de Lancaster, y luego, atravesando Francia, llegó a Inglaterra, deteniéndose mucho tiempo en aquella Corte y saliendo para Ostende y Brujas hacia el 1425. En ningún momento don Pedro olvidaba su misión de auténtico estudio de usos, leyes, costumbres y métodos de gobierno, como lo prueba su correspondencia con don Duarte, llena de enseñanzas y esmaltada de esa cortesía que nunca abandonaba, ni siquiera tratándose con hermanos que habían convivido siempre en la más grande armonía.

Su paso por Flandes, territorio entonces perteneciente al Ducado de Borgoña, se señaló también por la atención dispensada por el infante portugués a las viejas relaciones comerciales del país con Portugal y su amistad con Felipe el Bueno, que había enviudado por vez segunda, pero que no tenía hijo alguno legítimo, daría a los tres años por resultado la boda del duque, en terceras nupcias, con Isabel de Aviz, la hermana de don Pedro, matrimonio que favoreció la política borgoñona con Inglaterra y que daría como fruto histórico la venida al mundo de Carlos el Temerario. La famosa biblioteca nacional frecuentada por don Pedro, repleta de obras sobre el Oriente y las relaciones del duque con Venecia, irían a enriquecer el ya muy grande caudal de conocimientos del infante, que abandonó hacia 1426 aquel país en demanda de las orillas del Adriático y de aquella Marca de Treviso que el emperador Segismundo le había concedido por gracia inacostumbrada. Otro par de años pasó al lado de aquel agradable y aguerrido monarca, en cuyo ejército peleó, para hacer honor a su marquesado, y en cuyas lides, precursoras de la perturbación de la Reforma, tanto don Pedro como su inseparable amigo y compañero de

viaje el conde de Avranches, dejaron bien puesto el pabellón lusitano. Y en la primavera de 1428 abandonó el territorio del Imperio, entrando en el de la Señoría Veneciana. Fué aquí la estancia más aprovechada, repleta e importante de todo el recorrido del duque de Coimbra. Vivía Venecia bajo el signo de un millar de familias patricias, que se daban buena maña para hacer creer al pueblo en una libertad democrática que estaba bien lejos de la realidad. Sus relaciones comerciales con los hijos del Profeta eran notorias y Su Santidad misma las soportaba con benignidad. Las flotas de los oligarcas venecianos iban a todas partes y recorrían los puertos todos del Mediterráneo, arribando hasta los rusos del mar Negro. Un comercio intenso tenía lugar también con el Asia Menor y era en este litoral donde recibían los barcos venecianos las mercancías que, por la *Ruta de la Seda*, aportaban nutridas caravanas del Asia Central y de la India alucinante. Las especierías y también el marfil, el sándalo, la porcelana china y todas las riquezas, en fin, que si hacían poderosa a Venecia enriquecían al árabe, el común enemigo mortal y decidido, circulaban así y por las flotas del Adriático llegaban a los puertos europeos y se distribuían por las naciones todas, destinadas a sucumbir si Dios no lo remediara por ese mismo mecanismo comercial del lujo y la ganancia, que ofuscaba los sentidos y sumía las inteligencias de los príncipes cristianos en la niebla y el sopor de las bienaventuranzas terrenales.

La crónica de Antonio Morosini, recientemente encontrada y traducida al portugués por el doctor Julio Gonçalves en su obra: «El Infante don Pedro, Las Siete Partidas y la génesis de los descubrimientos», nos da detalladísima cuenta de la estancia del infante en la nación veneciana, comenzando por decirnos que en marzo de 1428 su embajador en la Corte de Hungría, Dándolo de San Moisé, comunica desde Buda la salida para la República del Adriático del Infante don Pedro, hijo del Rey de Portugal, a quien acompaña hasta la frontera el Rey Segismundo y cuarenta caballeros más, siendo acogido con grandes honores por cuatro embajadores del Dux y a su llegada a Venecia por una abundante flota, en la que se destacaba el *Bucentauro,* con el propio jefe del Estado a bordo, y navegando el Gran Canal atracó en San Giorgio, donde se hospedó con buena parte de su séquito, yendo el resto a hacerlo en la Giudecca. Era el 5 de abril y las fiestas y visitas se sucedieron en aquella primavera en honor de quien iba, justamente, a procurar los medios de que aquella prosperidad marinera y mercantil pasase, como sucedió años después, a Lisboa, que vendría así a convertirse en un emporio de riqueza gracias a la desviación del comercio oriental, desplazado ya de una Venecia

decadente, y a la llegada de los grandes capitanes portugueses a la India.

Como era de rigor en el viaje emprendido, visitó don Pedro bibliotecas, arsenales y factorías, tomando notas sobre el aparejo y demás características de las embarcaciones, llegando hasta recorrer minuciosamente más de sesenta galeras que se estaban construyendo, al par que alternaba con cosmógrafos y capitanes de altura, ilustrándose en vientos y corrientes, adquiriendo, en fin, cuanto podía ser útil a su hermano don Enrique para su gran empresa ya iniciada. Continuó sus estudios de hombres y cosas por Padua y Florencia, y en esta última capital, que Cósimo Médicis había transformado en un importante centro de estudios de economía y de navegación, pudo conocer y escuchar a dos nautas que habían regresado de la India: Bartolomeu Florentino y Nicolás de Conti y a otros hombres de ciencia, como Paolo del Pozzo Toscanelli, asistiendo a la academia de que formaban parte religiosos que iban para Papas, otros que quedaron en cardenales y obispos, relevantes bibliófilos, cosmógrafos de universal renombre, que ya admitían la esfericidad de la tierra y que, para llegar a los antípodas, «tanto daba caminar para el Oriente como para el Occidente». Terminó su viaje terrestre en Roma, pues aunque algunos cronistas dan por cierta su llegada a los Santos Lugares, esto no parece ser cierto y sí que embarcara para, cruzando el Mediterráneo, llegar a Barcelona, otro gran centro comercial y científico, y detenerse en el territorio de la Corona de Aragón, que asimismo se había convertido en lugar de especulaciones cosmográficas gracias a las aficiones de Martín el Humano y a su gran biblioteca marítima. Por último, el duque de Coimbra debía también ocuparse de los preliminares de la boda de su hermano don Duarte con la Infanta doña Leonor, hija de Fernando el Católico. En septiembre de 1428, finalmente, después de haber visitado el Reino de Navarra, llegó don Pedro a su patria, donde unos días después, al final del mismo mes de septiembre, pudo asistir a la boda de su hermano, el futuro rey de Portugal. Este fué, a grandes rasgos, el viaje fructífero del Infante don Pedro, *el que corrió las Siete Partidas del Mundo* y trajo en su equipaje el *Libro de Marco Polo* y los conocimientos y datos necesarios a don Enrique para persistir en su obra de intuición genial, que solamente dos generaciones después se vería consumada y coronada por el éxito más rotundo.

La llegada de don Pedro se señaló rápidamente por un período de bodas, y a poco, ya casados don Juan con Beatriz, la hija de su hermanastro Alfonso, primer duque de Braganza, que por línea materna trajo a la Casa de Aviz sangre del condestable y el condado de Bar-

cellos; don Duarte con Leonor de Trastamara y Alburquerque, infanta de Aragón y bisnieta de Inés de Castro; doña Isabel con el duque de Borgoña, y el propio don Pedro con Isabel, la hija del conde Urgel, todos matrimonios de amor, poco quedaba ya por hacer al viejo Rey don Juan I y menos todavía cuando el 31 de octubre de 1431 murió en el convento del Carmo, su viejo campeón, el condestable Nun'Alvares Pereira, su compañero de Aljubarrota y de tantas jornadas de riesgo y de gloria, que ya llevaba ocho años vistiendo la estameña de la Orden... Así se extinguió en 1433 el legendario Maestre de Aviz, pasando su obra magnífica a manos de don Duarte y con ellas a las de la «ínclita generación» que Camoens iba a cantar en sus estrofas también imperecederas.

El Infante don Enrique, que continuaba enviando sus bajeles desde el promontorio de Sagres, se decide a acabar con el fantasma del Cabo Bojador, sitio donde el rumbo de la costa cambia bruscamente y donde comienza el «mar tenebroso», en que el agua se espesa, el horizonte se oscurece y los vientos soplan de tal modo que las embarcaciones desaparecen para nunca más tornar. Hay que acabar con esa debilitadora leyenda, que el infante no es hombre propicio a enervamientos por causa alguna. Y envía a Gil Eannes una y otra vez, hasta que al fin el fiel escudero logra vencer a este primer Adamastor que se alza amenazador frente al grandioso proyecto. Gil Eannes dobla la temible restinga desértica y ante la maravillada tripulación se abre el panorama de una mar tranquila y del despejado Sáhara, cuyo arenoso suelo ostenta la nota idílica de unas humildes flores silvestres: rosas de Santa María, las bautizaría el navegante y las llevaría a su amo, para contarle del nuevo y fácil camino abierto hacia el Sur.

Ya tiene el infante una oposición a su heroica empresa. João de Barros así lo recoje en su crónica, simulando un discurso en que un adversario de don Enrique le opone a su padre el Rey, que busca extranjeros para poblar y roturar tierras incultas de la metrópoli, mientras él envía portugueses, sus vasallos, a labrar en ultramar tierras que Dios crió tan sólo para pasto de las fieras. También se le compara con su hermano don Pedro, el regente en la minoridad del «Africano», del hombre más de su tiempo, que viaja ha ya largos años por Europa y los países ribereños del Mediterráneo, pareciendo buscar, por oposición a don Enrique, la apertura de rutas comerciales, el contacto con las nuevas manifestaciones del arte y la cultura. Pero lo cierto es que el Papado los empareja en idéntico deseo de alcanzar y avasallar las tierras de los infieles para someterlos a la dulce dominación de Cristo. Azurara, cronista del «Navegante», que tanto y tan íntimamente convivió con él, cree haber descubierto las cinco razones por las que don

Enrique se esforzó en esa busca de las tierras de Guinea. La primera, por saber la verdad de cuanto había al sur de Bojador; la segunda, por encontrar, caso de haberlo, algún reino de cristianos y buenos puertos para el comercio con ellos; la tercera, por averiguar el verdadero poder del moro, su enemigo; la cuarta—siempre empeñado en la persecución del Preste Juan—, por buscar aliados cristianos en que apoyarse para la lucha emprendida, y la última, por convertir a la fe del Salvador y salvar, al mismo tiempo, las almas que pudiese encontrar. Azurara, como se ve, llegó hasta muy cerca de la verdad, pero no pudo acabar de discernirla en toda su espléndida concepción estratégica.

El reinado de don Duarte duró cinco accidentados años. Y aunque comenzó en 1433 bajo los buenos auspicios de las navegaciones afortunadas y al siguiente se pudo celebrar la derrota del «Mar Tenebroso», para el hombre maduro que era el nuevo rey y aficionado a las especulaciones filosóficas, literarias e históricas, olvidado ya de su oficio de soldado, en que tanto se distinguó en Ceuta, no supuso sino un agobio el peso de cuidados y deberes que no correspondían a sus necesidades de tipo intelectual. No era él el monarca que, en esos momentos de tan graves y absorbentes responsabilidades, necesitaba Portugal; de tantos ininterrumpidos sueños de grandeza y sacrificio. Y buena prueba de ello fué que su hermano don Fernando, celoso de la vida militar y aventurera de don Enrique y de don Pedro pide al rey licencia para cambiar el hogar nacional, pequeño para sus ardientes esperanzas de gloria, por el más amplio de Africa, en que se puede combatir a los infieles. Le ayuda la Bula que Enrique IV promulga en el Concilio de Ferrara; le impulsa su hermano don Enrique, informado del asunto, y, por último, le presta aliento la propia Reina doña Leonor, la aragonesa, a quien parece muy bien la idea de acudir en auxilio de una Ceuta amenazada por la proximidad bullente y orgullosa de los guerreros de Tánger y de Alcácer... Quedó vencido por el sufragio familiar el Rey minucioso y pensador, que soñaba con los beneficios de la paz para restañar las heridas del reinado extinto y para continuar su diálogo con los filósofos de la antigüedad clásica, con San Agustín preferentemente, con los escritores y eruditos de todo tiempo, que eran sus amigos más ciertos.

Se organiza la nueva cruzada, pero, en Tánger, los invasores se ven muy pronto cercados por hordas innumerables, inflamadas de odio vengativo. Los infantes se ven en el caso de aceptar un armisticio y unas condiciones de retirada con sus huestes a cambio de la entrega de Ceuta, y mientras pueda cumplirse, a dejar en rehenes a uno de los hermanos, para lo que se ofrece don Enrique, cosa que no

puede admitir don Fernando, ya que con don Enrique ausente se paralizaría la tarea urgente de los descubrimientos. No podía dudar en ese momento don Fernando que se entregaba para siempre, ya que ningún portugués consentiría en la devolución de Ceuta. ¡ Para discutir tamaña decisión se reunió un consejo en enero de 1438, en que se reparten, pese a todo, las opiniones, habiendo partidarios de que se abandone a la morisma la plaza, pero muchos más de lo contrario, alegando que el propio enemigo había violado los pactos recién hechos al atacar al ejército en su retirada hacia el mar; pero don Enrique zanja la patética pugna al afirmar que nadie podrá disponer de Ceuta, porque Ceuta no es de la Corona, sino de Dios. Esta era la mentalidad de la época y la de aquellos hombres que se daban al servicio del Supremo Hacedor con toda la sencilla grandeza de sus almas!

Le cuesta la vida a don Duarte el acuciante recuerdo de su hermano lejano, cargado de cadenas en una mazmorra sin luz. La peste, por aquellos días, se ceba en el Reino y, por si las desventuras fuesen pocas, al hacer presa en el dulce e ilustrado monarca, ya está de antemano condenado por su decadente estado físico, muriendo a los pocos meses. Doña Leonor ha de asumir la penosa tarea de la regencia de un niño de seis años de edad; pero un numeroso e influyente grupo de magnates y buena parte de la opinión pública prefieren como regente a don Pedro, el gran viajero, el hombre culto también, que no mostró simpatía por esa política de despilfarro aventurero (¡ a la misma que él había igualmente prestado su considerable esfuerzo juvenil!); y tras una azarosa controversia, que amenazó con renovar las luchas del último reinado y del advenimiento de la Casa de Aviz, en que hay gentes que se revuelven contra la Reina, y también su doctor *João das Regras,* en la persona de «Manga Ancha», se concede la regencia a don Pedro. No habría de transcurrir más de año y medio sin que las intrigas cerca de Alfonso V, ya en posesión de todos sus derechos al haber alcanzado la mayoría de edad, enciendan la guerra civil, en uno de cuyos episodios desgraciados, en Alfarrobeira, con su fiel conde de Avraches al lado, muere don Pedro. Un infante más que sucumbe de la generación cantada por el Epico. ¡ Y muerto en la prisión don Fernando, en olor de santidad, ya no queda sino don Enrique, siempre aislado del mundo como si sus querellas no pudieran alcanzarle; siempre misterioso en su atalaya de Sagres, mientras sus hombres siguen avanzando hacia el Sur, que era lo mismo que acercarse a la India mítica de las especierías y de las riquezas inagotables; armas cargadas por su víctima, el Occidente cristiano!

Estamos a mediados del siglo. Pronto llegarán los turcos a las puertas de Constantinopla y acabará de desgarrarse el imperial manto

romano del Oriente. El Islam, pese a la lucha que España mantiene sin descanso contra él, pese a los esfuerzos guerreros de Alfonso V «el Africano», amenaza con sumergir a Europa en su espesa marea indetenible. Los príncipes cristianos desavenidos; el afán de lucro de ciertas repúblicas de la renacentista Italia, atrayendo siempre con el señuelo de sus repletas arcas a las flotas del mar Rojo y del Pérsico, cargadas de especierías, todo parece anunciar el triste fin inmediato de una civilización y de una cultura. Pero la Iglesia vela y en su sabiduría va a inspirar o a coincidir con el solitario que, sin familia, sin el amor de una mujer, sin que parezca importarle ni la propia suerte de la patria, insensible a todo, cara al viento de la mar, frente a su desierta inmensidad, continúa siempre su obra. El ya sabe que únicamente atacando al enemigo por la espalda, tomándolo de revés, sin que ello signifique descuidar el frente de Europa, ni el de Marruecos, ni el esfuerzo para vencer la resistencia del Egipto a la comunicación con el Preste Juan de las Indias (quien ya manda embajadores a la Santa Sede y a las Cortes de la península), es decir, poniendo en juego toda una estrategia diplomática y castrense, de la que será clave del arco el que los navíos puedan llegar, siguiendo la costa africana, al corazón de la India, podrá derrotársele.

Oliveira Martins llega casi a la medula del secreto, casi lo percibe, sin que por culpa de su estructural pesimismo llegue a penetrarla. Y así habla del *Navegante* y así explica su impertérrito caminar sobre cadáveres familiares: don Duarte, don Fernando, don Pedro... Ya vimos cómo sucumbieron los dos primeros; de la vida del tercero, fué también el árbitro. Así entona el historiador insigne el luctuoso suceso: «Entre salvar al hermano—ya había sacrificado dos, colaborando en la dura empresa de rescatar el reino de las manos de un feudalismo ávido—o continuar en su maravilloso empeño de sacar un mundo nuevo de la mar y de la niebla, el Infante don Enrique no podía dudar, embargado como tuvo «desde siempre» el espíritu por la alucinación de los descubrimientos.» Entre luchar, comentamos nosotros, con el bando bravo y desmandado de los Braganza, salvar al hermano y poner en peligro la obra de su vida (y la de los reinados futuros) y con ella a toda una civilización y a la esperanza de un continente, no dudó un momento. Tuvo, sin embargo, un instante de vacilación. Y fué cuando don Enrique, conmovido por el triunfo de Mahomet II, quiso trasladarse a Ceuta y encerrarse entre sus muros en grave peligro. Pero su sobrino el *Africano* no lo consintió. Y don Enrique continuó al pie del cañón, o lo que es lo mismo, encadenado al roquedo de Sagres, nuevo Prometeo, fiel al fuego de su inspiración y atento a la salvación de millones de hombres.

El Papado corrió al encuentro del peligro, como siempre. Y descorrió una punta del velo del misterio. Nicolás V concede en 1454 a Portugal su Bula de protección a los descubrimientos «hasta las Indias» *(usque ad Indes)*, y estas Indias citadas, como también las que alude la Bula de 1456, son, sin que se pueda admitir ya cualquiera duda, a la vista de los hechos, las auténticas Indias que enviaban sus especierías a Europa valiéndose de las flotas árabes del Indico y del mar Rojo.

El infante ya es sexagenario; su muerte se aproxima. Y al fin, el gigante de Sagres sucumbe el 13 de noviembre de 1460, a los sesenta y seis años de esforzados trabajos por Portugal y por el mundo cristiano. La flecha está lanzada y ha de seguir su trayectoria. El duque de Viseo, el administrador de la Orden de Cristo, el caballero de la Jarretiera, aquel que llevó en vida grabado en su escudo el mote de «Talante de hacer bien», tornó a la tierra portuguesa de que había nacido y de la que, tal vez, brotaron—en torno a su tumba—aquellas sencillas «rosas de Santa María» que su fiel Gil Eannes le aportó de los umbrales del mar Tenebroso... Otros príncipes, otros hombres de armas, otros navegantes, llevarían las rojas aspas de las cruces de Cristo en sus arboladuras hasta el Cabo de Buena Esperanza, primero; después, hasta el corazón del Indico. «Son las victorias de las Indias, del Golfo Pérsico y del mar Rojo; las espadas de Duarte Pacheco (el Aquiles de Camoens) y de Alfonso de Alburquerque, las que aseguraron la derrota del Islam en Oriente y le arrancaron el comercio que era el manantial de su potencia», escribe Bensaude. Pero el éxito completo de la obra del «Navegante» sólo pudo recogerlo Portugal y nuestro Occidente otro medio siglo después. Fué el absoluto trastorno económico del mundo: la ruina del poderío mahometano, la caída de Venecia y el paso a manos de Portugal del comercio del Mediterráneo.

Un pintor y un poeta—cien años por medio—legaron a la posterilad la silueta física y moral de los héroes portugueses. Nuno Gonçalves, en sus tablas eternas, y Camoens, en sus inmortales estrofas, nos dieron la versión; el primero, de los luchadores de Marruecos; el segundo, de los navegantes y mílites del Oriente Lejano. Nuno Gonçalves parece revivirlos, y cuando al recorrer las silenciosas salas del museo *Das Janellas Verdes*, de Lisboa, nos encontramos frente a frente con el panel del infante del políptico de la Adoración de San Vicente, no podemos dominar un escalofrío, pues la grandeza histórica del cuadro, al ofrecernos la efigie de don Enrique, el creador, y de don Juan II, el ejecutor, sobrepasa a cuanto pudiéramos haber sospechado. Alfa y Omega, conquista de Ceuta y Tratado de Tordesillas, de la epopeya, son aquellas figuras: la ascética, capaz de todos los sacrificios,

del infante, y la dura como tallada en ónice, y patética, capaz de todas las violencias, de aquel a quien nuestra Isabel la Católica llamaba simplemente «el Hombre».

Camoens cantará más tarde «la verdad simple y desnuda», y la lira, en sus manos, llegará siempre a sugestionarnos con la belleza, pero también a ligarnos sólidamente a un pensamiento político e histórico, fruto de la meditación del Epico. Los personajes, los episodios, la resonancia universal, en una palabra, que el cantor acomoda a la realidad o intuye en su clásica perfección son otros tantos documentos para esa historia del «exiguo pueblo de Portugal», de «esas cristianas audacias» de la «pequeña casa lusitana», de esos «tan contados como fuertes Lusiadas», que lograron enderezar el rumbo de una nave que iba a estrellarse contra la costa inhóspita y brava y que salió a la mar libre para señorearla a velas desplegadas y en ellas las rojas pinceladas de la sangre del Redentor.

Ya finalizando este breve bosquejo histórico y sentimental, nos vienen a la memoria las últimas palabras de Antonio Sardinha en «La Alianza Peninsular», al recordar las de Oiveira Martins, que nos sirvieron de entrada. Decía así el poeta de Elvas y cantor de nuestras glorias peninsulares: «Más felices que él (que Oliveira Martins) presentimos bien dónde nos conduce la fuerza secreta de nuestro genio, del genio inmortal de la gran Madre Hispania. Eje de la civilización, por el íntimo consorcio de todas sus tendencias hacia lo Absoluto, con la llamarada sagrada del cristianismo, *Hispania* (la península, Portugal y España), salvó antaño por la Cruz y por la Espada, a la humanidad de una noche profunda y sin esperanza. La misma noche se condensa trágicamente sobre nuestras cabezas. ¡ Arriba, hispanos de ambas márgenes del Atlántico! Y que las estrellas del cielo y las olas del mar vean de nuevo la gesta de una raza que nació para darse a Dios y a los hombres en un sacrificio ardiente y jubiloso.»

Así termina el gran lusitano Antonio Sardinha su obra genial; y el genio peninsular, bien representado está por este monje navegante y descubridor (también por su hermano don Pedro, que aportó a la empresa todo su esfuerzo viajero, estudioso y gubernamental; su hermano, de quien dijo Rui da Pina que fué «tão peregrino depois de morto como o fora em vida», y cuyos asendereados restos mortales todavía tuvo que amparar el Papa Nicolás V...) que se llamó Enrique de Aviz, que conquistó mundos para Europa y gloria inmarcesible para su patria, Portugal... Ella se prepara para celebrar espléndidamente el ecuménico aniversario y no tanto de la muerte física de un héroe nacional como del triunfo de una política del espíritu, a cuyo servicio se pusieron las armas de sus soldados, el esfuerzo de sus hom-

bres de mar, las oraciones de sus monasterios y una gloriosa dinastía, que fué el secreto de la victoria. Y cuando ante la punta de Sagres, sobre la turquesa del mar, ante el telón profundo de la bruma que esconde la ruta que, arrancando del más meridional de los *finisterrae* europeos, fué a parar en la lejana y misteriosa India, desfilen los navíos que representarán a todas las marinas de guerra de un Occidente—hoy más que nunca pieza de la salvación de los hombres de todas las razas y de todas las creencias, esperanza última de los oprimidos por la barbarie de los usurpadores del zarismo—, se elevará sobre el acantilado la figura austera de aquel infante soñador, que consumió su vida en el servicio de Dios y para la salvación de un continente.

Marqués de Quintanar.
Plaza de Santa Bárbara, 10.
MADRID

TIERRA PARA EL MAR

POR

CARMEN CONDE

Las cosas se pueden mantener calladas un cierto tiempo, incluso tantos años como las mantuvo Paco; y llegado un momento, sin saber por qué exactamente, lo que estuvo acumulado brota e inunda sus contornos, se precipita a imprevistos moldes en los cuales avanza adoptando nuevas formas. Que nadie se piense que lo que se pone en marcha hay quien lo contenga, si son palabras, hasta que no haya agotado su expansión cuajando en otro estado. Así, lo que Rosa oyó fué llevado a la calle y dicho en voz alta para que lo oyeran extraños. De momento, se allanó el incidente porque el Cabo creyó borracho a Paco y un poco también a los demás. Pero luego, a solas, recordó las intencionadas palabras del vecino que se marchó airado, y le llamó y mantuvo con él una charla despaciosa.

En la tienda repercutió la noche; era la segunda, dramática, en breve espacio de tiempo. Se pasan los días sin la menor cosa, ¡y de pronto se juntan todas! La tendera tuvo lástima de Rosa; el tendero meneó la cabeza, dudoso... Paco era seriote, callacuezo, pero nunca se le vió tomar un vaso ni jugar a las cartas; su trabajo, su mujer y su casa. Se alegró cuando supo que tras un largo día de silencio el carrero abría sus puertas y salía montado en su carro dirigiéndose a su trabajo. Rosa no salió; cerró las puertas de la cuadra, y todo se quedó callado nuevamente.

La verdad es que todo siguió como si tal cosa, en apariencia. Sin embargo, el Capitán de la Guardia Civil —que fué informado con detalle— levantó su atestado para comunicárselo al señor Juez: un muchacho de aspecto débil, rubio y con gafas, que vivía en una de las cuatro esquinas *habitadas* por las imágenes de los Cuatro Santos cartageneros: San Leandro, San Isidoro, San Fulgencio y Santa Florentina, hijos de los Duques de Cartagena, que tuvieron su palacio en la Puerta de la Villa (colina que señorea el puerto), y en cuyo solar estaba ahora el Asilo de Ancianos.

Estábamos en días fríos; diciembre, entre unas cosas y otras, se estaba echando encima. Paco seguía saliendo con su carro y volviendo temprano. Una tarde, cuando menos podía esperarlo, el señor Cura Párroco en persona llamó a la puerta de Paco, y éste le abrió para

que entrara. Tardó tres horas en salir. Cuando se reintegraba a la Parroquia iba preocupado y con paso lento; como súbitamente empezara a llover, ¡se santiaguó y echó a correr! Como lo cuento.

A la gente le impresiona todo lo que tarda en poder explicarse. Si no hubieran oído al propio carretero acusarse a sí mismo de un crimen, nadie lo creería. ¡Y aun así!... Porque no se sabía de ninguna persona desaparecida en todo el tiempo en que conocían a Paco; ni nadie vino nunca averiguando nada. ¿Qué locura llevaría a aquel hombre a manifestar todo aquello? Todavía, hasta la entrada y salida del Cura Párroco cupo la duda...; pero ahora ya no era posible. Tan impresionado salió el sacerdote, que se asustó de ver llover y se persignó en mitad de la calle. ¿Qué cosas le contaría Paco?

Las jugadas de dominó se arrastraban con pereza. Una perenne discusión ocupaba a los viejos tertulianos. Sentado en un rollo de cuerdas, el joven tendero, con aficiones náuticas, escuchaba pensativo. ¡Qué rara es la vida! Nadie hizo caso nunca del matrimonio aquel, y ahora todos se afanaban por ellos.

—Señora Juana, ¿no viene Rosa?

—Domingo, ¿es que no compra?

—¡Estarán sin comer, digo yo!

—No. Sale a la puerta cuando oye vocear al verdulero.

—Sí, y al pescador. Pero, hija, eso no es bastante.

—Claro que no lo es; ¡que si el arroz, que si las habichuelas!...

Juanico jugaba con el gato, un gato *romano* precioso. La abuela, la señora Juana, lo contempló preocupada. Era cierto; Rosa no salía de su casa, no compraba nada en la tienda. Por no ver ni hablar con las vecinas sería capaz de morirse de hambre. Tendría que remediarse aquello.

El humo seguía siendo espeso, se podría cortar en tajadas, dentro de la tienda, por las noches. El que más y el que menos se había sensibilizado con los acontecimientos.

—¿Adónde fué a parar el de las Animas, Pancho?

—Le tuvieron tres días a la sombra y lo echaron a la calle.

—Hombre; ¡echarlo así como así después de lo que contó!...

—Es que no hizo nada en definitiva. Lo pensó. Por pensar no se mete a un hombre en la cárcel.

—¿Que no?

—Todavía no. Sobre todo, por pensar como pensó el minero hambriento. Se embarcó entre cajas de conserva, camino de Barcelona. Aquella es una gran ciudad llena de cartageneros, mineros, murcianos...; se trabaja, pero se gana en las fábricas. Uno, con la colilla en la boca, peroraba:

—Yo tuve que venirme, digo la verdad. Hay que trabajar para comer, de acuerdo, pero ¡no tanto! Además, que nadie te conoce ni se preocupa de ti. ¡Ni los vecinos de la misma casa se conocen! Entre ellos, sí; los catalanes son muy unidos; a los castellanos, como no hablan su lengua, no les quieren mucho.

—Y sin embargo dan trabajo, compadre. Allí no se le niega el pan a uno que quiera trabajar.

—No, si ya lo dije. Sólo que a mí...

—No te gusta trabajar.

Rieron todos, comprendiéndose. El que hizo sus declaraciones se amoscó.

—¿No me gusta, eh? ¿Cuál de vosotros me mantiene? ¡Que lo diga!

—Tú, hombre, tú; te mantienes solo tú hasta que no te tira abajo el vino.

Nuevas risas, y el golpeteo de las fichas sobre el mármol de las mesas desvencijadas que los *Popos* ponían a disposición de su clientela.

En la casa aislada del barrio física y moralmente, los días habían transcurrido sin grandes acontecimientos. Devueltos a la aparente normalidad entre ellos, Rosa hacía sus faenas como de costumbre y Paco las suyas. Las comidas eran silenciosas, y no digamos las horas consagradas al reposo. Si se hubiera levantado la delgada sábana de la oscuridad se habrían hallado los ojos, cada vez más grandes, de la mujer, abiertos, absortos, y los puntiagudos del hombre, fijos en su memoria. Nada más. Apenas sueño. Una inmovilidad absoluta. Entre aquellos dos cuerpos, tan hechos el uno al otro, alguien colocó una barrera de hielo. Ninguno de los dos tenía suficiente calor en sus manos para, apoyándolas allí, fundirla.

Hubiera sido mejor que alguno de ellos tuviera valor para romper el tácito acuerdo, hablando de lo que ambos temían afrontar: el resultado final de su fricción sentimental. Pero para cada uno era preferible callar, temiendo, a volver a lo hablado.

Las cosas adquirieron, de pronto, un relieve inesperado. Allí estaba el zaguán con sus cuatro maceteros altos y desgalichados, sosteniendo las palmeras que parecían artificiales. El comedor, que era también cocina y que se abría al patio. La alcoba con su gran cama de matrimonio, su mesilla de noche sobre la cual se erguía el juego de la botella y vaso de agua, y de cuyo más extenso lienzo de pared pendía una estampa de San José, abogado de la buena muerte. El cuarto de los trastos, en el patio y al abrigo del porche, donde se reunían los enseres menos precisos. Y la cuadra, con el caballo y el carro, los pe-

sebres y los arreos, el montón de paja bienoliente y los sacos de cebada... ¡Qué familiares y qué ajenas las cosas en aquellos días! El mismo ruido de la collera, tintineando cuando Paco se la endosaba al caballo, ¿no era un manojo de esquilas distantes? Y el resoplido del animal, disponiéndose a tirar de los varales, ¿qué significaba ya? El agrio roce de los ejes del carro ni siquiera recordaba la necesidad de su engrase, ahora descuidado. Las gallinas entraban, alborotadas y urgentes, a la cuadra en busca del grano; y Rosa no las aventaba, no hacía nada que les impidiera el cloqueante saqueo del pienso del caballo. Allí se estaba en el patio, lavando a pleno sol, silenciosa; o repasando la ropa bajo el porche sin decir palabra a su marido que, inmóvil, tampoco parecía advertirla a ella.

¿Qué pensaba Rosa? Pues en el *hecho,* en sus consecuencias, en la inesperada voluntad de Dios. Tantos años transcurridos, y he aquí la inutilidad de su paso: el holandés saltaba a la claridad, exigía atención y se desquitaba de su abandono. Pedía su tierra sagrada, su entierro de cristiano. Y Paco tendría que decirle a alguien, por fin, el lugar exacto donde metió el cuerpo muerto.

Por dura que fuera la prueba, Rosa tendría que estar en su sitio, al lado de su marido. Si hubo un momento en que se alejó, al terminar de oír la historia, ahora no comprendía por qué lo hizo. Paco creyó que si ella se hubiera estado quieta, nadie conocería su confesión. Pero esta idea era absurda, pues Rosa no se creía capaz de callarse; le escocía el alma, como culpable, y necesitaba *algo* que aliviara su desasosiego. Una culpa es una culpa, ayer y mañana. El que hace un mal tiene que purgarlo, esto es indiscutible. ¿Cómo iba ella a vivir igual que cuando creía a su marido incapaz de hacer daño a nadie? Serenamente, abstraída, esperaba los acontecimientos.

Lo curioso es que a Paco le ocurría otro tanto. Ignoraba qué le esperaba, pero no lo temía. ¡Mayor encierro que él mismo se diera, atenazándose la conciencia, no le vendría a dar nadie! El tabaco ardía solo, sin dejarle al hombre ningún placer; las manos holgaban en sus bolsillos, los ojos se cerraban para recordar mejor... Que el Cielo, que ya mandó su lluvia, dispusiera el giro de los acontecimientos.

Los *Popos* permanecían al tanto de todo aquello, como es natural. A sus oídos llegaba la incesante repalandoria de las mujeres que, a la vez que iban a la compra, cambiaban sus impresiones. Pero los *Popos* no eran unos manifaceros que aprovechando forzadas oportunidades metieran baza en la vida ajena. Sin embargo, eran ya tantos los días que Rosa no acudía a la tienda, que, previo consejo familiar, la señora Juana, en nombre de todos, fué a visitar a la voluntaria

enclaustrada. La halló lavando en el patio, al buen sol, y no supo cómo abordar su cometido...

—Queríamos decirle, Rosa...—y se atrancó. ¿Qué querían decirle los *Popos* a aquella mujer pálida, ajena, que la miraba, con sus manos dentro del jabón espumoso de la pila, como si no la conociera?

—Muchas gracias, señora Juana—contestó Rosa gravemente.

Entonces la vieja tendera se saltó las palabras acordadas entre los suyos: que la tienda estaba a su disposición, que si no quería ir allá en persona a comprar lo que necesitara, podrían mandárselo..., etc.

Y como una esclusa que rompe sus compuertas, fluyó acaloradamente.

—De nada, mujer, de nada. Somos vecinos de toda la vida y siempre os consideramos muy bien. No sé si será verdad o no que Paco haya matado a un hombre, pero si lo hizo—que no voy a negarte que está muy mal hecho y que Dios se lo tendrá en cuenta—tuvo que ser en defensa propia; de eso sí que no tenemos la menor duda ninguno de nosotros. Ni nadie en el barrio. Paco es serio, trabajador, muy buen hombre y muy buen marido. ¡Si fueran otros, que se pasan la vida borrachos! Pero, sea lo que sea, ya se arreglará; te lo digo yo, Rosa. En cuanto a nosotros, ya lo sabes: puedes mandar a pedir lo que necesites, con Juanico, mi nieto; él vendrá todos los días y tú le dices lo que tiene que traerte. Te advierto que todas las vecinas se hacen lenguas de tu prudencia, y que nadie ha dicho nada contra vosotros.

La cuadra dió señales de vida en aquel momento; el caballo relinchaba al recuperar su hogar. Paco dejó abierta la puerta que comunicaba con el patio e hizo acto de presencia en él.

—Buenos días, señora Juana; ¡tanto bueno por mi casa!

—Hola, Paco. Vine a saludar a Rosa y a ponerme a su disposición.

—Dios se lo pague, vecina.

Estaba allí, serio, alto y tieso, con su cara de mármol, que así la tenía desde que confesó su secreto. La señora Juana se levantó, dudó, y por fin se le acercó con afecto.

—Oye, quiero que sepas una cosa: nosotros te apreciamos y no queremos nada malo para ti.

—Lo sé.

—¡Aunque fuera verdad, que no lo creemos!

—Lo es.

—Tus razones tendrías, hombre. ¡La sangre se calienta y no sabéis lo que hacéis!—él agachó la cabeza—¿Cómo pudiste callarte tantos años, y soltarlo, así, un día?

Paco sonrió; el día era radiante; el olor de mar bañaba el aire. ¡Si siempre hubiera hecho este tiempo...!

—Llovía—contestó sencillamente.

La señora Juana no comprendió; hasta supuso que el carrero acabaría tocado de la cabeza. Suspiró, anudándose su pañuelo negro de seda bajo la barbilla, y se dispuso a irse.

—¿Qué tendrá que ver lo uno con lo otro?—rezongó.

—¿Ya se va, señora Juana?—terció Rosa.

—Sí, Rosa. Lo dicho. No se te olvide.

Pasos que el zaguán embebió, ligero portazo, y los esposos se miraron con melancolía...

—La buena mujer vino a ofrecerme su tienda; por si yo no quiero ir dijo que me mandará a Juanito todos los días para que él me traiga lo que necesite.

—Está bien.

—También me dijo que todos ellos suponen que si tú hiciste... *eso,* sería en defensa propia. Así fué.

—Así fué, pero eso no es verdad. ¡Yo le obligué a atacarme y luego le maté!

—¿Querías matarlo?—conminó, súbitamente, ella.

El abrió los ojos, se miró las manos...

—No. Eso sí que no.

—Tú sacaste la navaja porque el dolor del puñetazo te aturdió y ya no sabías lo que hacías. Cegaste.

—¡Es verdad!

—Luego, si él se te echó encima para quitarte la navaja y entonces se la clavó, matándose, sólo él tuvo la culpa.

—¿Pasó así, Rosa?—se aferró a ella, se pegó a su aliento—¡Dime la verdad, por tu padre, dime que pasó así, Rosa!

—He estado pensándolo mucho, y ahora ya sé que pasó así.

—¡Señor...!

Se dejó caer sobre una silla de la cocina, llorando. Daba verdadera angustia oír aquel pecho de adusto varón vaciándose de sollozos. El nunca estimulante espectáculo del llanto del hombre era aún más triste en aquel día claro, de cielo puro, que olía a mariscos y a espuma de mar. Rosa le miraba como a un hijo desdichado al que se sabe sin redención y cuyo dolor tratamos de abocar al llanto a fin de que éste relaje la tensión inaguantable.

¿Cómo había llegado Rosa a aquellas conclusiones acerca del crimen? ¿De qué secreta y cálida fuente ignorada fluía la inesperada veta de una comprensión superior a su inteligencia? ¿Qué misericordia bañaba su voz para que ésta sirviera de causa a una posible liberación del atroz remordimiento?

—Tú discutías con él, violentamente; y tenías razón, porque él te

iba a dejar a ti, que eras el trabajo serio y decente, por una tía del muelle. Como se lo dijiste, se puso furioso y te atacó. Lo demás es lo natural cuando se le pega a un hombre. ¿Te ibas a estar quieto? Claro que no. Pero no era tu intención matarlo, sino que él se tiró a la navaja y se la hundió solo.

¡Qué enorme, qué vastísimo país el de la piedad humana! Si un ser intenta calmar a otro cuyo desasosiego brama como un ciervo sin hembra, ve cómo las duras compuertas ceden, y suave o torrencialmente el doloroso se lanza a tragar su consuelo. ¡Ah, ésta es la salvación y no otra! Porque húmedo de gratitud, acogido a la piedad, el culpable busca en sus entresijos todos los justificantes de su daño, enseña los motivos de su pena, y conforme va documentando su remordimiento se va liberando del peso asfixiador de su conciencia. Queda apto para recibir la réplica humana, ya que la divina desembocó de todo egoísmo, de toda defensa, en la autoacusación.

—¡No, no pensaba ni quería matarle, Rosa! Pero yo lo provoqué, lo insulté con rabia para que saltara y se defendiera, porque le aborrecía con todo mi corazón desde que supe que me quería dejar. Durante meses vivió conmigo, nos lo repartíamos todo, no teníamos ni tuyo ni mío. Y de pronto, lo mismo que dejó el barco me quería dejar a mí. Antes de que él llegara a pedirme trabajo yo vivía solo, sin cariño de nadie. Piter era cariñoso, trabajador, desinteresado, y pensé que ya tenía familia en el mundo gracias a él. ¡Nada le importaba y a nadie le temía! Ibamos por los caminos a cualquier hora, de noche, de madrugada, al atardecer, cantando. Yo no tuve padres, Rosa; o si los tuve, no los conocí. Piter era ya mi padre y mi madre juntos; ni las mujeres me importaban estando con él. De pronto se quiso ir; dejarme igual que dejó el barco holandés y a los marineros de su país. Me cegué. ¡Aquel hombre no quería ni a su camisa! Se lo tenía que decir, que tirárselo a la cara como si se la abofeteara. ¡Quizá entonces él se arrepintiera, comprendiera lo solo que yo iba a quedarme; y si se quedara...! Pero fuí más lejos de lo que quería; lo odié de verdad en un momento; no me importó la muerte y hasta deseé que me matara. En vez de eso él me atacó como yo no había de defenderme: a puñetazos. Tú sabes que los hombres llevamos siempre una navaja, y sin saber cómo me la encontré en la mano, abierta...; y sin saber cómo, vi que Piter se la clavaba..., se la clavaba... ¡Y aquella lluvia, allí, mirándome, Rosa, mirándome! Todos estos años me hablaba agónico, me decía: «acabarás contándolo, Paco». Ya está. Lo sabéis todos.

Con las manos cruzadas sobre su regazo, la esposa escuchaba sin parpadear. Comprendía por intuición que aquel llanto era bueno, que aquellas palabras que a ella la maltrataban eran buenas para quien las

decía. Y su piedad brotaba, oleaginosa, lubricando los doloridos recintos de su corazón.

—¿Qué pasará ahora; lo sabes tú; no te ha dicho nada la señora Juana?

—Nadie me ha dicho nada.

—¿A qué esperan; por qué no me llaman y me castigan?

—Espera. Confía en la misericordia de Dios.

—¿Qué va a hacer Dios por mí, después de lo que yo hice?

—Dios puede perdonarte.

—¿Y los hombres?

—No pienses en ellos. Piensa sólo en El.

—¡Rosa, si no sé rezar!

—No hace falta, Paco. Piensa en Dios.

—¡Dios mío, Dios mío!

Sintieron llamar a la puerta. ¿Era Dios que contestaba?

A contraluz, una figura oscura, la del alguacil con una carta en la mano.

—¿Francisco de la Iglesia?—dijo.

—Soy yo—contestó Paco.

A partir del día siguiente comenzaron a funcionar los servicios policíacos. Lo más importante se le encargó a un buen empleado, antiguo minero y carpintero que con un enorme esfuerzo había ido haciendo lo necesario para examinarse y aprobar de policía. José González, de La Unión, era un sujeto simpático, de carácter apacible, que conocía de antiguo a Paco. Sabía que antes de casarse e instalarse en Santa Lucía iba y venía a Murcia llevando mercancías al muelle. Un viejo carabinero, retirado ya, le recordaba también y se lo dijo al policía: ¡era tan activa aquella pareja de carreteros! ¿Qué había sido del otro...? El otro era un muchachote holandés, marinero anteriormente, que siempre hablaba de lo hermosa que era su ciudad natal, Amsterdam, llena de canales por los que discurrían lanchas, barcos, entre orillas con casas viejas, muchas de ellas españolas. El holandés había reñido con sus compatriotas y abandonó el buque en que viajaba para unirse a Paco y trabajar juntos. Luego, cosas de hombres jóvenes, riñó también con Paco y le abandonó por culpa de una pelagarza de Mazarrón. Poco después Paco dejó los viajes a Murcia y se instaló en Santa Lucía para trabajar entre La Unión y el muelle de minerales...

El señor Juez ordenó que su informante se personara en el propio puerto de Mazarrón y tratara de averiguar algo más concreto. Al fin, alguien quedaría en los burdeles que se acordara de un holandés enamorado de una buena prójima, aunque hiciera más de veinte años.

Los *Popos* iban sabiéndolo todo al minuto. Causaba sensación en la tertulia el pasado de Paco. ¡Qué extraño sonaba esto: *pasado de Paco!* Extrañísimo. Súbitamente, aquella figura familiar a la que casi nunca prestaron atención excesiva, tenía pasado; y en él, como en las turbias aguas de un charco mal aireado, flotaban informes restos...

El policía González había vuelto de su viaje, para emprender otro. En el puerto de Mazarrón no vivió nunca un marinero holandés con ninguna mujer de vida airada. Pasaron muchos extranjeros, sí, pero sin quedarse más tiempo del que exigía la carga o descarga de su barco.

Por fin, lo que son las cosas; por fin, una vieja alcahueta tuvo un repente y se acordó de uno que, en efecto, se chaló por la Caridad —que acabó casándose con un traficante en ovejas, o así...—y anduvo con ella, borrachos los dos, hasta que logró llevárselo su compañero: un carretero muy mal encarado. Dijo que volvería, y no se le vió más el pelo. Cosas de los hombres; en cuanto se espabiló, si te he visto no me acuerdo.

El Juez pensó que era indispensable saber a ciencia fija todo lo que afectara a los viajes de Paco a Murcia desde Cartagena, a pesar de la minuciosa declaración que éste había prestado. E hizo gestiones el policía entre los hombres de Consumos. Aquellos empleados del fisco municipal conocían a Paco; de uno en otro las pesquisas fueron a parar en un par de tipos que afirmaron acordarse muy bien de Paco y del holandés. ¿Dónde estaban ahora? La última vez que les vieron venían del puerto de Mazarrón e iban a Cartagena. Se acordaban muy bien porque les extrañó que el extranjero se despidiera de ellos «ya que iba a emprender otra vida»... *¡Peor vida dirás!*—refunfuñó Paco. Se veía que le dolía separarse del compañero, mocetón con riñones para el trabajo, que estaba para juntarse a una mala res.

De Murcia a Cartagena, de acuerdo con la declaración del carretero, se perdió el holandés conocido por Piter. Los hechos quedaban aclarados; sólo faltaba—y esto no era seguro que se ordenare—su reconstitución. Sería indispensable en tal caso, naturalmento, que Paco señalara el lugar en donde enterró a la víctima.

¡He ahí lo más horrible de todo aquello: volver a enfrentarse con Piter bajo una forma imposible de imaginar!

Los hechos se fueron escalonando ahora, ordenadamente, situándose en la actualidad que les pertenecía. Desde fuera, partícipe y extraña, Rosa los fué viviendo de acuerdo con su deber: junto a su esposo.

Como en una pesadilla recibió el final imprevisto: prescripto el delito. no se podía actuar contra el autor, dejándolo solo con sus recuerdos; como siempre estuvo...

Se abrieron y se cerraron carpetas, se abrió y se cerró el proceso. ¿Para qué hubo de saberse todo aquello? La acción legal carecía de campo para el castigo. No habría, pues, castigo para Paco.

Sin embargo, fué igual a cuando se proyecta una corriente de aire o de agua en una cueva cerrada: ahora, en ella, se podría respirar mejor. Es decir: se podría respirar.

Delante del matrimonio, nada. Detrás, veinte años. Veinte años en común son muchos años. Por ello, al saltar de su alvéolo dejan un tremendo surco, una profunda herida brotando sangre, cuyos labios tardarán tanto en unirse—si es que hay suficiente vitalidad en los tejidos para hacerlo—que la cicatriz será un tajo en el compacto cuerpo de la vida. La misericordia divina pone olvido, *ausencia* del alma en semejantes casos. Las criaturas quieren olvidar, lo someten todo al posible olvido. Por rudas, por ignorantes que sean—y serlo no excluye la sensibilidad—, saben que olvidar es buen camino de regreso a la vida normal. Empiezan por ausentarse del presente, por dispararse al futuro...

Tímidamente, sugiere Rosa:

—Barcelona es una ciudad muy grande; nadie conoce a nadie. Hay muchos cartageneros allí.

—Sí. ¿Quieres que nos vayamos?

—Sería preferible.

Con sigilo, Paco y Rosa hacen su equipaje y salen de su casa al amanecer de un sábado, día del correo marítimo a Barcelona. Dejan los armarios cerrados, cubiertos los espejos, un gran candado en la puerta de la calle. Hace dos días que Paco vendió el averío, el carro y el caballo, sin dar explicaciones a nadie. Cuando llegan al barco, es casi la hora de salir.

Desde lo alto del castillo de la Concepción se ve cómo describe el muelle una media luna antes de que sus extremos toquen con los montes, estos grandes montes pelados que hace muchos años—según cronistas—estuvieron pobladísimos de arbolado. Son grandes, sí, y hoscos, ahora. A derecha e izquierda del muelle avanzan para cerrar el puerto natural, cuya centinela montan; y los malecones de los faros, a su vez, este afanoso avanzar hasta que se detienen en dos luces palpitantes. Al pie del monte de la izquierda del muelle señalamos ya el poblado de Santa Lucía. Lo que en él ocurrió, ya lo sabéis. Las criaturas se ahogan en semejante medio, quieren irse, abandonarlo. Cierto que los sucesos irían borrándose con rapidez de la viva pizarra del comentario público; que los vecinos intentarían hacer que los esposos se encontraran como *antes*. No es posible, porque ambos han despertado

a una vida nueva: la de no reconocerse en los que habían estado siendo durante tantos años.

Ahora, silenciosos y helados, Paco y Rosa ven la ciudad desde la borda del «Ausías March»; oyen las voces, extrañamente cercanas, de los que se quedan en el muelle. Poco a poco se van acercando a los faros, los trasponen, ya no divisan el puerto... El mar azul de la bocana se pone más oscuro, crece; ya todo es mar para los que emigran.

En Barcelona hay tifus; una horrible epidemia que resucita aquellas pestes medievales de que nos hablan las crónicas europeas. El matrimonio, aterrado, va del muelle a la estación del ferrocarril camino de Madrid. Porque Madrid es grande también—lo asegura el propio capitán del barco, a quien acuden en demanda de consejo—y no padece la epidemia. Cansados, aporreados, vencidos, pisan la estación del Mediodía. Es otoño de nuevo, un otoño dorado y fresco.

—Este es Madrid. Queríamos ir a Barcelona y hemos acabado en Madrid, en el que nunca pensamos.

El mozo que coge el equipaje de estos pobres seres fugitivos de tantas desdichas les orienta hacia una modestísima pensión de la calle de Atocha. Allá van, desalentados, para descansar y adoptar después sus determinaciones. ¿Y qué determinaciones...?

El aire fino y agudo de Madrid, el pataleo de los caballos de los guardias del orden público, la gente que va y viene a la estación... Luego, un portal sombrío: la casa de viajeros, sin ascensor, está en el último piso.

Una habitación angosta, interior, con un camastro insuficiente y dos o tres trastos desvencijados que pueden servir de mesa de noche, de lavabo, de guardarropa, los reciben. ¡Qué lejos el sol de Levante, la ancha y buena luz mediterránea, olorosa, frutal luz del cielo! El hombre y la mujer se miran en silencio. Ahora es imposible el olvido.

—Lo primero, dormir. Tendremos tiempo de pensar lo que vamos a hacer. Anda, acuéstate—aconseja ella.

—¡Estoy muerto!—confiesa él.

Y la palabra *muerto,* que tendrá que ser desterrada del común vocabulario, le tira a la cama, lo hunde en ella. Tarda poco en dormirse.

Rosa se quita los zapatos, el vestido y se extiende a su lado. No va a poder dormirse, lo sabe; está demasiado cansada para ello. Pero cierra los ojos y se pone a rezar.

Al rezo se le entrometen los pensamientos temorosos; la no abordada Barcelona, pues el paso significó huida, es tan incógnita como este Madrid del que lo ignora todo aún. ¿Llegará a sentirse aquí, algún día, como en su casa; no habrían hecho mejor quedándose en aquélla, re-

sistiendo hasta acostumbrarse al nuevo estado de sentimientos? Tiene miedo, miedo a lo desconocido, miedo a vivir—tan lejos de todo lo habitual—junto al hombre que acaba de descubrir en su marido.

Por fin, piadosamente, el sueño detiene su vigilia.

Carmen Conde.
Ferraz, 71, 6.º B.
MADRID

EL OCIO Y LA EXISTENCIA HUMANA

POR

JOSEF PIEPER (*)

El que hable hoy del «ocio» habrá de colocarse inmediatamente a la defensiva. Tendrá que defenderse contra una fuerza adversa que, a primera vista, parecerá ser la que domine. Pero esta impresión no se simplifica por el hecho de que esta fuerza contraria no sea «otra persona», puesto que en realidad se trata exclusivamente de un debate interior. Y lo peor es que si nos preguntan de pronto qué defendemos, no sabremos contestar con precisión. Si analizamos, por ejemplo, la frase de Aristóteles: «Trabajamos para tener ocio», habremos de reconocer paladinamente que ignoramos lo que significa esta frase, al parecer, absurda.

Tal es, a mi entender, la situación.

Por lo tanto, la primera pregunta que se nos ocurre es: ¿Qué se entiende por ocio? ¿Qué representa este concepto en la gran tradición? Antes de buscar una respuesta, considero conveniente que hablemos de esa fuerza adversa, es decir, de eso que suele llamarse la «supervaloración del trabajo». Esta denominación es, hasta cierto punto, provisional, ya que la palabra «trabajo» puede tener tres significaciones, por lo menos. Trabajo puede equivaler a «actividad en general»; puede significar, también, afán, esfuerzo y molestia. Y finalmente, quiere la costumbre que se considere el trabajo como una actividad útil y, sobre todo, una actividad de utilidad social. ¿A cuál de estos tres conceptos nos referimos, al hablar de la «supervaloración del trabajo»? Yo no me atrevería a decir que nos referimos a los tres. Existe igualmente la «supervaloración» del esfuerzo, del afán y de la dificultad, y lo que no es menos importante, una supervaloración de la función social. Este es exactamente el monstruo de tres caras con el que tiene que habérselas el que se proponga defender el ocio.

Supervaloración de la actividad en general.

Esto significa, en mi opinión, la incapacidad de realizar las cosas fácilmente; la incapacidad de soportar ciertas situaciones y de sobrellevar las contrariedades. Es la «actividad incondicionada» que, como ha dicho Goethe, es la última que se declara en quiebra. La formulación más extremada que se ha dado hasta ahora a esta herejía se encuentra en esta frase de Hitler: «Toda actividad tiene sentido, in-

---

(*) Con la expresión de nuestro agradecimiento a la Revista *Humboldt*.

cluso el crimen; en cambio, la pasividad carece de él.» Se trata, naturalmente, de una formulación insensata y, además, absolutamente absurda. Pero hay otras formas más «suaves» de esta locura, que constituyen una característica general del mundo actual.

Supervaloración del esfuerzo y de la dificultad.

Aunque parezca extraño, no es un hecho inusitado. Podría decirse, incluso, que el promedio del comportamiento ético del hombre moderno «decente» se basa en gran parte en esta supervaloración de la dificultad; lo bueno, por su misma naturaleza, es difícil. Lo que no cuesta esfuerzo alguno carece de valor moral. Schiller ha expresado esta tesis en un gracioso verso dirigido contra Kant: «Sirvo de buena gana a los amigos; pero, desgraciadamente, lo hago con afecto. Por ello me atormenta a menudo la idea de no ser virtuoso.» Los «antiguos» —me refiero a los grandes griegos Platón y Aristóteles, así como a los maestros del cristianismo occidental—, los «antiguos» no consideraban que lo bueno, a pesar de su naturaleza, fuese siempre difícil, por saber que las formas superiores de la realización de lo bueno no exigen nunca esfuerzo, ya que lo propio de su naturaleza es nacer del amor. Y así puede decirse también que las formas superiores del conocimiento (por ejemplo, la fulminante inspiración genial, la contemplación pura) no son un «trabajo espiritual», sino más bien un «regalo» que no requiere esfuerzo, porque así lo exige su naturaleza. La palabra «regalo» es quizá la clave que va a darnos la explicación. Bastará reflexionar sobre la extraña preferencia por lo difícil que se refleja en el rostro del hombre de nuestra época y que es el rasgo característico que revela su predisposición al dolor (yo creo que es más característico que la tan reprobada «ansia de placeres»); bastará, pues, reflexionar sobre esto, para encontrarse de pronto ante la pregunta: «¿Es éste acaso el sentido profundo de la negativa a recibir nada regalado, sea de quien sea?»

Supervaloración de la función social.

No hacen falta muchas palabras para demostrar que éste es el rasgo dominante de la sociedad contemporánea. En todo caso, no es necesario para ello pensar solamente en los «planes quinquenales» totalitarios; lo peor de los cuales no es el planeamiento, sino su pretensión de ser la pauta para el conjunto de la vida; y no sólo para la producción industrial, sino también para la organización del tiempo libre de cada individuo. En el mundo no totalitario también puede ser muy eficaz la dictadura del utilitarismo puro. Al llegar a este punto, convendrá recordar la distinción que se hacía antiguamente entre las

«artes liberales» y las «artes serviles». Esta diferenciación revela la existencia de actividades humanas que tienen un valor intrínseco, y otras que sirven una finalidad extrínseca, es decir, que son exclusivamente utilitarias. A primera vista, esta idea parece anticuada y pedante; pero, en realidad, se trata de un fenómeno de gran actualidad política. La pregunta: «¿Hay actividades libres?», traducida a la jerga del trabajo totalitario, significa: ¿Existe algún trabajo humano que, por su naturaleza, haga innecesaria la imposición de un plan quinquenal? A lo cual los antiguos han contestado con una afirmación categórica. La respuesta del mundo totalitario es también intransigente, pero negativa. El hombre es un elemento absolutamente funcional. Una actividad «libre» que no sea de utilidad social es indeseable y, por lo tanto, debe «liquidarse».

Ahora bien, cuando se aparta la mirada de estos tres aspectos de la supervaloración del trabajo, para fijarla en el concepto «ocio», se ve en seguida claramente que en este mundo del trabajo no hay lugar para él. No sólo se le considera absurdo, sino moralmente sospechoso. Y, en realidad, existe aquí una incompatibilidad absoluta. La idea del ocio es diametralmente opuesta a la idea totalitaria del «trabajador», bajo cualquiera de los tres aspectos que hemos citado.

Contra el absolutismo de la actividad.

El ocio es precisamente «ausencia de actividad»; es una forma de silencio. El ocio es precisamente la clase de silencio que hace suponer que se está escuchando algo; sólo el que permanece callado puede escuchar. El ocio es el comportamiento del que se sumerge totalmente en la verdad; es una manera de tener el alma abierta, a la que corresponden exclusivamente las grandes y felices ideas que no pueden adquirirse con ningún «trabajo espiritual».

Contra la supervaloración del esfuerzo.

El ocio es la actitud de la celebración solemne. Y la celebración solemne significa lo contrario del esfuerzo. El que, por principio, desconfía de la facilidad es al mismo tiempo incapaz de saborear el ocio y de celebrar una fiesta. Sin embargo, para celebrar una fiesta hace falta otra cosa, de la que hablaremos en seguida.

Contra la supervaloración de la función social.

El ocio significa que se ha salido de la función social. Pero no se debe confundir el ocio con la interrupción del trabajo. La interrupción del trabajo, lo mismo si dura una hora que tres semanas, supone el reposo del trabajador para volver al trabajo; y se establece en beneficio del trabajo. Pero el ocio es algo completamente distinto. El ocio

no significa que el individuo funcione sin alteraciones, sino que en medio de su función social sigue siendo hombre, es decir, que conserva la aptitud para tender la mirada más allá del medio donde se realiza la función, de contemplar con atención solemne el universo en su totalidad y de realizarse a sí mismo como un ser colocado en la totalidad de este universo mediante un acto libre, es decir, que tiene valor en sí mismo, porque no está «comprometido».

La verdadera cultura sólo puede medrar en la tierra del ocio siempre que se entienda por «cultura» todo aquello que va más allá de la necesidad absoluta de vivir, pero que es indispensable para que una existencia humana sea completa. Y ahora surge la pregunta: «¿Qué puede hacerse para detener el avance destructor del mundo del trabajo totalitario? Si la cultura vive del ocio, ¿de qué vive entonces el ocio? ¿Cómo puede colocarse al hombre en condiciones de «crear el ocio» (como decían los griegos)? ¿Qué puede hacerse para impedir que se convierta exclusivamente en un «trabajador» que se entrega totalmente a su función?»

Confieso mi incapacidad para contestar a esta pregunta con una idea concreta y practicable. La verdadera dificultad es de tal magnitud que no puede salvarse con una sola resolución, aunque esté inspirada en la mejor intención. Pero sí es posible demostrar en qué consiste. Los médicos nos dicen hace años que el ocio es muy importante para la salud, y es indudable que tienen razón. Pero no se puede «crear el ocio» para conservar la salud o para recobrarla y ni siquiera para «salvar la cultura». Hay cosas que sólo se hacen cuando se consideran provechosas en sí mismas. Pero es imposible hacerlas «para que...» suceda otra cosa (por ejemplo, es imposible no amar a una persona «para que...» y «a fin de que...»). Ciertas jerarquías no pueden volverse atrás, y el intentarlo, además de inoportuno, es sencillamente imposible.

Y volviendo a nuestra pregunta, podemos afirmar que si el ocio no se experimenta como algo que tiene valor en sí mismo, será imposible realizarlo. Y ahora es cuando se puede hablar de la celebración de la fiesta. En la fiesta se reúnen los tres elementos que constituyen el concepto del ocio: primero, ausencia de actividad y descanso; segundo, ausencia de esfuerzo y facilidad, y tercero, el hecho de haber salido de la función del trabajo utilitario. Todos sabemos cuán problemático es para el hombre de esta época celebrar una fiesta. Ahora bien, esta dificultad equivale a la incapacidad de abandonarse al ocio. El motivo de que fracase una fiesta es el mismo que hace imposible saborear el ocio.

Al llegar a este punto, surge inevitablemente una idea que, como

he podido comprobar muchas veces, parece muy antipática a la mayoría de los hombres. Y se la puede expresar de esta manera: Celebrar una fiesta es expresar de una manera excepcional la aprobación del mundo en su totalidad. El que no considere «buena» y «justificada» la verdad en su esencia, no podrá celebrar ninguna fiesta, como tampoco podrá «crear el ocio». Es decir, que el ocio está supeditado a la condición previa de que el hombre esté de acuerdo con el mundo y con su propio ser. Y ahora viene lo que es tan absurdo como inevitable: la forma suprema de esta concordancia con el mundo en su totalidad es alabar a Dios, glorificar al creador, practicar un culto. Y con esto se ha nombrado también la última razón del ocio.

Será preciso aceptar la idea de que la humanidad ha de hacer esfuerzos enormes para sustraerse a las consecuencias de este criterio; por ejemplo, establecer días festivos inéditos, o sea evitar la última y verdadera concordancia con el mundo, pero con un despliegue inmenso de propaganda realizado por el poder político, si bien dándoles la apariencia de fiestas auténticas. En realidad, la «organización del tiempo libre» para esas pseudofiestas no es sino otra forma de trabajo agotador.

Sería un error creer que esta tesis sobre el carácter esencialmente de culto que es inherente a todas las fiestas y sobre el origen ritual del ocio y de la cultura es específicamente cristiana. Quizá sea más bien lo que suele llamarse la «secularización»; no tanto la «descristianización», como la pérdida de algunas ideas fundamentales propias para mantener la tradición de la sabiduría natural de la humanidad. Pero me parece que a este grupo de ideas corresponde también la tesis del ocio y del culto. Fué Platón, el gran griego precristiano, el que la formuló, siendo muy viejo, en una grandiosa imagen mítica. Platón pregunta si no hay ningún momento de respiro para el género humano, evidentemente nacido para el trabajo y para el ocio. Y contesta que, en efecto, hay un respiro: «Los dioses, compadecidos de los humanos, nacidos para afanarse, les han dado para reposar los días festivos que se repiten periódicamente, a fin de que celebren sus cultos, teniendo como compañeras de recreo a las musas, con sus adalides Apolo y Dionisio, y que, mediante el trato solemne con los dioses, observen una noble actitud y anden por el camino recto.» Y el otro gran griego, Aristóteles, más «crítico» que su maestro Platón y, como se sabe, menos inclinado a hablar en imágenes míticas, ha formulado con su serenidad habitual el mismo criterio. Y en la «Etica a Nicomaco», donde figura la frase que hemos citado al principio: «Trabajamos para tener ocio», dice que el hombre no podrá vivir la vida del ocio, mientras no resida en él algo divino.

POEMAS DE SABINE SICAUD

Nació Sabine Sicaud el 22 de febrero de 1913, en la «Soledad», finca de su familia a orillas del Lot.

Protegida por el cariño de sus padres y los altos muros de la «isla», como llama ella a su morada, crece en contacto estrecho con el mundo animal y vegetal que la rodea.

Su educación es exclusivamente doméstica, como decían antes: los profesores vienen a casa a enseñarle las letras, el dibujo, la música.

Pero los verdaderos descubrimientos los hace ella sola, en los libros y la naturaleza. Los poemas de su niñez (poemas anteriores al 26) cuentan, sobre todo, sus sorpresas y embelesos frente a esos compañeros silenciosos con quien vive. Entre ella y el hongo, entre ella y la castaña, la hoja de plátano, la mariposa, el lagarto, se produce como un reconocimiento mutuo que exalta su pensamiento poético.

Su inspiración no la reduce largo tiempo a los límites estrechos de «La Soledad». Su intuición, despertada por algunas imágenes y perfumes de flores raras, la lleva por caminos lejanos y nostálgicos: como nosotros todos, la niña poeta ha oído la llamada de lo desconocido, de esa libertad engañadora de los viajes:

«caminos de libertad que suponemos libres...»

Sin embargo, pronto comprende que es en su isla, en ella misma, donde ha de encontrarse; y siempre vuelven esas evasiones a su punto de partida: libertad:

«en mí transcurre tu vida, serena y sedentaria,
mientras que los caminos dan la vuelta a la tierra...»

En tres años apenas, el genio de Sabine se desarrolla con una firmeza sorprendente. Su mirada, siempre hincada en la realidad, se eleva al mismo tiempo hacia perspectivas más amplias.

Cuando el mal misterioso y mortal se apodera de ella, una tarde de verano, ya es la niña capaz de medir el abismo en que va a ser precipitada. Mal verdaderamente misterioso que, lenta e irremisiblemente, invade su cuerpo, martirizándola.

En los cortos momentos que le otorga el sufrimiento, Sabine escribe esos poemas de los que dice el crítico Claude Mauriac: «Hay que leerlos, llorar y callar.»

Su lucidez frente a la muerte crece cada vez más tremenda. La niña sabe que ésta nos separa para siempre de todo lo que queremos, de todos los que nos quieren:

«Las cosas amadas lo serán por otros
o se acostumbrarán a no serlo más.
Continúa la vida.»

Muere el 12 de julio de 1928, sin que los médicos hayan podido atenuar su terrible dolor.

Poemas de Sabine Sicaud... Tanta alegría primero; luego, tanta madurez, tanta resignación, como si quisiera la naturaleza condensar en quince años de vida el ciclo completo y trágico de una existencia humana.—ALINE SCHULMAN.

«LA SOLEDAD»

I

Soledad... Para ti es como decir solo.
Para mí, ¿quién sabrá entenderme?
Quiere decir: verde, verde denso, vivaz, suave,
Verde plátano, verde acanto, tilo verde.

Palabra verde. Silencio verde. Manos verdes
De grandes árboles inclinados, de arbustos locos;
Dedos entre rosales, laureles y bambúes;
Troncos de cedros viejos en los que se reúnen
Los bichitos y las alegres rondas
De libélulas sobre el agua verde...

En el agua, reflejos de castaños,
De pardos tejos, mimbres, yerbabuenas,
Berros; charcos quietos
Y corrientes vivas donde reman los mosquitos;
Ranitas saltarinas y carpas venerables;
El martín-pescador... En marzo, estrellas de ciruelos,
De perales, de manzanos; racimos de arces.

En mayo, la fiesta de las cicutas,
De los botones de oro: esplendor de los prados.
Campanarios blancos de las yucas, lanzas agudas
Y tallos suaves, madreselva de ramas apretadas,
Parra con su pesada carga de palmas,
Y siempre, y por todas partes, fresca de luz y calma,
La invasión de la yedra en pequeñas olas pulidas
Ganando la pared de los patios, los cristales de las ventanas,
Los tejados de los pabellones siempre rozados en vano....

«LA SOLITUDE»

I

Solitude... Pour vous, cela veut dire seul,
Pour moi — qui saura me comprendre?
Cela veut dire: vert, vert dru, vivace, tendre,
Vert platane, vert calycanthe, vert tilleul.

Mot vert. Silence vert. Mains vertes
De grands arbres penchés, d'arbustes fous;
Doigts mêlés de rosiers, de lauriers, de bambous;
Pieds de cèdres agés où se concertent
Les bêtes à Bon Dieu; rondes alertes
De libéllules sur l'eau verte...

Dans l'eau, reflets de marroniers,
D'ifs bruns, de vîmes blonds, de longues menthes
Et de jeune cresson; flaques dormantes
Et courants vifs où rament les «meuniers»;
Rainettes à ressort et carpes vénérables;
Martin-pêcheur... En mars, étoiles de pruniers,
De poiriers, de pommiers; grappes d'érables.

En mai, la fête des ciguës,
Celle des boutons d'or; splendeur des prés.
Clochers blancs des yuccas, lances aiguës
Et tiges douces, chèvrefeuille aux brins serrés,
Vigne-vierge aux bras lourds chargés de palmes,
Et toujours, et partout, fraîche, luisante, tranquille,
L'invasion du lierre à petits flots lustrés
Gagnant le mur des cours, les carreaux des fenêtres,
Les toits des pavillons vainement retondus...

II

Yedra que aprisiona la frente del roble, al cuello del haya,
Sus manojos de granos negros como un lazo tendido
Al tordo vacilante; verde reino
Para los mirlos de frac — reino que se extiende
Así como en un parque de Florencia o de Roma
En mantos de esmeralda y cordajes en vilo...

Yedra de aquella avenida con pórtico de luz
Cuyos plátanos seculares, cada verano,
Levantan una larga catedral verde — yedra
De la cueva de rocas donde duermen amparados,
Cada invierno, las calas y los frágiles cactus;
Funda, que el polvo blanco de la ciudad
Apenas escarcha en las noches de vendaval — para mí,
Verde obligado de las piedras viejas,
De los árboles viejos, de los tejados que se inclinan, de los tejados [viejos —

¿Un palacio? No, señora, una casa solariega,
Una ermita verde que huele a bosques, a heno,
Donde los ruidos de la carretera llegan bastante lejanos
Para no ser más que una música en semitono.
Un tren huye quejándose por el terraplén,
Mas todo el horizonte malva y rosa que alcanza
Cambia el viaje en colores de leyenda.
Sigue la mirada a esos trenes que se alejan
Arrastrando sus barbas grises — y es verdad que derraman
Algo de nostalgia al hilo del rubio verano...

Pero el jazz de los gorriones se desencadena por las hojas,
Se exaltan las palomas blancas, el ciprés
Es la torre encantada donde se deshojan unas notas
En torno al ruiseñor. Del prado,
Sube la fiebre de los grillos, de los saltamontes.
Todas las hierbas tienen patas, tienen alas —

II

Lierre nouant au front du chêne, au cou du hêtre,
Ses bouquets de grains noirs comme un piège tendu
A la grive hésitante; vert royaume
Des merles en habit — royaume qui s'étend
Ainsi que dans un parc de Florence ou de Rome
En nappes d'émeraude et cordages flottants...
Lierre de cette allée au porche de lumière
Dont les platanes séculaires, chaque été,
Font une longue cathédrale verte — lierre
De la grotte en rocaille où dorment abrités
Chaque hiver, les callas et les cactus fragiles;
Housse, que la poussière blanche de la ville
Givre à peine les soirs de très grand vent — pour moi
Vert obligé des vieilles pierres,
Des arbres vieux, des toits qui penchent, des vieux toits—.

Un château? Non, Madame, une gentilhommière,
Un ermitage vert qui sent les bois, le foin,
Où les bruits de la route arrivent d'assez loin
Pour n'être plus qu'une musique en demi-teintes.
Un train sur le talus se hâte avec des plaintes,
Mais l'horizon tout rose et mauve qu'il rejoint
Transpose le voyage en couleurs de légende.
On regarde un instant vers ces trains qui s'en vont
Traînant leur barbe grise — et c'est vrai qu'ils répandent
Un peu de nostalgie au fil de l'été blond...

Mais le jazz des moineaux fait rage dans les feuilles,
Les pigeons blancs s'exaltent, le cyprès
Est la tour enchantée où des notes s'effeuillent
Autour du rossignol. Du pré,
Monte la fièvre des grillons, des sauterelles,
Toutes les herbes ont des pattes, ont des ailes —

III

Y el burro y el caballo de la fábula están ahí,
Y «Chanteclair» representado de gran gala
Día y noche por el patio donde revolotean plumas.

Al claro del agua vive el eterno prodigio
Del renacuajo de terciopelo hecho sapo de oro;
De la voz de cristal entre los raspadores nuevos
De innumerables ranas. El gato está dormido.
La perra Diki se afana — y sobre sus cabezas llueven
Pastillas de luna o de sol ardiente.
Si llueve de veras, la lluvia, chorreando a cubos,
De igual modo se desparrama por los dedos verdes que la detienen.

Un tilo, unos bambúes. Amparo verde del poeta.
Verde, ¿entiende usted? Para que de las viejas casas
Nada hiera la mirada bajo sus párpados cansados.
Suavidad del árbol, del musgo, del césped...
Dicen: ¿Soledad? ¡Ay!, en la hora que pasa,
¿Existe algo vivo más vivo que un jardín?
¿Algo más misterioso, perfumado, denso, tenaz,
Y poblado — tan poblado que, de repente,
Se encuentra uno discurriendo con mil pequeños duendes,
Sin saber de dónde han salido, como en la cueva de Aladino?

Palabra verde... ¿Quién dirá el frescor infinito
De una palabra color de savia y de fuente y de aire
Que baña una casa siempre de uno,
Palabra desierta quizás y resecada para otros;
Para sí, familiar, tan próxima, tierna, verde
Como un islote, un islote amado en el universo?

III

Et l'Ane et le Cheval de la Fable son là,
Et Chanteclair se joue en grand gala
Jour et nuit dans la cour où des plumes voltigent.

Au clair de l'eau, c'est l'éternel prodige
Du têtard de velours devenu crapaud d'or
De la voix de cristal parmi las râpes neuves
D'innombrables grenouilles. Le chat dort.
Dikette-chien s'affaire — et sur leur tête pleuvent
Des pastilles de lune ou de soleil brûlant.
S'il pleut vraiment, la pluie à pleins seaux ruisselants,
S'éparpille de même aux doigts verts qui l'arrêtent.

Un tilleul, des bambous. L'abri vert du poète.
Du vert, comprenez-vous? Pour qu'aux vielles maisons
Rien ne blesse les yeux sous leurs paupières lasses.
Douceur de l'arbre, de la mousse, de gazon...
Vous dites: Solitude? Ah! dans l'heure qui passe,
Est-il rien de plus vivant qu'un jardin,
De plus mystérieux, parfumé, dru, tenace,
Et peuplé — si peuplé qu'il arrive soudain
Qu'on y discourt avec mille petits génies
Sortis l'on ne sait d'où, comme chez Aladin.

Un mot vert... Qui dira la fraîcheur infinie
D'un mot couleur de sève et de source et de l'air
Qui baigne une maison depuis toujours la vôtre,
Un mot désert peut-être et desséché pour d'autres,
Mais pour soi, familier, si proche, tendre, vert
Comme un ilôt, un cher ilôt dans l'univers?...

¿HABLARTE?

¿Hablarte? No; no puedo.
Yo prefiero sufrir como una planta,
Como el ave callada sobre el tilo.
Esperan. Está bien. No están cansados
De esperar. Yo esperaré como ellos.

Sufren solos. Hay que aprender a sufrir solo.
No quiero indiferentes dispuestos a sonreír,
Ni amigos que gimen. Que no venga nadie.

La planta no dice nada. El pájaro calla. ¿Qué más?
Este dolor está solo en el mundo, por más que se quiera.
No es el de los demás, es el mío.

Una hoja tiene su sufrimiento que ignora la otra hoja,
Y del sufrimiento del pájaro, el otro pájaro no sabe nada.

No se sabe. No se sabe. ¿A quién se parece?
Y aun así, ¿qué importa? No necesito
Oír esta noche ninguna palabra vana.

Espero, como lo hacen detrás de la ventana
El viejo árbol sin movimiento y el pinzón mudo...
Una gota de agua pura, un poco de viento, ¿quién sabe?
¿Qué esperan? Lo esperaremos juntos.
El sol les dijo que volvería, quizás...

VOUS PARLER?

Vous parler? non; je ne peux pas.
Je préfère souffrir comme une plante;
Come l'oiseau qui ne dit rien sur le tilleul.
Ils attendent. C'est bien. Puisqu'ils ne sont pas las
D'attendre, j'attendrai, de cette même attente.

Ils souffrent seuls. On doit apprendre à souffrir seul.
Je ne veux pas d'indifférents prêts à sourire
Ni d'amis gémissants. Que nul ne vienne.

La plante ne dit rien. L'oiseau se tait. Que dire?
Cette douleur est seule au monde, quoi qu'on veuille.
Elle n'est pas celle des autres, c'est la mienne.

Une feuille a son mal qu'ignore l'autre feuille;
Et le mal de l'oiseau, l'autre oiseau n'en sait rien.

On ne sait pas. On ne sait pas. Qui se ressemble?
Et se ressemblât-on, qu'importe. Il me convient
De n'entendre ce soir nulle parole vaine.

J'attends — comme le font derrière la fenêtre
Le vieil arbre sans geste et le pinson muet...
Une goutte d'eau pure, un peu de vent, qui sait?
Qu'attendent-ils? Nous l'attendrons ensemble.
Le soleil leur a dit qu'il reviendrait, peut-être...

EL JINETE

Ha partido a caballo, sobre el césped.
Viento del Norte le golpea,
Pero él finge pasear a caballo.
Dicen: «¡Qué pronto olvida!
Sigue creyendo que la tierra es bella.»
Mas su caballo cree ir llevando un fantasma,
Y por mirarle, vuelve la cabeza.

Ha silbado a su perro como siempre.
Toca al pasar las hojas nuevas.
¿Qué le exigís a ese que ha quedado?

Dicen, gritan: «Esto no puede ser.»
Renace el alba. Su corcel sin dueño
Ha sido ya vendido.
Las cosas amadas lo serán por otros,
O se acostumbrarán a no serlo más.
Continúa la vida.

LE CHEVALIER

Il est parti sur son cheval, dans l'herbe.
Le vent du Nord le cingle,
Mais il feint de promener son cheval.
On dit: «Comme il oublie déjà.
La terre lui paraît toujours belle.»
Mais son cheval croit porter un fantôme
Et tourne la tête pour le regarder.

Il a sifflé son chien comme auparavant.
Il touche au passage les feuilles nouvelles.
Celui qui reste qu'exigez-vous de lui?

Ils disent, ils crient: «Ce n'est pas possible.»
Et l'aube renaît. Son cheval sans maître
Est déjà vendu.
Les choses aimées le seront par d'autres
Ou s'habitueront à ne l'être plus.
La vie continue.

Traducción de Aline Schulman.

SALA DE ESPERA

POR

ALONSO ZAMORA VICENTE

—¡Qué frío! ¡Pero qué frío! ¿No encuentra usted que hoy hace un frío tremendo? ¡Qué barbaridad, que frío! Hace aún más frío que ayer, ¿no, verdad? Sí, sí, mucho más que ayer. ¡Qué frío, Dios mío, pero qué frío!

Doña María, haciendo tiritar hasta a los muebles al oírla, se acerca a la chimenea de la sala de espera. Es muy de mañana y empiezan a acudir a la estación los viajeros de todos los días. Los que viajan siempre, por alguna obligación, a la ciudad. Hoy todos los que pueden quedarse en casa lo hacen. Hace un día de perros. Lluvia, viento, a ratos nieva. En la chimenea de la sala de espera arde un buen fuego de troncos de encina y pino, que el señor Floriano, el jefe de estación, ha logrado encender después de ahumar concienzudamente la estancia. Sala de espera, arreglada con cierto mimo, en la estación de un ferrocarril secundario, lugarcillo de desahogo y veraneo en las cercanías de la capital. Unos trenes lentos, minúsculos, van y vienen hasta el empalme. Hoy, con la nevada copiosa de la noche, todo anda mal. El señor Floriano, el jefe de estación, se desvive porque los viajeros no pasen frío en el inevitable retraso. Luego pasarán mucho en el vagón, sin calefacción, pero eso ya no es cosa suya, sino del jefe de tren. Ahora...

—Arrímese, doña María, arrímese. ¡Esto da un calorcito! Y quizá el tren venga hoy retrasado.

—¡Hombre! Es natural. ¡Con este frío! ¿Cómo van a andar los trenes con este frío? Una porque no tiene más remedio que ir a la obligación, que si no ¡pa chasco! ¡Menudo día! Pero ¿usted se da cuenta del frío que hace?

—Sí, sí, doña María, mucho frío. ¡Es el tiempo!

—Este pueblo solamente en el verano tiene algo de gracia. Y eso que en verano, ¡qué calor! Pero ¿usted se da cuenta del calor que hace aquí en verano? No me diga, ¡qué pueblo éste!

—Sí, sí, doña María. Es un pueblo como otro cualquiera.

—¡Quite usted allá, señor Floriano!

Doña María trabaja en la ciudad, en la Caja Central de Ahorros, Sección Intereses, ventanilla 6. Doña María es viuda y a veces suspira. Otras veces, como hoy, tiene frío.

Llegan Purita y Loli. Purita cursa Ciencias Políticas y Económicas, segundo curso. Lolita va a la Escuela Nacional de Danza. Coinciden muchísimas veces en el tren, y son viejas amigas desde el tiempo de las Esclavas. Se aproximan al fuego, acercando cautelosamente los pies a las llamas; llevan magníficas botas de nieve, y ríen ruidosamente mientras se calientan. Doña María las observa recelosa:

—¡Así ya podrán!

El humo de la hoguera se ha ido disipando. Brillan en las paredes los carteles del turismo, *Côte d'Azur, Espagne, Marocco,* y los de unas vistosas señoritas, ligeras de ropa, que anuncian Coca-Cola y dentífricos. Sobre la puerta de la calle, Brujas la muerta enseña un verde canal. Doña María, dando pataditas al suelo, se aplica a leer el horario de trenes, mientras observa de reojo a las estudiantes. Está nevando de nuevo. Largas ráfagas de viento silban entre los pinos, loma arriba, y el humo de las chimeneas se arrastra, largo balanceo desvaído, entre los andenes. Un silencio súbito. Entre ráfaga y ráfaga lo quiebra isócronamente el golpeteo de una gotera sobre el mármol de la entrada. Llega apresurada, sacudiendo su paraguas, Cuquita, la mecanógrafa de «El Poniente», Seguros de Enfermedad y Vida. Al entrar se deja la puerta abierta. Doña María acude presurosa, refunfuñando:

—¡Señorita, que le huele el aliento! ¡Qué barbaridad, con el frío que está haciendo!

—¡Usted perdone!

Cuquita empieza en seguida su conversación con Loli y Purita. Purita y Loli no le conceden gran importancia. Estas chicas que tienen que trabajar... Ya, ya, menudas lagartas. Como que no cuestan nada las botas, y el bolso espléndido, con cierre automático de seguridad, y el cuellecito de astrakán... Sí, sí, a ellas se la van a dar, que eso sale de un sueldo. Estas con carita de santas, ya se sabe.

—¡Hola, sol!

—¡Buenos días, ricura!

—¡Hola, chicas! ¡Qué día!

—¿Vas sola hoy? ¿Dónde has dejado a tu hermana?—pregunta Loli con cierto retintín.

Cuquita se resguarda como puede. Se nota ligeramente tolerada por las estudiantes y, a la defensiva, ha adquirido un tono intelectual de cierta suficiencia. La hermana es Paqui, pelirroja y empleada en una agencia de viajes, la «Trascontinental».

—Se ha quedado en cama.

—¿Algo de gripe?

—No. La tocará ponerse mala pasado mañana. Siempre hace igual: se acuesta dos días antes, a esperarlo... Es muy precavida.

—¡Ya, ya!

—¡Claro, ya se ve!

—¡Paqui es muy ordenada!—añade Cuquita arreglándose el pelo.

—Pero oye—dice Purita—, ¿y no se equivoca?

—No, hija. Bueno, una vez, en la oficina, la tacharon otras fechas en su calendario y se pasó diez días en cama esperando. ¡Y sin parar de quejarse! Hay una gente que ya, ya. ¡Menuda broma, chicas!

—Sí, qué gentes—dice Loli con una mirada cómplice hacia Purita.

Doña María, que lo ha estado oyendo, refunfuña algo entre dientes. Está escandalizada.

—¡Y encima se dejan la puerta abierta!

Se ha parado un coche bajo la marquesina exterior. Los cascabeles del caballo han sonado un gran rato antes en el silencio de la nevada, al abrigo de los galpones de la estación. Por la ventana, doña María y las jóvenes curiosean: se adivina el ir y venir de los obreros cargando ritualmente las vagonetas de troncos de pino, mientras una maquinilla diminuta y fatigosa hace maniobras. Se oye el pregón de un vendedor de periódicos. El cochero baja tres maletas de cuero, ventrudas, lustrosas. Del coche desciende un sacerdote, una orilla morada en el cuello y la botonadura de la sotana; la teja, brillante. Es don Rodoaldo, el provisor de la diócesis, que está haciendo investigaciones en el archivo del monasterio de San Francisco y va de vuelta a la ciudad.

—¡Santos y buenos días!—dice al entrar, a la vez que se echa sobre los hombros el balandrán, acercándose al fuego. ¡Deje ahí las maletas, mozo! ¡Señor Floriano, factúreme ese equipaje!

Don Rodoaldo acerca sus manos al fuego, en vago gesto de éxtasis. Todo el mundo está callado. Las chicas se han ido a un banco alejado y cuchichean:

—¡Pues que se alivie tu hermana, chica!

—¡Y que esta vez no le hayan tachado otros días en su calendario!

Cuquita, con cara de circunstancias:

—¡Muchas gracias, preciosas!

Un silencio, calmado el viento. El altavoz de la estación, confusamente, grita. Nadie le entiende. El señor Floriano aclara, desde la puerta, que el 1036 descendente trae veinticinco minutos de retraso. Las chicas discuten:

—Oye, Loli, ¿es el nuestro?

—Ay, hija, será. ¡A mí qué me preguntas!

—Pues anda, que no eres tú nadie esta mañana.

—Pues claro, ¿cómo voy a saber yo si es el nuestro el descendente? Oye, tú, Cuquita, ¿tú sabes si es el nuestro?

—No sé; eso lo sabe muy bien Paquita, que lo lleva todo apuntado.

—¿Y también le arreglan en la oficina los horarios de trenes, di?

—Bueno, no se os puede contar nada.

El señor Floriano entra con más leña, reverencioso:

—Don Rodoaldo, ¿ya de vuelta? ¿Cómo va ese trabajo? Debe de ser un libro importantísimo. Creo que Radio París ha hablado de sus investigaciones.

Don Rodoaldo no puede evitar una ligera zozobra.

—¿Cómo dice usted?

—Me lo ha contado Pedrito, el cocinero del hotel, que oye la radio todas las noches.

—¡Palabras, amigo mío, palabras! ¡Vanas palabras! Yo sé que mi libro será muy importante, pero... ¡ah, la funesta propaganda!

Don Rodoaldo ha dejado de sentir el frío.

Comienza a llegar más gente. Intimidad descendida, en forzoso hiato de una noche, esa reunión de gentes convecinas que se desplazan todos los días a la ciudad. El jefe de la Asociación Gremial de Resineros, don Filemón, con su condecoración en la solapa; don Roberto, profesor de Geografía en la escuela 15, distrito 6, barbita rubia y calvo; doña Eduvigis, la jefa del Ropero, que todos los lunes se ve obligada a ir a la capital a entregar la recaudación (de paso oye misa en los jesuítas de San Casiano, una iglesia calentita). También llega Juan Sánchez, el hijo del consumero, que estudia Derecho por libre.

—Ya está ahí ese marmolillo—sonríe Purita.

—¿No le contestas? Te ha saludado—avisa Loli.

—¿Yo? En la Universidad, porque no tengo más remedio, pero ¿aquí? Bueno, a ver si te vas a creer tú también eso de que puede estudiar todo el mundo... ¿No sabes qué hace? Pues fíjate: lava platos en un restorán. Anda, ¿qué os parece?

—Chica, ¡qué espanto!

—Ahora te explicarás...

—Nada, nada, ni una palabra más. ¡Estaría bonito!

—Y, además, seguro que tiene matrícula gratuita, no me cabe duda. Pero no se cansan nunca. Todo les parece poco...

—¡Ya, ya!

—¡Y es becario!

—¡Acaparador! ¡Y se atreve a trabajar!

El estudiante, encorvado, flacucho, se desabrocha la chubasquera, se calienta, remueve con un gancho las brasas y se pone a leer, después de haber saludado a todos los presentes. Loli añade:

—¡Fíjate qué pedante! Nadie lee más que él...

—Ya te decía yo—dice Purita.

Cuquita se pinta concienzudamente, espejo en alto. Humo de ciga-

rros. Don Rodoaldo se ha sentado en un extremo del sofá, a un lado del fuego. Al otro está Cuquita. Don Rodoaldo examina a Cuquita, mientras finge que lee un ejemplar de *Le Monde*. Cuquita pregunta:

—¿Vais a ir hoy a algún sitio?

—¿Nosotras? Quizás a la cafetería Royal.

—¡Ah! ¿Os sentáis ya de la nueva forma?

—¿Qué dices?

—¿Eh?

Una curiosidad en creciente sube desde el pecho a los ojos de Purita y Loli, abriéndolos hiperbólicamente. Don Rodoaldo agita el periódico. Una vuelta más de *Le Monde*.

—Pero ¿no lo sabéis? Si viene en todas las revistas...

—¿Qué?

—Es muy fácil. Ahora se lleva mucho sentarse un poco de lado, con una pierna así, muy vertical, que se la vea bien derecha, y la otra pierna debajo, algo más atrás, pero que se deje ver la liga.

Juan Suárez ha dejado de leer. A pesar del murmullo de las conversaciones, del lamentarse del frío de doña María, de la charla con eses arrastradas de doña Eduvigis, se ha oído bastante claramente el final de la última frase de Cuquita. Nace un silencio denso y a pie firme; inesperadamente se abre la puerta y entra don Luis; don Luis evita el sofoco que amenaza. Doña María estaba a punto de reventar.

—Pero ¿ha oído usted, doña Eduvigis?

—¡Qué me va a contar a mí, doña María; qué me va usted a contar! ¡Santo Dios!

Doña Eduvigis pone los ojos en blanco y levanta la cabeza al techo, donde unas telarañas ennegrecidas oscilan en el aire removido por el fuego. El estudiante pone los ojos muy en funciones, y finge mirar al suelo, cerca de donde están los pies de Cuquita. Después se encoge de hombros y vuelve a su libro (*Tratado superior de Derecho Administrativo, por el catedrático de la asignatura*):

—¡Valiente loro!

Don Luis es párroco de un pueblecito cercano. Lleva un balandrán zurcido en varios sitios y el alzacuello rozado. La sotana está parda, casi amarillenta, raída. Avanza arrastrando una pierna y lleva las manos, temblorosas, ocupadas: en una el bastón, una cayada amarilla, rústica; la contera de metal produce dentera al resbalar en las losas. Y en la otra mano un maletín desteñido y viejo. Saluda a don Rodoaldo quitándose, tímido, la boina. Las llamas brillan en los cristales de las gafas de metal blanco. Don Rodoaldo, al verle, no disimula un ligero malestar.

—¿Cómo está usted, señor Provisor?

—Don Luis, con Dios venga. ¿Dónde está usted? ¿Adónde bueno por aquí?

—Estoy aquí al lado, de párroco. ¿No recuerda el señor Provisor?

—No, no me acordaba.

A don Rodoaldo una imprecisa inquietud le remonta los brazos.

—Voy a ver si hablo con el señor obispo. Problemas de la iglesia, muchas goteras, señor provisor, y el pueblo no tiene dinero. Además me quieren levantar un supermercado en la quintana antigua de la parroquia. En fin, problemas de la feligresía, señor provisor. Quizá el señor obispo...

—Dudo que su ilustrísima, atareadísimo en estos momentos...

—No me desaliente ya, señor provisor. Y usted por aquí, ¿qué hace tan temprano?

—Ah, acabo de reunir los materiales para un libro que tengo en preparación. He venido a consultar los archivos de los Seráficos. Ya sabe usted, estos monasterios nuestros, tan ricos de documentación antigua...—don Rodoaldo saca el reloj y golpea el suelo con el pie, impaciente—. Textos verdaderamente preciosos en ediciones excepcionales. No se puede usted figurar qué riqueza en esa biblioteca: Belarmino, Santo Tomás, San Agustín, San Cirilo de Alejandría. Un verdadero portento. Mi libro ha salido de estos días muy adelantado.

—¿Y qué es, si se puede saber?

Don Rodoaldo se arrellana en el asiento, limpiando sus lentes de oro con una felpa especial, echando el aliento de cuando en cuando a los cristales. La maquinilla de las maniobras pita estrepitosamente. Don Rodoaldo espera a que vuelva el silencio. Hasta Purita y Loli están atentas, boquiabiertas, admirativas:

—¡Qué tío!

—Pues mi libro—añade don Rodoaldo, despacito, una orla cobarde en la voz—se titulará: *Relaciones entre las fundaciones benedictinas y la política de los Hohenstaufen en la Baja Sajonia y el Milanesado.*

—¡Ah!

—¿Qué le parece? A veces pienso alterar el orden de los elementos en el título y empezar por los Hohenstaufen. ¿Usted, don Luis, recuerda algo de esto?

Don Luis sufre un acceso de tos; al intentar buscar arrimo el maletín se le abre y se le vuelca por el suelo el contenido: un peinecillo algo mutilado, una pastilla de jabón que se sale de la jabonera al tropezar con el suelo, la toalla, unas zapatillas, un frasco de Sal de Fruta Heno. Don Luis se agacha dificultosamente, el estudiante le ayuda a recoger todo. Unos calzoncillos largos, cogidos por el extremo de una pernera, se zarandean, burlón espantajo, en el silencio inoportuno. Don

Luis tose, tose, tose, se sienta donde le lleva el estudiante, junto a don Rodoaldo, y se excusa, con una zapatilla en la mano:

—Mis juanetes, ¿sabe, señor Provisor? No puedo moverme sin ellas.

Purita le da un codazo a Loli, señalando un envoltorio con dinero en billetes pequeños que también iba en el maletín. Don Filemón, el jefe del Gremio de Resineros, hasta entonces callado y fumando, se lo acerca a don Luis.

—Muchas gracias. Es dinero de la gente del pueblo, para encarguitos. Gente de la fábrica de usted, ¿sabe? Siempre necesitan alguna cosilla: medicinas, regalitos. ¡Hasta alguna promesa!

Don Rodoaldo lee atentísimamente todos los anuncios de las paredes: *Villes d'Art, Alpes.* Los ojos se apartan, rápidos, de uno que dice escuetamente *Viareggio,* donde hay una joven rubia en traje de baño y con un enorme balón de colores apoyado en la cadera. Juan Sánchez ofrece una pastilla de menta a don Luis, que la rechaza:

—No, muchas gracias; no vale la pena.

Don Luis, con un pañuelo muy blanco que saca de su faltriquera, se limpia cuidadosamente una roseola que le ha nacido, va para un mes, en un pómulo, y que le hace llorar y le duele, y no se atreve a ir al médico, por si es como lo de don Federico, el comandante del puesto, que se murió en el hospital. Don Luis está cansado y delgaducho y, a ratos, sin aliento. Don Rodoaldo le observa con el rabillo del ojo, censurando sin voz las rozaduras de la ropa, los rotos de los zapatos, el agrio olor de la sotana pobre, remendada, desvalida. El altavoz anuncia algo. Nadie lo entiende entre el murmullo de las conversaciones. Por la puerta que da al andén asoma un hombre con aire de vagabundo, maltrecha su ropa, unos jirones de mantas apenas protegiéndolo. Ha estado mirando repetidas veces por el cristal, y por fin, decidido, entra y avanza hasta el fuego. Apenas se ha sentado en el suelo y extendido las piernas hacia las llamas cuando el señor Floriano entra contentísimo:

—¡Te agarré! Ya sabía yo lo que buscabas por aquí. ¡Largo, largo! ¡Aquí no se puede estar! ¿Usted tiene billete?

El hombre se levanta en medio de un rígido silencio. Solamente don Luis:

—¡Pobrecillo! Déjele que se caliente.

—Nada, nada—reitera el señor Floriano—. ¡No faltaría más!

Un portazo tras la salida del hombrecillo. Afuera algo se quiebra en el silencio de la nevada. Un perrillo se acerca al hombre y salta a su alrededor, se echa a sus pies cuando el vagabundo se sienta en un banco del andén, tapando con su espalda la mitad de los trenes des-

cendentes, inexpresivos, números en el cartel de pizarra. Resuenan los troncos que apilan los obreros en las vagonetas. Silbidos lejanos. Por el lado de la calle, la corneta del basurero taladra el hielo, y unas cuantas mujeres bajan los desperdicios. Diálogos a gritos entre las mujeres y el basurero, y el lechero, y la buñolera, que sale aún sin peinar. Alboroto creciente de la vida despertándose. La maquinilla de las maniobras pasa a lo largo del andén. El fogonero grita al vagabundo:

—Se está calentito ahí, ¿eh, maestro?

El señor Floriano vigila al vagabundo detrás de los cristales. Como un rencor reventando en granazón, todos los reunidos exclaman convergentes:

—¡Qué frescura!

—¡No hay respeto alguno!

—¡Aquí todo el mundo hace lo que le da la gana!

—¡Habrase visto!

—¡Como si los demás no tuviéramos frío!

Don Rodoaldo, sonriente y melifluo, se dirige a don Luis:

—Ya habrá visto usted la universal dureza de la sociedad para estos vividores. Solamente usted, con su corazón débil, muy excusable por otra parte... No olvide usted: *Summun jus, summa injuria.* Muchos de éstos—todos los días lo traen los periódicos—mueren con un saco bien repleto de miles. ¡Y escondido en el colchón!

Los viajeros se van reuniendo en grupos espontáneos. Don Rodoaldo se interesa cortésmente por los afanes y la salud de don Luis. Doña Eduvigis y doña María siguen ponderando el frío de la mañana en todos los tonos. Las jóvenes ensayan posturas de sus piernas, con o sin cigarro en la mano, ángulos de brazo en alto, miradas furtivas, suspiros oportunos. Don Filemón, el jefe del Gremio Resinero, discute con el profesor de Geografía, don Roberto:

—Le digo a usted que esto se va arreglando. ¡Somos los mejores del mundo en varias cosas! ¡Si lo sabré yo! Toda esta nieve antes se perdía. Bueno, qué le voy a contar. Yo, en la guerra, pues me tiré dos años de montañero, no le digo más. Figúrese usted si yo sabré lo que pasa con la nieve. ¡Y bien apuradillos que estuvimos más de dos veces!

—Se comprende—argüía don Roberto—. Pero no me discutirá usted que eso no pasa de ser un conocimiento empírico. Sin mapas no se puede tener un conocimiento real de las montañas ni, por lo tanto, de la distribución de las nevadas... Y el Estado no proporciona mapas suficientes.

—Bueno, mire. Déjese de cuentos. El Estado ya pone las montañas, ¿no cree? Lo que no está mal. Aquí lo que pasa es que a todos nos parece que el Estado da poco. Y ¿sabe lo que le digo? ¡Que da dema-

siado! Ya ve usted, en estas fábricas resineras, bueno, si no estaré yo al cabo de la calle, la mitad del asunto se va en jornales inútiles, en hablar de índice de producción y de repoblación forestal, y que si patatín, y que si patatán, y que si fué y que si vino. ¿Y sabe usted lo que hace falta? ¡Mano dura, eso es, sí señor! ¡Mano dura! Así ya vería usted cómo hasta en Francia se arreglaban las cosas y se terminaban las huelgas. Hágame caso a mí, mi querido amigo, que, créame, soy perro viejo.

—No se me ocurre dudarlo ni un instante, pero, si usted me permite, le diré que yo no iba precisamente por ahí.

—¡Y qué más da!

El jefe de estación entra y sale, conversando con unos y con otros. Va, viene, arregla el fuego, comprueba que el vagabundo sigue en el banco del andén, debajo de la campana, medio envuelto en su manta agujereada. Doña María y doña Eduvigis prosiguen, pulcras, patéticas, sapientísimas:

—¡La verdad es que este pueblo, para verano, le digo que no hay otro, pero lo que es ahora...

—¡Hombre! Es que en verano, fíjese: tenemos nueve kilómetros de arbolado, de pinar, lo que es una maravilla. En París, con ser París, no lo tienen.

—¡Quite usted! ¡Qué va!

—¡Y qué iglesia! Lo que se ve desde allí. Una vez subí a la torre, engañando al sacristán, porque está prohibido dejar subir solas a las señoras... Y bueno. Me puse a rezar. De la emoción, claro; sí, señora.

—¡Ya me lo explico! ¡Es un paisaje tan bonito!

—¡Se ve todo el pueblo! Le digo que en verano...

—Claro que también en verano, en este pueblo, ¿eh? Ya sabe usted por dónde voy.

—Pues ¡no caigo!

—Sí, mujer; lo del hijo de doña Constanza y la chica del guardabarrera...

—¡Ah, ya! No me diga. Un engaño, un engaño. Un chico tan fino, tan bien educado, de tan buena familia. ¡Cómo le agarró esa tunanta! ¡Un chico de carrera!

—¡Perito mercantil!

—¡Fíjese! Y dice que se quiere casar con ella.

—¡Jesús!—se escandaliza doña María.

—Lo que yo digo: que se case con Alejandra, la del notario, que es un buen partido, y le da gusto a su madre además. A la otra, que le pase un retiro. Y nadie tendrá nada qué decir.

Doña María se diluye en compasión dulcísima:

—¡Cuánto estará sufriendo esa pobre madre!

Doña Eduvigis susurra confidencias extremando las eses:

—En la última reunión del Ropero estaba destrozadita. Lo que se dice destrozadita. Figúrese que el hijo ha encargado ya una sillita plegable para lo que venga.

—¡Virgen Santísima! ¿Para la del guardabarrera? ¡Lo que nos queda por ver! Es que le habrá dado bebedizos...

—¡Digo!

—¡Bruja!

—¡Una madre tan santa!

El Jefe de Estación se acerca al profesor y al resinero:

—Yo, lo que creo es que la electrificación... En la electrificación está el quid. El día que este tren esté electrificado, ya verá, ya, qué cambio.

—No se olvide usted de los puntos. ¿Cuántos chicos tiene usted?

—Seis y lo que venga.

El señor Floriano mira al cielo, y le pide a Dios que siga nevando. Si sigue así, se interrumpirá el servicio, y él podrá a la tarde hacer una escapada a casa de don Ramiro, el fabricante de velas, a ponerle en orden la contabilidad, son quince durejos, y aún le sobrará una hora para hacer lo mismo con doña Lorenza, la dueña de la mercería El Clavel, en la esquinita de las Arrepentidas, otros diez duretes; hay que calzar a los chicos, y, si sigue helando, podrá pasar una buena velada en la cantina, calentito, jugando al dominó con el cantinero, y el factor, y el vigilante nocturno.

El señor Floriano, con exultante regocijo, bisbisea secretillos:

—A propósito, ¿saben ustedes lo que le ha pasado al cantinero con su mujer? ¡Un escándalo! Pues el caso es que...

Suenan timbres por el andén. El Jefe tiene que salir apresuradamente. El altavoz anuncia la inmediata llegada de un tren. Se cruzarán aquí los dos. El Jefe llega, ufano, a explicarlo a los viajeros:

—¡Menos mal!

—¡Ya era hora!

—¡Alabado sea Dios!

—¡Bueno, la Compañía debería indemnizarnos!

—¡De todos modos no llego a Procesal!

—¡Ahora resulta que el nuestro es el ascendente!

Entra una señora, la del recaudador de contribuciones, con sus dos niñitos. El pequeño llora a grito pelado, y de vez en cuando los dos hermanitos arman trifulcas por una pelota.

—¡Tengamos paz!

—¡Niños!

Pero los niños no dejan de alborotar y de corretear entre los grupos. Les colma de quieta sonrisa el patear sobre los diminutos charcos que dejan los paraguas, ¡zas!, risa y salpicando. Un pelotazo va a parar a la lumbre, y las pavesas y brasas saltan despedidas, manchando las medias de doña Eduvigis, que chilla aguda, casi dolorosamente:

—¿Cómo me presento así en casa de la Regidora Central del Ropero? Debería pagarme unas medias la mamá de estos niños. ¡Esto es intolerable!

Don Luis pasa su mano, encendido temblor, por la cabeza de los niños. El autor del zafarrancho se deja acariciar, sonriente, los dedos hundidos en las narices, y escarbando. La madre llega por detrás y le da un bofetón. El chico redobla los alaridos. Don Rodoaldo, las manos cruzadas sobre el vientre, se inclina, congelada sonrisa, hacia don Luis, y le dice sin mover los labios:

—¡Don Luis, por Dios, eche largo de aquí a ese crío!

—¿Señor Provisor?...

—¡Que aleje al llorón ese, que me revienta!

—¿Cómo dice?

—¡Dichoso niño! —y, levantándose, se dirige a comprobar que han dispuesto sus maletas, la inmóvil sonrisa atravesando los grupos, que se apartan solícitos.

Llega un tren. Silbidos, humo, carreras, chirriar de frenos, un acento de nieve en cada línea de la máquina. Purita, Loli y Cuqui se acercan a la ventana para ver salir a los viajeros.

—¡El Director del Banco! Dicen que tiene una novia negra.

—Claro. ¿No ves que ha estado una temporada en París?

—Doña Lupita, la maestra. ¡Anda, que no es antipática que digamos!

—El Jefe de Correos y su mujer —añade Cuqui—. ¡Fijaos qué barriga!

—¡Pues, hija! ¡No pierdes detalle!

—Es que, bueno, ¡con un hombre tan feo!...

—¡Y qué remedio!

—¡Anda, que qué remedio! Pues ir a la farmacia.

—¿A qué?

—Pues sí que estáis vosotras buenas. Pues en las farmacias, ahora, ya venden unas píldoras de hormonas, que se toman después de las comidas, y se tienen hijos.

—¡Dios mío! ¡No es posible!

Purita, sentada en el alféizar, sobre un periódico, tiene la boca abierta. La cartera le resbala mansamente por los muslos, amenazando caerse. La cartera, con el Manual de Sociología, y la Ley de Enjui-

ciamiento Criminal, y una novelita de Pérez Escrich. Cuqui, muy dueña de la situación, afirma:

—Hay que tomarlas cuidadosamente durante una semana.

—¡En las farmacias! —se atraganta Loli.

—Bueno, no en todas las farmacias. Solamente en las buenas, y con receta de mucha confianza.

—¡Ah! ¡Ya decía yo!

La cartera de Purita llega ruidosamente al suelo. Juan Sánchez, que ha ido acercándose poco a poco, paseando —ha cambiado el libro por un cuaderno— mientras leía Derechos Reales, ha oído el diálogo. Algo sonreído, se dice:

—¡Ya está bien que hagan oposiciones, y las hagan carteros o taxistas, y cobradores de funeraria, y todo lo que hacían los hombres, aunque sean bomberos; pero que nos desbanquen también en eso... ¡No hay derecho! No, señor, ¡no hay derecho!

Trajín del esperado tren, que llega jadeante. Doña María sale acompañando a doña Eduvigis:

—Lleva usted razón, doña Eduvigis. Deberían comprarle unas medias... Pero, con este frío, de lana, de lana deberían ser... ¿No encuentra usted que hace mucho más frío ahora? ¡Estoy completamente helada!

Trepidar de timbres, de carros que llevan maletas. El vendedor de periódicos grita su mercancía. Los niños siguen lloriqueando, queriendo coger chocolatinas y postales del puesto del andén. Su madre les da otra bofetada. Don Luis se acerca arrastrando los pies, tocándose de vez en cuando la roseola de la cara, o limpiándose la nariz, apretando bajo el brazo el maletín, que no se cierra. Una pareja de perros juguetea hacia el extremo de los urinarios. Loli los ve y se vuelve, súbita luz en los ojos, a sus acompañantes:

—¡Purita, fíjate esos perros!, ¡qué preciosos!

—¡Sí!...

Un estremecimiento recorre a Loli de pies a cabeza. Cobardemente:

—Oye, Purita...

—¿Qué?

—Tú sabes... ¿No hay muchísimos medicamentos que se hacen de animales? Vamos, quiero decir, ya me entiendes...

—¡Toma! La pancreatina de papá, y para el hígado...

—¡Oye! ¿Y si, vamos, eso, lo de Cuqui?...

—¡Qué horror! ¡Loli, por lo que más quieras!

Todos van subiendo al tren. El Jefe del Gremio de Resineros y el profesor de Geografía acaban de pasar por la cantina para matar el

gusanillo antes de arrancar. Los niños se han revolcado y llevan la cara imposible de hollín, de barro, de agolpada suciedad indefinible. El estudiante becario, que trabaja —habráse visto— en un restorán, se acomoda en su departamento de tercera, indignado contra las señoritas que, con mohines graciosos, suben a otro vagón. Don Filemón enciende un enorme veguero. Doña María llama al señor Floriano desde su ventanilla:

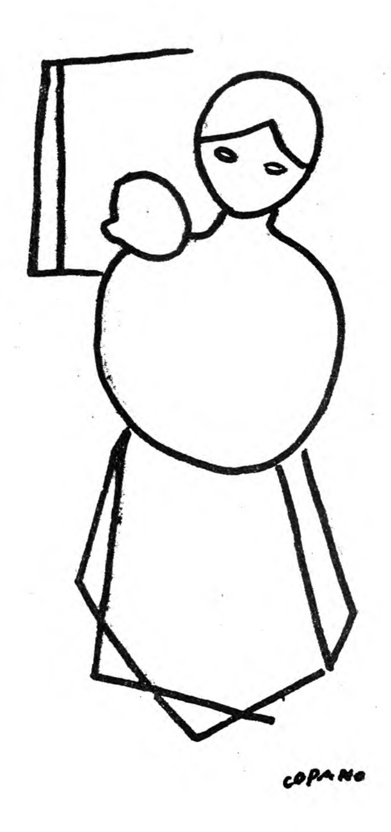
—¡Este vagón no lleva calefacción! ¡Pero qué frío! ¿Es que quieren que nos helemos hoy?

Don Rodoaldo se despide amabilísimo, cariñoso, protector, de don Luis. Don Luis busca sitio junto a Juan Sánchez, el estudiante, que deja de leer y le sonríe al verle abrir la portezuela. Don Rodoaldo detiene un instante a don Luis, ya en el estribo, para preguntarle, antes de ir a su vagón de primera:

—Usted, don Luis, por casualidad, ¿no sabe lo que ha pasado con la mujer del cantinero?

Silencio en los andenes. Chorros de vapor. Soledad. Olor de pena y desamparo. Carteles de trenes, silbidos, el pregón de los periódicos a lo largo del tren. También el hombre del café y las golosinas mueve su carrito... En el sosiego helado del andén, la carretilla, con las maletas de don Rodoaldo, avanza triunfal, solemne, poderosa, camino del furgón. Unos instantes después, el señor Floriano da la salida. En el coche de cola, un vagón de mercancías que hace de furgón, el vagabundo va subido sobre el tope, un perro entre los brazos. A los pocos metros, la luz del disco dibujó su rojo en la ventisca...

A. Zamora Vicente.
Amado Nervo, 3.
MADRID



HISPANOAMERICA A LA VISTA

COMUNIDAD IBEROAMERICANA

POR

ANTONIO SALVADOR

Volví a Madrid después de dos años y medio en América del Sur. Un año después salí de nuevo para América, esta vez Centro y Norte, y permanecí allí más de dos años.

Durante estas dos largas estancias en aquel Mundo Nuevo tuve oportunidad de conocer Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil; Colombia, Panamá, Costa Rica, Venezuela, Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba.

Estuve en contacto principalmente con el elemento universitario, pues la razón de mis viajes eran cursos y conferencias en distintas Universidades y Centros de cultura de casi todos esos países.

Pero no me reduje al ambiente universitario, y en la medida de lo posible trabé conocimiento con políticos, intelectuales, diplomáticos, profesionales, con el hombre de la calle, con el cuerpo social, en fin, que se encuentra en los medios colectivos de locomoción, en los cafés, en las recepciones y demás manifestaciones de la vida social. Presentaciones aquí y allá facilitaron el contacto con personas de distinta mentalidad y de distinto ambiente social, cuyo acoplamiento podía dar más o menos la tónica humana del país.

Procuré también ensanchar geográficamente el radio de acción más allá de la capital, y algunos países los recorrí ampliamente. Entiendo que cuando en un país se conoce sólo la capital del Estado, se tiene una visión incompleta del mismo, y que el conocimiento de las distintas regiones, si las hay, es indispensable para un primer conocimiento de conjunto de la auténtica realidad. En Ecuador, por ejemplo, es interesante la diferencia entre la costa y la sierra, influencia manifiesta de la geografía, y en Colombia la diferencia entre los departamentos originarios del Virreinato del Perú y los departamentos originarios del Virreinato de Nueva Granada, influencia manifiesta de la Historia. Asimismo, en Argentina es notoria la diferencia entre la capital y las provincias, Córdoba o Mendoza, por ejemplo. Aunque estas diferencias no son tan marcadas como en España entre gallegos, vascos, catalanes, castellanos, andaluces, son, sin embargo, decisivas en la fisonomía de aquellos pueblos.

Pues bien, de la misma suerte que por encima de estas diferencias regionales se advertía la unidad nacional, por encima de las diferencias nacionales resaltaba una cierta unidad supranacional.

Tan palpable es esta auténtica realidad que aun ellos mismos, a pesar del obstáculo que para ello representa la concepción nacionalista en que vive inmerso nuestro tiempo y la actitud de recelo de muchos de aquellos países, con sus eternas cuestiones fronterizas, la admite unánimemente. Pero, sobre todo, quien, sin esa limitación impuesta por la distinta nacionalidad, está sintonizado con ellos por ser también ibero, capta tan espléndida realidad con una diafanidad pocas veces igualada en la comunión del espíritu.

Cuanto más afines son los pueblos entre sí, tanto más tienden a no ver lo diferencial, para acentuar así su diferenciación. Pero lo diferente no excluye lo genérico; lo propio no excluye lo común, y lo genérico, lo común, resalta en la América, que yo conozco, mucho más y mejor que lo propio, que lo diferente.

Quien se acerca a ellos sin tensión alguna nacionalista tiene la impresión de que los distintos países de América, me refiero a la América española, ya que la inglesa y la portuguesa están unificadas, son sólo diversos Estados, esto es, unidades políticas, puramente políticas, de una comunidad supraestatal, de una unidad social y aun política mucho más amplia.

Las nacionalidades han surgido allí de dos factores muy importantes, decisivos en la constitución del Estado, como son la población y el territorio.

Los pueblos de la América española son el resultado de la fusión de los diversos pobladores aborígenes de tan extensos territorios con los españoles que allí se establecieron.

Como el elemento aborigen era diverso en los distintos países, es innegable que la población de la América española no es uniforme, pues aunque uno de los elementos de la fusión era en todas partes el mismo —el español—, al no serlo también el otro —el indígena—, el producto no fué en todas partes el mismo, y en la América española hay una efectiva diversidad de pueblos.

Baste citar, como ejemplo, Méjico y Perú, en la formación de cuyos pueblos, si bien hay un elemento común —el español—, el elemento básico era, en cambio, tan diferente como eran entre sí los pueblos azteca e inca. Por eso, innegablemente, el pueblo mejicano, resultante de la fusión de aztecas y españoles, es étnicamente distinto del pueblo peruano, resultante de la fusión de incas y españoles.

He citado estos dos pueblos por ser más notoria la diferencia radical entre el elemento aborigen de uno y otro, pero lo mismo cabría decir, por ejemplo, del pueblo chileno, resultante de la fusión de araucanos y españoles.

El primero de los elementos constitutivos del Estado es, según

esto, diferente en las diversas naciones de la América española, y, por tanto, por este lado está plenamente justificada en ellas la diversa nacionalidad.

Mas no solamente el primero de los elementos es distinto, sino también el segundo, o sea el territorio, tan decisivo en la constitución del Estado, pues con su configuración geográfica da su fisonomía a las naciones.

No hablemos de Las Antillas, verdaderas unidades insulares, y refiriéndonos sólo al macizo sur, el visitante nota que ha cambiado de país con sólo mirar al suelo. La sabana de Bogotá y el valle de los Chillos, en Quito, no se parecen en nada. Entre Ecuador y Perú, no sólo la costa es feraz en Ecuador y desértica en Perú, sino aun Los Andes son distintos, ya que en aquél las cumbres andinas no se yerguen sobre el abismo, sino sobre valles de acuarela, y en éste, cumbres y abismos corren parejos; hasta la configuración de las mismas es distinta: el Chimborazo y el Machupichu nada tienen de semejantes. Y no digamos de la diferencia entre el territorio chileno y el argentino: el uno pura cordillera y el otro pura pampa; aun la vertiente argentina de la cordillera es muy otra de la chilena; al pasar el Puente del Inca cambia totalmente el paisaje y no tiene réplica el paisaje alpino del Portillo.

No se puede negar que en la América española hay auténticas regiones geográficas que condicionan su división política.

En razón de su diversa población y de su diverso territorio está plenamente justificada la diversidad de naciones en la América española, a diferencia de lo que ocurre en la América portuguesa y en la América inglesa, y me parece injustificado el reproche de que la América española se dividiera mientras conservaron su unidad las otras dos Américas. La división fué lamentable, pero se explica que no fuera posible evitarla.

Téngase en cuenta que en la América inglesa no hubo fusión con el indio, sino exterminio de éste, salvo en pequeñas unidades, y por tanto, el pueblo resultante era homogéneo; no había, pues, en razón de su población, motivo de discriminación de nacionalidades. Me refiero, claro es, a la América inglesa y no a los Estados Unidos de Norteamérica, porque sabido es que en éstos hay dos pueblos radicalmente distintos: el inglés y el español, ya que gran parte de los Estados de la Unión proceden de la América española y la unión de elementos tan heterogéneos es allí de anexión.

En la América portuguesa no hubo fusión ni exterminio del elemento aborigen, sino yuxtaposición de éste con el elemento colonizante; por eso se mantuvieron diferenciados ambos elementos, y con

ello se obtuvo la uniformidad de población doble en todo el territorio.

Tampoco hay, por otra parte, ni en la América portuguesa ni en la América inglesa, esas diferencias geográficas tan acusadas como en la América española. Desde Portoalegre a Napal, desde Miami a Nueva York no se percibe cambio notable de suelo, aun incluyendo la América portuguesa, zona tropical y zona subtropical, y aun dada la inmensidad del territorio de ambas Américas.

Añádase a esto la concentración territorial de una y otra en sendos núcleos de colosales proporciones, a diferencia de la dispersión a todo lo largo del vasto continente, desde Oregón a la Tierra del Fuego, que rompe la unidad geográfica de la América española.

Creo, por tanto, que tiene su explicación la forma tan diversa, desde el punto de vista político, en la cual se llevó a cabo la independencia de las Américas, dando origen dos de ellas a sendos Estados unitarios, y la española a una multiplicidad de éstos plenamente soberanos y con absoluta independencia unos de otros.

Fenómeno en el que fué también parte el factor histórico. El hecho de que la penetración en tan vastos y dispersos territorios se llevara a cabo no desde un mismo núcleo central por expansión del mismo bajo un solo mando, sino por iniciativas privadas de auténticos exploradores desde muy diversos ejes y bajo muy diversos mandos de verdaderos adelantados, condicionó ya diversos focos de radiación. Cortés, Quesada, Pizarro, Valdivia, Mendoza, con sus expediciones autónomas, configuran ya un sistema político policéntrico de grupos múltiples, determinante histórica de futuras nacionalidades.

La génesis misma de aquel mundo nuevo determinó su organización en virreinatos, que se gobernaban con dependencia central de la metrópoli, pero con absoluta independencia entre sí. Y esta organización fué un nuevo factor histórico de la multiplicidad de nacionalidades en la América española, pues al separarse de la metrópoli los varios virreinatos quedaban también separados entre sí, ya que su unión política era puramente metropolitana, y al perderse ésta, único lazo que las unía políticamente, las unidades políticas submetropolitanas quedaron automáticamente separadas entre sí.

Todos los proyectos y esfuerzos que se hicieron por mantener políticamente unida la América española resultaron fallidos, porque la disgregación la imponían la población, la geografía y la historia contra los que pretendían suplantar a la metrópoli con el establecimiento de un poder central endógeno.

Surgieron en consecuencia tantas naciones cuantas unidades más o menos definidas existían en la derrocada organización y en la de los pueblos aborígenes, y es inegable que estas naciones son auténticas

naciones y no creaciones artificiosas sin fundamento alguno en la realidad política e histórica de las mismas.

Pero no es menos cierta que la realidad de las distintas nacionalidades la realidad de una comunidad supranacional, supraestatal, integrada por todas las naciones, por todos los Estados de la América española.

En primer lugar, la población, que si bien como resultante de un elemento común —el español— y otro diferencial —el indígena— es específicamente distinta en los distintos países, como he hecho constar en la afirmación de la existencia de distintas nacionalidades en la América española, ofrece la peculiaridad de que el elemento común —el español—, en mayor o menor proporción en cuanto a la sangre, es preponderante en el espíritu: idioma, costumbres, cultura.

El idioma común es un legado inapreciable de nuestros mayores. Quienes en Europa, al cruzar una frontera, hemos forzosamente de cambiar de idioma, siendo ésta la primera sensación de país extraño, en América, al pasar de un país a otro y a otro sin cambiar de idioma, tenemos la impresión de que no hemos cambiado de país. Siendo el idioma el medio humano de expresión, al expresarnos dos personas de distinta nacionalidad en la misma lengua se desvanece la diferencia jurídica y no nos sentimos extraños el uno al otro. Y no es sólo en su función locutoria como el idioma común borra diferencias; los rótulos de calles y plazas, los anuncios luminosos dan al extranjero en estos países un mismo ambiente, que se acentúa aún más con los diarios, la radio y los espectáculos en una misma lengua.

Acorde con esa comunidad de expresión está la comunidad en el pensar, en el sentir y en el querer. La misma actitud radical ante la vida, el mismo ritmo vital, con unas mismas costumbres y una misma cultura. Desde La Habana a Buenos Aires se vive la misma religión católica, la misma filosofía griega, la misma moral estoico-cristiana, el mismo derecho romano-hispano, el mismo arte occidental, la misma historia américo-hispana.

La población de la América española es manifiestamente uniforme, no obstante sus diferencias nacionales. Semeja una suma indicada de quebrados de común denominador.

Y lo dicho de la población vale también del territorio. Por encima de las diferencias geográficas, que seccionan la América española en distintas naciones y que antes enumeré, piénsese en la significación física de una sola cordillera —Los Andes—, que va de un extremo a otro de dicha América como un sistema vertebral único, manteniendo unidos todos los países que se articulan en la misma.

De ella fluyen todos sus ríos como un sistema arterial único que

riega todos aquellos países y del que todos ellos se nutren. Ríos grandiosos, cuya longitud es inconmensurable y cuya anchura es inabarcable; yo diría que son no internacionales, sino supranacionales, están por encima de las naciones, pertenecen a una estructura geográfica supranacional verdaderamente continental. El Amazonas es, además, todo un símbolo, pues en su cauce se unimisman, al fundirse, las aguas de todos los países pertenecientes a la gran hoya amazónica, otra gran unidad geográfica de aquel mundo nuevo.

Y no sólo los elementos integrantes del Estado se muestran comunes, al par que diferentes, en los países de la América española. También la Historia nos los muestra unificados por encima de su división política. Tres siglos nada menos de unidad imperial entre los distintos virreinatos crearon una solidaridad indestructible. Provincias un día distintas de un mismo Imperio son hoy miembros de una misma familia, ramas distintas de un mismo árbol genealógico. Sobre la distinción campea la unidad.

Juntos nacieron, juntos crecieron, juntos vivieron, juntos se proclamaron independientes los varios países de la América española. ¿Por qué no ha quedado vínculo alguno de unión entre ellos?

No es extraño que así haya sido hasta ahora. No podía ser de otro modo. Cuando con la independencia en relación con la metrópoli sobrevino la separación entre sí, no se conocían las nuevas formas de unión que, dejando a salvo la plena soberanía de los distintos países, los mantuviera unidos en una comunidad supranacional.

La forma federal no se avenía bien con el carácter de sus poblaciones. Dije que la población en la América española, cualquiera que fuera la proporción del elemento español en cuanto a la sangre, era de acentuado carácter español en cuanto a su cultura, y con ella, a sus costumbres, a su índole o manera de ser. Y el español es profundamente individualista, y lo son en la misma medida los pueblos de la América española, y por eso la forma federal, que implica una merma de la individualidad política exigida por la sumisión de los Poderes estatales al Poder federal, no era adecuada para ellos, y fué vano que se intentara ese tipo de unión entre los mismos.

Pero hoy no tiene ya razón de ser esa falta de unión supraestatal entre pueblos unidos por tantos vínculos como he enumerado, porque hoy se conocen formas de unión supraestatal sin mengua alguna de la total y plena soberanía de cada uno de los miembros de la comunidad. Y con ellas se ha abierto paso el principio de la unión sobre el de la división como signo propio de nuestro tiempo en la política de los pueblos.

No hay siquiera que atenerse a las formas ya dadas. Admitido el

principio, dentro de éste son posibles otras mil formas adecuadas a todas las características de los pueblos y capaces de satisfacer todas las exigencias.

Ahí están la Organización de Naciones Unidas, la Unión Panamericana, la incipiente Unión Europea, el Benelux, la Comunidad británica, la Liga árabe y la novísima Comunidad francesa, uniones políticas basadas en muy distintos fundamentos y constituídas conforme a principios diversos.

¿Cómo es posible que, a pesar de las razones poderosísimas que la justifican y de las exigencias imperiosas de la nueva vida internacional, no se haya puesto aún en marcha la Comunidad iberoamericana?

En Chile, el reconocimiento de la nacionalidad chilena a los españoles e iberoamericanos residentes en Chile, sin pérdida de su propia nacionalidad de origen, se fundamentaba en el «sentimiento de unidad iberoamericana», en el «ideal de solidaridad iberoamericana», y en la proposición de ley a este efecto, dicho reconocimiento fué presentado por sus fautores como «un eslabón común, el primero de otros muchos futuros y posibles».

Sí, otros muchos posibles y futuros. No sólo posibles, sino futuros. Porque esos eslabones vendrán, vendrán no inexorablemente, como suele decirse, sino libremente, pero vendrán infaliblemente en fecha no lejana.

Con ello se salvará ese gran legado de nuestros mayores, ese patrimonio común de tantos pueblos de América, un día unidos y hoy disociados.

Para que esa Unión deje pronto de ser una aspiración y sea en breve una realidad, he invocado hasta aquí la Comunidad ibérica en razón del espíritu común a todos los pueblos de la América ibérica, en el cual encuentro yo una exigencia objetiva de realización de aquella Comunidad por encima de todas las conveniencias más o menos circunstanciales.

La Comunidad iberoamericana no es en modo alguno sólo una exigencia del momento actual, aunque naturalmente en él se ha hecho posible y necesaria. Posible, porque la vitalidad de la Comunidad británica ha revelado que son perfectamente viables formas de unión supraestatal. Necesaria, porque la nueva manera de conducir las relaciones internacionales ha hecho de la unión, y no de la división, el signo de nuestro tiempo en lo que a política se refiere.

Hoy más que nunca es necesaria la unión. Tan es así que los mismos pueblos de Europa, pueblos viejos con siglos y algunos con milenios de historia, tan diversos entre sí por el idioma, la cultura

y las costumbres, con siglos de rivalidades y mutuas reivindicaciones, se encuentran en vías de realizar su unidad.

También aquí la unidad era una exigencia objetiva del ser mismo de Europa. Europa tiene común su estirpe romanogermana, su religión cristiana, su filosofía griega, su historia, su economía, su destino. Europa es una unidad supranacional, no obstante la pluralidad de pueblos de la misma y las profundas diferencias de éstos, infinitamente mayores de las que se advierten entre los pueblos de la América española y portuguesa.

Sin embargo, hasta ahora no ha pasado a primer plano su unidad. En primer plano estaba antes su división. Y no sin razón. Sola Europa en su plenitud histórica, lo que resaltaba en ella no era su unidad frente a lo que no es Europa, sino su división interna, y con ella la lucha por la hegemonía, que se disputaban sus distintos pueblos.

Pero el horizonte vital ha cambiado enteramente para Europa al aparecer dos naciones grandes por su enorme territorio y su número de habitantes. Frente a ellas, cualquiera de los viejos pueblos de Europa resulta pequeño, y de ahí el actual desequilibrio del mundo.

Para restablecer el equilibrio del mismo se hace necesaria, con una necesidad imperiosa, la unión de las naciones del viejo continente en una unidad supranacional. Ha sido así cómo la idea de la unidad ha pasado en nuestros días a un primer plano, que antes ocupaba la idea de la división.

Es cierto que por tener el mundo actual su centro de gravedad en Europa, ha sido aquí donde se ha producido el desequilibrio al resultar pequeños sus países ante las grandes uniones extraeuropeas y, por tanto, donde se ha dejado sentir de una manera más urgente la necesidad de la unión.

Pero el centro de gravedad del mundo se está desplazando hacia el Atlántico. Este océano es al mundo actual lo que era al antiguo el mar Mediterráneo. Por eso, en el equilibrio mundial, que actualmente se persigue, ha sido tan necesario como la Unión europea el Pacto del Atlántico.

Si es así, no tardará en dejarse sentir el desequilibrio en la América ibérica también, y sería lamentable que para que se abra paso en la misma la idea de la unión haya de producirse en ella una situación parecida a la de Europa.

Para despertar en la América ibérica la conciencia de su unidad debiera bastar el aldabonazo de la desgraciada suerte que por su desunión han corrido numerosos pueblos de Europa.

Y debiera bastar la simple observación de que en los graves asuntos internacionales, que a todos nos afectan, nada significan los pue-

blos que no cuentan con un inmenso territorio y un buen número de millones de habitantes. En la crisis del mundo actual hablan sólo dos pueblos y sólo otros dos quieren hacerse oír; y los demás... El pesar hoy en los conflictos mundiales no depende de la calidad, sino de la cantidad, y a los pueblos pequeños, aunque por su nivel político, cultural y técnico deban figurar en primera línea, no les queda sino unirse entre sí o ponerse a la cola de alguno de los grandes.

Por eso, la unión es el signo de nuestro tiempo en la política de los pueblos, y ha sonado la hora de que pueblos unidos entre sí por tantos vínculos y separados solamente por barreras políticas encuentren el modo de salvar éstas y de que por encima de ellas aparezca su unidad, la que emana de su comunidad de vida.

Entre los pueblos de la América española hay una efectiva comunidad hispana, y aun entre los pueblos de la América española y el de la América portuguesa hay una efectiva comunidad ibérica.

Porque el español y el portugués son dos pueblos sólo políticamente; en todo lo demás son un solo pueblo. Ocupan un mismo solar —la península Ibérica— sin fronteras naturales, tienen una misma estirpe con los mismos estratos antropológicos —el ibero, el cartaginés, el romano, el germano y el árabe—, una misma cultura greco-romana-cristiana, una misma historia y un mismo destino.

Por lo cual, el pueblo brasileño tiene la misma textura antropológica que los pueblos hispanoamericanos y el mismo espíritu. Hay, por tanto, una auténtica comunidad entre una y otra América. La Comunidad ibérica no es una ficción, sino una realidad de verdad.

Lo que esa unión, tan imperiosamente exigida por los motivos apuntados, significaría en el actual concierto de las naciones es imponderable. Hoy, que ante el peligro comunista ruso y ante el peligro amarillo chino tanto preocupa el número, la Comunidad americana ibera, con un territorio de más de veinte millones de kilómetros cuadrados y una población de ciento setenta y cinco millones de habitantes, con unas riquezas naturales inmensas todavía intactas como reserva inestimable de la economía mundial actual, representaría un peso decisivo en el equilibrio del mundo.

Encontrar la forma de unión y urgir su realización es la tarea honrosa que incumbe a los juristas y políticos de los países de la gran Comunidad americana ibera.

Antonio Salvador.
Hermosilla, 60. B.º D.ª
MADRID.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

INDICE DE EXPOSICIONES

RECUERDO DE SOTOMAYOR

Extraño azar es el que hace que en el resumen se unan en el comentario el nombre del innovador Julio González y el del academicista Fernando Alvarez de Sotomayor, maestro de muchas generaciones, creador en Chile de una escuela personal, feliz y afortunado director del Museo del Prado.

Con Fernando Alvarez de Sotomayor hemos compartido tareas de jurados y una limpia y clara amistad, que hace que hoy, al recordar al pintor, recordemos también al amigo, amigo de opiniones a rajatabla, fiel a sí mismo —primera condición humana— y, por ello, detenido en su tiempo, en su pintura y en su sabiduría académica. Como tiene que ser para que el concierto del arte tenga todas las referencias. Y no olvidemos que también, en su día, Sotomayor fué un innovador que representó una violenta reacción contra la escuela del historicismo y de la pintura social. Sus retratos con fondos de arquitectura a lo Mengs, sus escenas costumbristas gallegas, sus «romerías», la incorporación de lo popular a la pintura tendrán siempre una cita.

Aunque a algunos les pueda parecer extraño en este parangón a que nos obligan circunstancias de tiempo, podríamos afirmar que consideramos a Julio González más tradicional que a Sotomayor, hijo artístico este último de unas pragmáticas hijas de los Ranc de Felipe V. Esto de la tradición es palabra que se presta a confusiones, sin que tampoco su aplicación presuponga a quien se otorgue un pase de libre circulación a la gloria, pues la entraña en lo tradicional es mucho más compleja de lo que parece, tanta que, a nuestro juicio, el escritor más «francés» —alta ironía, gracia, alta frivolidad, etc.— de nuestra hora podría ser Pemán...

Pero dejando digresiones que nada importan para fijar famas ganadas a lo largo de muchos años, y en estados distintos, lamentémonos de la ausencia de Sotomayor, cuya palabra, tan necesaria, era para que todos meditemos y, tras la meditación, neguemos o afirmemos con más ahinco. Su pérdida es grande, y siempre estará presente su figura por las salas de los museos que muchos días hemos recorrido

a su lado. Por ellas, ahora, nos parecerá siempre ver su silueta balanceándose entusiasta ante la conquista de unas nuevas luces, de una nueva ampliación, de una nueva adquisición...; en fin, de algo que justifica el haber vivido.

EXPOSICIÓN HOMENAJE A JULIO GONZÁLEZ

Este español de apellido tan neto, tan claro, tan carpetovetónico, pertenece a esa serie de españoles fracasados, de quienes tanto nos gustaría hacer una glosa, y que puede llegar en nuestro tiempo y en su larga medida desde Juan Gris a Ciro Bayo, o desde Silverio Lanza —tan olvidado precursor— a Gutiérrez Solana... Pero el eco universal de la fama del primer gran escultor de nuestra época lo ha recogido el Ateneo de Madrid con actos de consagración íntima, que son los mejores y más duraderos. Casi nos atreveríamos a decir que con los pocos que conocían, admiraban y sabían la trascendencia de la obra del escultor catalán. El buen gusto ha presidido una exposición recoleta, breve, sin discursos de apertura, pero con gozo compartido por todos cuantos estaban en el escueto recinto de la sala de la calle de Santa Catalina. Y estamos seguros que esta vocación admirativa de los asistentes a la inauguración habrá complacido a Roberta González, hija del artista. Dos buenos catálogos —cosa poco frecuente—, unas reproducciones de dibujos de Julio González y una satisfacción de haber cumplido antigua deuda es el resumen de esta consagración nacional y, como tal, tardía hacia una de las figuras que han llevado el nombre de España a todos los museos del mundo y que han hecho posible que se puedan andar otros caminos, esos por los que ahora andan —y andan tan bien— Oteyza, Serrano, Chillida...

Julio González levantó el gran telón de la escultura con la más noble de las materias sometida al más noble de los medios, el hierro y la forja. Aquellos medios que más habrían de servir al español, ducho en el oficio desde la alta Edad Media, olvidado en malos tiempos del quehacer y vuelto a él por genio y gracia de Julio González, que habría de dar a lo ya conocido la alta esencia artística que era menester. Fué el gran precursor. Lo fué en la lucha de cada día. Desde niño, cuando entraba curioso al taller del padre; prosiguió cuando, conseguida la fama en la pintura aplicada en el cubismo, tuvo conciencia de que hacía falta seguir solo hasta encontrar la fórmula propia, después de haber realizado todas las experiencias junto a Picasso, junto a Reynal Y solo, la mejor manera, se encontró a sí mismo. No fué un encuentro definitivo que le hubiera permitido descansar en el hallazgo, fué la lucha de cada día entre la materia y el espacio,

buscando su equilibrio, la cárcel estética de uno y de otra. Y de ese gran juego —dramático envite de cada obra— salían las esculturas. Por eso todas llevan el sello de algo que se ha logrado a fuerza de ir dejando sangre en el empeño. Y por eso al morir quedan en su estudio una obra figurativa y una abstracta, cuyas diferencias de tamaño nada importan, pues gran equivocación sería hablar a estas alturas de «arte menor»... Nos figuramos la indignación de Benvenuto Cellini ante una definición que a él mismo, por iguales motivos de dimensión, podría habérsele hecho...

La exposición es toda una teoría de la escultura de nuestros días. Allí están todos los caminos de una manera clara y terminante, conseguidos a fuerza de fracasos. Agradezcamos a Francia esa hospitalidad a nuestro artista, hospitalidad que hizo posible la obra. Aunque tengamos —ellos y nosotros— como contrapartida que los mejores representantes de las sucesivas escuelas de París tengan apellidos españoles, algunos tan claros y rotundos como este Julio González, tan recatada y bellamente consagrado en el Ateneo de Madrid en víspera de primavera.

LA OBRA DE OTERO BESTEIRO

Expone en la Sala Biosca y expone también en los jardines del Museo de Arte Contemporáneo. Su obra ya fué apreciada hace años en la Sala Clan, donde, de una manera recoleta, íntima, Otero Besteiro hizo presencia de escultor. Ahora esta presencia tiene signos de madurez manifiesta, y los anuncios de ayer son fecundas realidades. Otero Besteiro hace demostración plena de sus conocimientos. Para ello ha expuesto obra diversa, que llega desde lo figurativo hasta lo abstracto. Y ha expuesto dibujos. Y esto de exponer dibujos quiere decir mucho a favor del escultor, a quien tan necesaria es la línea primera para la seria conquista del espacio y del volumen después. Como en la exposición de Julio González, ¡tan bella!, aquí encontramos también casi un curso antológico del quehacer del artista, sus dudas, sus preocupaciones, la iniciación de sus caminos. Y en cada obra la seria fundamentación del pensamiento en un oficio acabado y limpio, del cual no puede prescindir el escultor, cuya huella es necesaria en la materia y no sólo en la concepción ideal. Desde la inevitable cabeza de niño hasta los grandes cuerpos de animales pensados para «vibrar», exentos, entre la jardinería, Otero Besteiro hace curso de sus conquistas y de la realidad de una obra sentida, luego meditada y por último realizada con el temblor de la mano y la mente clara, no enturbiada

por el gozo directo. Límite éste que hay que guardar siempre en el largo recorrido que existe entre la idea y su plasmación.

VENANCIO Y SU TORO IBÉRICO

Venancio es otro escultor que en la Sala Nebli presenta una deliciosa colección de esculturas. Es extenso en la muestra, aunque esta vez sus preferencias se centran en el tema taurino. Y buena ocasión sería ésta para que un gran toro ibérico, que solitario desafía al porvenir, fuera emplazado, a su tamaño natural, en monumento cercano a nuestra plaza. Bien merece ese toro, con toda la poesía a cuestas, que nuestra empresa rindiera homenaje al héroe de la fiesta con un emplazamiento que diera una significación estética a la tragedia griega, que tan buen arraigo tuvo en España, primeramente en tierras navarras, para luego hacerse andaluza, castellana y salmantina.

Pero, aparte de ese toro de lidia que pide su monumento entre verde hierba o amarilla arena, Venancio ofrece una visión de fiesta y sus azares fuera del tópico de ayer. El movimiento, el expresionismo a ultranza, sustituye a la copia efectista, a la que estamos tan mal acostumbrados, y la escultura conserva toda la gracia del continuo azar taurino. El aire —espacio vital— existe entre los «huecos» y volúmenes que piden su dimensión más alto. Añadamos al acierto escultórico la perfecta fundición hecha por Venancio, con el buen acuerdo de conservar manchas y calidades del barro o de la cera y los restos de la fundición, que prestan a la obra encanto de pieza antigua o trabajo que el buen oficio ha regalado al artista, que ya sabía buscar el regalo.

VENTO

Vento expone con Venancio. Expone una pintura expresionista, sin que por ello se olviden las calidades inmediatas, ya que Vento es pintor de nascencia y en cualquier medio halla méritos y fundamentos plásticos. Ahora ha cambiado el cuadro pensado por el lienzo hecho «desde» la misma tela. No es ocasión de glosar aciertos de pensamiento, sino de afirmar que en esta modalidad —¿más fácil o más difícil?— Vento se asegura el puesto de primera fila que conquistó con su primera exposición en el Ateneo. Tome el camino que fuere, su personalidad está siempre firme, y eso es lo que importa. Siempre lleva a la pintura un mundo propio, al que tiene que dar «salida» obligada. No será ésta su última prueba. Hará más, muchas más, hasta que encuentre la definitiva, que será el resumen, sabio resumen y sentido resumen, de todas las experiencias hechas con hondas razones

del alma, pues Vento es pintor al que acompañará la historia de sí mismo.

NÚÑEZ LOSADA Y SU PAISAJE

Casi diríamos «un» paisaje, pues este pintor, buen ganador de medallas, ha hecho siempre «un paisaje», ha dado a su pintura unas cualidades de tal índole que no se pueden confundir con otras. Bien sean los Picos de Europa o las torrenteras del Tajo, sus telas, expuestas en la Sala Goya, tienen unas características uniformes y un afán de fidelidad lumínica, terrestre y, sobre todo, orográfica que ha dado ya en la historia de nuestro paisaje contemporáneo.

Núñez Losada es pintor heredero de una escuela realista alemana del siglo XIX, y en ese lugar se halla como un eje al que nada mueve; acaso un airecillo, muy a lo Espina, que pone en sus cuadros, a veces, da la sensación de que algo existe vivo entre nosotros y la última montaña que Núñez Losada ha elegido.

JUAN GUILLERMO

Son muchos los años de enamorada asistencia al espectáculo de la Pintura. En ellos hemos visto nacer y morir, nacer y permanecer y, en rara ocasión, nacer y crecer.

La Pintura, en la mano ancha y fuerte de Juan Guillermo, ha ido creciendo en cada etapa. Ha sido un crecimiento consciente, conseguido duramente y por camino más difícil. Pintando, Juan Guillermo, en esta época confusa, ha sido un solitario. Desde su estudio-atalaya del viejo paseo de la Castellana ha visto cómo unos y otros corrían en busca de la fórmula milagrosa que les diera gloria y satisfacción. El ha preferido encontrar cada día aumentada su paz, contento su sosiego. Para ello era preciso estar a solas consigo mismo en permanente diálogo entre la tela, el color y las formas; era necesario, después de andar —no viajar— por campos de Jadraque, al buen compás de consejos de Berceo y versos de Machado, quedarse a solas muchas horas, fuera de tanta ida, de tanta venida...

Pocos son los pintores que pueden quedarse a solas con la Pintura sin pasearla, sin dialogarla, sin publicarla, y por eso cada etapa en la vida artística de Juan Guillermo es una victoria sobre el secreto y el velo de la pintura; cada vez ha conquistado algo de manera definitiva y ha conseguido, en tiempos en que todos se parecen, no parecerse a nadie ni a ninguno. Pero para sorprender, desvelar, descubrir a las formas un nuevo sentido ha sido necesario largo tiempo de soledad, de entrega, de unción, de íntima comunión entre el alma y el pincel. El

premio es que en nuestra historia, y en el eco universal de esa historia, ya existen «Juan Guillermos», ya existe un mundo propio, original, independiente, que nos ha regalado el pintor a todos. Un mundo claro, limpio, realizado de arriba abajo, sin trampa ni cartón.

Juan Guillermo es un arquitecto de la Pintura. Huye de la facilidad, de la temible mancha, del equivocado boceto, de ese amagar y no dar, tan frecuente, tan propicio, para que parezcan las cosas lo que no son en realidad. Los lienzos de Juan Guillermo admiten la medida oro. Están construídos a conciencia, con ciencia, con paciencia lírica... Cada toque de pincel, cada hallazgo del color, es el resultado de muchas meditaciones entusiastas, de muchos silencios, de largas miradas por los hombres y los campos... Es una pintura fundamental, siempre concebida en una órbita propia, con macizo eje y también con rumor de pájaros en torno.

Toda la obra de Juan Guillermo está extraída de la raíz, de las raíces del hombre y de la tierra. Son como tremendos versos de Unamuno, a los que luego el color, el gran milagro, dota de una esencia sutil, de una fragancia y de un aroma de un verso de San Juan de la Cruz... Estamos deseando, desde que hemos puesto el nombre de Juan Guillermo, hablar de la poesía que emana su obra y que surge poderosa, natural, de la misma Pintura, en donde nace y se asienta. No está buscada, «traída», amañada; está inserta en esos azules, en esos ocres y cadmios de cuya vibración tiene el secreto el ancho pincel de Juan Guillermo.

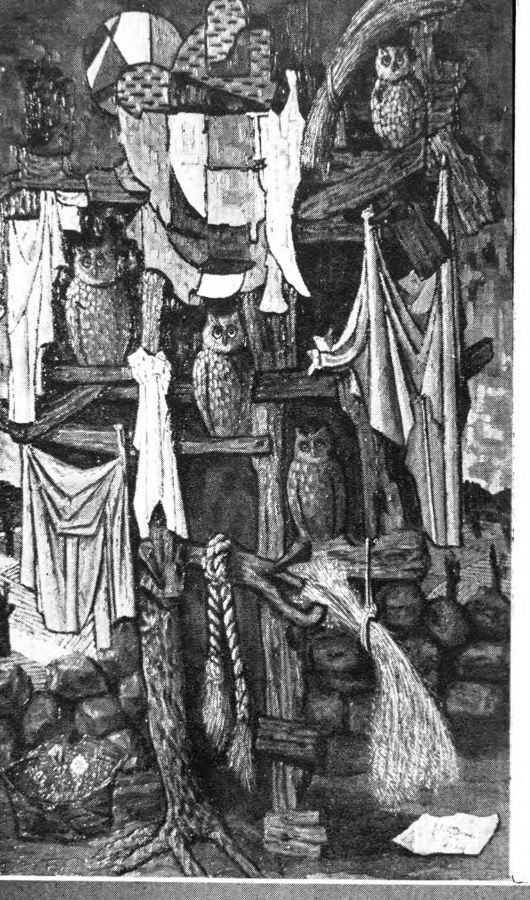
Para Juan Guillermo parece hecha esta frase de Picasso de las charlas a Teriade: «Yo no trabajo del natural, sino delante de la Naturaleza, con ella misma.» Y así, confundido con ella, en estrecha unión espiritual, Juan Guillermo nos va presentando la buena epopeya de su pintura, en donde el objeto, al parecer mínimo, cobra su gran dimensión, su peso y su medida.

La obra de Juan Guillermo, como creación artística, tiene a su favor algo que es imprescindible: un sistema de ideas que la respalda. Ahí se halla el gran intríngulis de esta pintura que sabemos ya en las antologías y en la historia. Y esta pintura tan directa, de dicción tan clásica y tan nueva, tiene por eso la más alta categoría formal y un gran aliento metafísico. En el honrado quehacer de Juan Guillermo hay siempre un dolorido sentir, hay música de un verso de Garcilaso, hay una sana tragedia y una bella tragedia, donde todos los destinos se cumplen, pero se salvan también por la esperanza que en cada cuadro de Juan Guillermo casi tocamos con la mano... Si valiera la expresión, diríamos que en estos cuadros de nuestro pintor asistimos a dramas que tienen en última instancia asegurada la gracia angélica.



«La cogida», escultura de Venancio.

«Nocturno marino», por Juan Guillermo.



«Espantapájaros benévolo», de Juan Guillermo.

«Volumen», de Otero Besteiro.

Y lo que sí sabemos de una manera rotunda, definitiva, es que nos hallamos ante la Pintura, con mayúscula y en serio, con ficha segura para esos recuentos del futuro que sólo gana la obra nacida, sentida y hecha con la única aspiración de estar en paz con uno mismo, huyendo de estar en paz con los demás. Y por eso, cuando sobrevengan los naufragios nos quedará como eslabón seguro y cierto esta pintura plena de filosofías y puesta en el lienzo casi con sangre del propio corazón.—M. SÁNCHEZ-CAMARGO.

EL SER, EL TIEMPO Y LA MUERTE EN LA POESIA DE JOSE MARIA EGUREN

EL SER

Como no es filósofo, Eguren no intenta una definición del ser. En cambio, puede expresarlo mediante el símbolo poético, imaginado en el instante en que la mente está absorta ante el misterio, contraída en la indagación ontológica. El ser es el

dominó vacío, pero animado

Vacío, vacío, apenas una tela. Menos que un fantasma y, sin embargo, ciento por ciento vivo, es el ser separado de sus cualidades, sin corporeidad, sin antecedentes, sin transmigraciones. Una esencia cuya naturaleza ignoramos.

Además de abstracto, este «ser» es un disfraz. Está desfigurado para que no sea conocido. En el vértigo de la meditación ontológica, ante el abismo de la oscuridad y el silencio, el poeta imaginó al ser como algo distinto a su apariencia. Como un disfraz.

De esta manera nos ha dado una extraordinaria, originalísima y profunda imagen poética del ser, que nos induce a su sentimiento —sentimiento del ser— igual que una definición nos conduciría a su conocimiento.

Alumbraron en la mesa los candiles
moviéronse solos los aguamaniles,
y un dominó vacío, pero animado,
mientras ríe en las calles la verbena,
se sienta, iluminado,
y principia la cena.

Ya hay algo más que lo animado en el disfraz vacío. Al sentarse a la mesa se le ve iluminado. Es como si frente a la vida de relación, próximo a dialogar con los comensales, hubiese adquirido plenitud de existencia. Ahora es un ser existencial. Si el lector desease penetrar

en el detalle, podría tomar el participio «iluminado» como sugerencia de comunicativo, locuaz, sonriente, ingenioso..., o quizá el poeta ha querido significar intensidad de pasiones.

Su claro antifaz de un amarillo frío
da los espantos en derredor sombrío
esta noche de insondables maravillas

Insondables ciertamente, porque estamos en el límite de la nada. El antifaz de un amarillo frío es la imagen de la muerte. Veremos en otros capítulos que la idea de la muerte pinta en la retina de Eguren el color amarillo.

¿Qué mejor antifaz para ese «dominó vacío» que el rostro enmascarado de la muerte? Con dramática lógica, el poeta ha creado un protagonista cuyas esencias son el ser y la muerte. Es una manera altamente bella de expresar el destino de la vida: morir. Pero hemos de morir con espanto («da los espantos en derredor sombrío») y el miedo ha de transmitirse al mundo exterior, conmoviéndolo, trastornando sus circunstancias, pues el antifaz amarillo

tiende vagas, lucífugas señales.
a los vasos, las sillas
de ausentes comensales

Sin embargo, el signo del momento es el goce de vivir, pleno de dicha, porque es la

...alta noche de voluptad ignota

Voluptuosidad ignorada por el dominó, pero henchida de promesas, de fragantes recuerdos y embriagueces al otro lado de los muros, «en las calles (donde) ríe la verbena».

¿Qué hará el ser, transido de muerte?

En la luz olvida manjares dorados
ronronea una oración culpable llena
y abandona la cena.

Renuncia a los goces («olvida manjares dorados»), se cree culpable y recurre a Dios con palabra triste y sombría. Entonces, lleno de preces y de culpa, abandona la cena.

La frustración de la vida. Vivir no es sino mero preparativo de algo que jamás se realiza.

Un ensayo de Mariano Ibérico sobre el sentimiento del tiempo (1) me dió la clave para comprender a Eguren.

El filósofo sanmarquino explica que cuando ciertos hechos del pasado se estereotipan no sólo como recuerdo, sino con vigencia de presente, operando como presente, quien así los vive tiene el sentimiento del tiempo mágico.

En el tiempo histórico, diríamos el tiempo normal o común, el suceder pasa por los planos de pasado y presente; pero en el tiempo mágico o mítico estos planos son simultáneos. Para Don Quijote, cuya luminosa locura inspiró a Ibérico el estudio sobre el tiempo, el pasado es «a la vez ido y actual», sentimiento que le hace ver como realidad del presente la existencia de caballeros andantes, quienes eran ficciones del pasado. «Al contrario del tiempo histórico, que es un pasar irreversible —dice el ensayista—, el tiempo mítico se renueva, lo que implica el retorno del pasado, que, sin dejar de ser pasado, vuelve a incorporarse a la plena actualidad del presente.»

La poesía de Eguren está fuertemente impregnada del tiempo mágico.

El tiempo mágico, que lanza a Don Quijote a la aventura, estimula en Eguren las preocupaciones ontológicas y le sirve eficazmente para el logro de creaciones que no tienen comparación en la historia de la poesía.

La más característica es el caballo:

Viene por las calles
a la luna parva
un caballo muerto
en antigua batalla

No es que haya resucitado. Sigue muerto, pero «viene por las calles». El pasado, sabe Dios cuán remoto, durante el cual el equino tuvo existencia, retorna «como nuevo presente».

Retorna también, más escalofriante que el pasado de la vida, el pasado de la muerte, el episodio de la muerte, «en antigua batalla».

Es un caballo en el que funcionan simultáneamente la vida y la muerte.

Sus cascos sombríos...
trepida, resbala;
da un hosco relincho,
con sus voces lejanas.

---

(1) *El Retablo de Maese Pedro. Estudio sobre el sentimiento* del *tiempo en don Quijote,* por Mariano Ibérico Rodríguez. «Revista de Letras», órgano de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, números 54-55, pág. 5, 1955; reproducido posteriormente en el libro, del mismo autor, *Perspectivas sobre el tema del tiempo,* Lima, 1958.

El plural indica diversos grados de lejanía («voces lejanas»), porque el sujeto gramatical no se refiere a varios animales, sino a uno. Sus voces vienen como escalonadas, de todos los rincones del pasado, hasta el más remoto; y en este surcar el tiempo, nuestro pensamiento encuentra el pasado de la vida, o sea la plenitud vital del caballo. Así nos gana, también a los lectores, el sentimiento del tiempo mágico.

¿Cómo ha de ser sino hosco el relincho de un caballo muerto? El animal se muestra huraño, esquivo, áspero, porque está usando una propiedad de la vida —relinchar— que no le pertenece; y además se le entraban los pasos («trepida, resbala») y sus cascos son sombríos como las manos de los hombres espectrales. Hay en esta imagen, obtenida con acumulación de materiales de angustia, una gran fuerza expresiva que, rompiendo los límites de la lógica, nos da la versión completa de la muerte; más patética que si el poeta nos hubiera presentado un caballo yacente, yerto o mostrado sus huesos descarnados.

En la plúmbea esquina
de la barricada,
con los ojos vacíos
y con horror, se para

La barricada ha sido seguramente el lugar de la antigua batalla. Allí murió el que ahora retorna y llega hasta la silenciosa esquina gris, otrora escenario de fragor. Entonces el equino vuelve a vivir su muerte («con ojos vacíos y con horror, se para»). Ya no hay hoscos relinchos ni andares vacilantes. Sólo las cuencas de sus ojos vacíos... y el horror eterno que sufre, la conciencia de su muerte.

Eguren ha creado otros de estos muertos cuya vida perdura en el tiempo mítico. Leamos «Los delfines».

en amplio salón cuadrado
de amarillo iluminado
principia la angustiosa contradanza
a la hora de maitines
de los difuntos delfines.
... ...
ora avanzan en las fugas y compases
como péndulos tenaces
de la última alegría.

La alusión al tiempo es manifiesta en la figura del péndulo, sugerida por la objetividad con que el poeta canta el rítmico ir y venir de los delfines en la danza. El reloj marca las horas del tiempo mágico; y en sus manecillas, o en el péndulo, está asida, tenaz, sobreviviente, «la última alegría».

En «Lied III» los muertos vivientes son cosas. embarcaciones náufragas:

En la costa brava
suena la campana
llamando a los antiguos
bajeles sumergidos.
... ...
Carcomidos, flavos,
se acercan vagando...
.. ..
En la costa brava
suena la campana,
y se vuelven las naves
al panteón de los mares.

Los bajeles muertos no tienen sentido. Es distinto de estar al garete. Simplemente vagan. En la inmensidad de los mares no hay para ellos ni ruta ni puerto. Por toda esperanza sólo esperan que vuelva a sonar la campana para retornar «al panteón de los mares».

LA MUERTE

A pesar de que la muerte es su tema primordial, Eguren no hace necroscopias.

Nada hay en sus creaciones que se asemeje siquiera lejanamente a ese hurgar en las emanaciones de los cadáveres, en que es maestro el genial autor de «Las flores del mal».

El simbolista peruano jamás habría imaginado el macabro relato de Baudelaire:

Al borde de un camino una carroña infame
en lecho de piedras sembrado.
... ...
Las moscas bordoneaban sobre aquel vientre pútrido
del que salían batallones
de larvas negras, que corrían como líquido espeso
por esos vivientes jirones (2).

Muy otra es la visión de Eguren. Sus muertos no pasan por la etapa de descomposición, no cumplen el proceso hacia el polvo, no necesitan formol.

O viven en el tiempo mítico, como el caballo y los delfines, o en ellos la muerte está cristalizada, hecha marfil. Purificada.

Contemplé en la mañana
la tumba de una niña
. ...
Murió canora y bella
y están sus restos blancos como el marfil pulido (3).

Ante el esqueleto, Eguren evoca la vida con serena nostalgia. Pone de lado los crespones funerarios que le quitan perspectiva al recuerdo,

---

(2) Carlos Baudelaire, *Las flores del mal.* Editorial Losada, Buenos Aires, 1953, traducción y prólogo de Nydia Lamarque: «Una Carroña».
(3) José María Eguren: *Sombra*: *La muerte de marfil.*

dulzura al pasado. El poeta puede, por haberse situado más allá de lo perecedero de la carne, eternizar en el hueso («como el marfil pulido») la existencia de la muerte.

Entonces, qué sonriente, dichosa y alegre, a pesar de la tumba, se siente la niña de marfil.

¡Y qué intensa vida hay, cuánta vida en su recuerdo!

Pensé en el jardín claro, en el jardín de amores
de la beldad despierta

... ...

pensé en la rubia aurora de juventud que amara
la niña, flor de cielo.

... ...

...la núbil áurea, bella de otras edades,
ceñida de contento.

La magia del poema es maravillosa. Logra la resurrección de la niña. «Ceñida de contento», que se entiende además como un cuerpo formado por la dicha, un cuerpo que la felicidad ha dibujado. Hay un rejuvenecimiento radiante. El momento de «núbil áurea», el de más alto potencial de amor durante la vida de la niña, está eternizado en la muerte.

Este recuerdo de la ausente, surgido ante sus «restos blancos», es como un río de aguas azules, una corriente de inolvidable transparencia que regresa de la muerte hacia la vida.

En cambio, el recuerdo de los muertos es sombrío y triste, catapulta de la desesperación, cuando en ellos perdura aún la forma que tuvo la materia viva. Ese recuerdo irá siempre hacia la muerte. Es lo que Eguren rechaza, se niega a ver, porque en la forma de la materia que tuvo vida se concentra todo el horror de la muerte.

Formas, sólo formas de la vida, son las manos muertas, una sobre otra, implorando; el semblante del recién fallecido, expresivo de sus últimas emociones, como dormido para que el ensueño sea más íntimo..., y la carne allí, helada, la misma que se estremecía de angustia o de goce, intactos los órganos de los sentidos como si prosiguieran conduciendo el flúido de la lucidez. O el plumaje del ave recién muerta, sedoso, brillante, íntegro para el vuelo; o la piel lustrosa del caballo y sus ijares nerviosos. Tendido todo esto, inútil, yerto. Sólo forma, forma sólo de la vida.

Es lo que sigue muriendo, en el muerto y en nosotros. Recordemos a Vallejo: «Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo» (4).

Los muertos de Eguren ya no mueren. Viven y brillan. Contra-

---

(4) César Vallejo, *España, aparta de mí este cáliz. Masa.*

riamente a lo fúnebre, son muertos blancos, como la de marfil, o como

los nevados muertos
... ...
lentos brillan blancos
por el camino desolado (5).

Sobre todo son tranquilos, angélicos:

Pasó el vendaval: ahora
con perlas y berilos,
cantan la soledad aurora
los ángeles tranquilos (6).

Aquí advierto un sentimiento escatológico. El vendaval simboliza el fin de todo, la muerte total. El poema dice que están «caídas las hojosas plantas de campos y jardines».

Se alejan de madrugada
y con la luz del cielo en la mirada
los ángeles tranquilos

La muerta de marfil tiene quizá, en su vieja tumba, «la luz del cielo en la mirada».

En «La marcha fúnebre de una marioneta» encontramos excepcionalmente en la obra poética de Eguren la imagen de una recién muerta («Pobrecita la muñeca que la van a sepultar»). El sepelio, solemne. Se imagina suntuosa, reverente, la pompa funeraria. Tras la carroza delantera

va en azul melancolía
la muñeca...

Por ser la muerte un pasado inmediato, Eguren modifica la realidad. En el poema revierte el hecho fúnebre, elaborando con éste una fuerza vital: la melancolía.

Aquella azul melancolía de la muerta significa que la marioneta ha recuperado los atributos de la vida, los de orden espiritual, que son los superiores. Mientras la van a sepultar, perfuma sus ensueños con esencias de vaga tristeza, que eso sería su azul melancolía.—EMILIO ARMAZA.

---

(5) José María Eguren, *Sombra*: *Los muertos.*
(6) José María Eguren, *La canción de las figuras*: *Los ángeles tranquilos.*

UNA SOCIEDAD LITERARIA HISPANOAMERICANA EN PARIS EN 1868

Las sociedades y tertulias literarias son de rancia raigambre en la cultura de España, Francia, Italia y los países hispanoamericanos. Por razones de temperamento y cultura, el hispánico se ha habituado con suma facilidad a la vida del café, al *salon littéraire,* a la academia literaria, al casino y a otras reuniones culturales que no exigen demasiada reglamentación. Son atracciones más de inspiración que de disciplina, lo que gusta al temple de nuestra raza.

Desde tiempos remotos, en España y en las capitales virreinales de las Américas, la asociación de amigos para cambiar impresiones, a veces políticas, a veces intelectuales, y para la difusión de la cultura o para recitar, declamar, o simplemente escuchar y ser escuchado, estas asociaciones o tertulias han constituído un eslabón relevante en la vida intelectual y cultural de nuestros países.

Un curiosísimo caso se nos presenta en 1868, en París, al establecer varios intelectuales hispano-hablantes la «Sociedad Latino-Americana Científico-Literaria» (1). Esta agrupación posee doble valor en la historicidad de la cultura hispánica: primero, por el empleo del término «Latino-América» en esa fecha, y segundo, por el hecho de que varios hispanos, en el extranjero, en el año 1868, poseen suficiente afán intelectual e interés cultural para constituirse en una sociedad literaria. Esto se encuentra sólo entre los hispanos, como lo han hecho en otras ocasiones en Roma y en otros sitios. De que el emigrante español (u otro) se asocie a sus compatriotas en el extranjero, formando así un centro gallego, asturiano, andaluz, etc., como los que existen en las Américas, nada tiene de particular. Pero de que unos cuantos escritores y no escritores de habla española, seguramente algunos refugiados entre ellos, formen una sociedad literaria en tierras extrañas, para continuar sus actividades, esto constituye un verdadero acontecimiento hispánico. Esto muestra el espíritu intelectualmente inquieto del hispano, el afán de la continua difusión de la cultura del país respectivo, de oír y ser oído, de conocer y dar a conocer. En época posterior lo mismo hicieron Rubén Darío, Gómez Carrillo, Vargas Vila, García Calderón y otros, en París también, así como lo han hecho en otras épocas los hispanoamericanos en Nueva York y en Madrid.

Se ha venido diciendo que el término «Latino-América» se acuñó

(1) París, Imprenta Latino-Americana de Rouge Hermanos y Comp., calle de Four-Saint Germain, 43. 1868. 18 pp. Existente en la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana.

a fines del siglo XIX o principios del presente, y sin embargo aquí lo encontramos empleado entre gentes de la América hispana en París y en 1868. Como ya he probado en otro caso (2), el término «Amérique Latine» se conocía en París desde 1862, año en que se publica *Recueil complet des traités, conventions, capitulations, armistices et autres actes diplomatiques de tous les états de l'Amérique Latine.* París, 1862-1866, 7 tomos. No cabe duda de que el ahora muy divulgado término «Latin America» de los americanos del Norte procede del francés y su origen se remonta tal vez a mediados del siglo pasado. Esta expresión fué lanzada por Francia y apoyada por Italia con miras interesadas, sustituyendo la de «Hispanoamérica», con la intención de asumir las directrices que había perdido España. Hay que tener en cuenta, además, que el hispanismo francés en la segunda mitad del siglo XIX carecía del fervor generoso de que ha disfrutado, por ejemplo, en los Estados Unidos. La fundación de una sociedad literaria en París en esas condiciones es aún más de admirar. Algunos de los «Estatutos y Reglamento Interno» de dicha sociedad eran:

Artículo 1

Se establece en París una Asociación con el nombre de Sociedad Latino-Americana Científico-Literaria.

Artículo 2

El objeto de la Sociedad es:

1.° Formar en París un centro de reunión entre los latino-americanos.
2.° Fomentar la unión y el progreso científico, literario y artístico de la América latina.

Artículo 15

La Sociedad fundará un periódico para la publicación de sus trabajos.

Artículo 27

La lengua castellana se usará exclusivamente en todos los trabajos de la Sociedad.

(2) Critical Bibliography of the Term «Latin America» in the Nineteenth Century», *Books Abroad,* Norman Oklahoma. U. S., Spring. 1953, vol. 27, número 2, p. 146.

Artículo 37

La Sociedad se reserva la facultad de abrir concursos científicos, literarios y artísticos entre los latino-americanos, y de conferirles recompensas.

La primera reunión preliminar de esta Sociedad se verificó el 3 de marzo de 1868, en la que tomaron parte los señores Dalmiro Cabral, del Uruguay; Francisco Gómez Calaça, ingeniero de puentes y calzadas, del Brasil; Eulalio Cazares, de Méjico; Manuel Ceballos y Lorenzo Ceballos (hijo), ambos de Méjico; Luis Fernández y Pasalagua, de Méjico; cierto Guzmán (ya David, del Salvador, o Enrique, Secretario de Legación de Nicaragua); Manuel Lemus, agricultor, de Guatemala; José María Ponce de León, pianista y compositor, de Colombia, y Pedro Visca, del Uruguay, personal mencionado en los estatutos.

La primera sesión de la Sociedad tuvo lugar el 13 de marzo, presidida por el señor Fernández y Pasalagua. Se discutió la cuestión de los estatutos. El señor Visca fué nombrado presidente de esta comisión. La discusión del reglamento interno duró desde el 29 de junio al 5 de septiembre de dicho año, y la Sociedad se reunió durante este tiempo en su local provisional, calle des Quatre-vents, número 6.

El Consejo de la Sociedad para el año de 1868 estaba integrado, entre otros, por Pedro Visca, Presidente; David Guzmán, primer Vicepresidente; Francisco Navarro, segundo Vicepresidente; Luis Fernández y Pasalagua, Secretario general, y Manuel Lemos, Tesorero. El Presidente de la Sección de Bellas Artes y Literatura era Lorenzo Ceballos. Había 52 miembros fundadores. El Secretario anunció que la sesión de inauguración de la Sociedad tendría lugar el 7 de noviembre. Entre otros miembros fundadores mencionados en el mismo cuaderno de los estatutos merecen citarse a Miguel Aguiar y Domingo Madán, cubanos.

El Consejo de la Sociedad para el año de 1869 estaba compuesto de los siguientes señores, entre otros: Carlos Calvo, Presidente; Pedro Visca, primer Vicepresidente; Luis Fernández y Pasalagua, Secretario general, y Guillermo López, Tesorero.—JOSÉ SÁNCHEZ.

Sección Bibliográfica

EL PSICOANALISIS, HOY.—Varios.—Luis Miracle, editor.—2 volúmenes.—Barcelona, 1959.

Si echamos una ojeada al mundo actual, distinguimos en seguida estas tres fuerzas ideológicas: 1) el calvinismo radical de la Teología dialéctica protestante; 2) el Marxismo, y 3) el Psicoanálisis. (El Existencialismo pierde, cada día, más vigor y sus adeptos se pasan al comunismo.)

Un pesimismo atroz une a esos tres movimientos ideológicos: el hombre queda, ya rebajado ante un *Dios ultrajusticiero,* ya aprisionado entre las mallas de un *fatalismo económico,* o bien maltratado por las maquinaciones de un *instinto todopoderoso.*

Y bajo ese pesimismo trabaja una visión maniquea y diabólica del hombre.

El Psicoanálisis supone una de las conquistas más grandiosas de la humanidad. Ha contribuído al conocimiento del hombre; ha roto máscaras y caricaturas y ha centrado, con justeza, infinidad de problemas. La Filosofía, la Ciencia y la Religión han tenido que entendérselas con él. Negarlo significaría una injusticia y un retraso.

Pero esto no debe ser obstáculo para conocer el verdadero rostro del Psicoanálisis: rostro de una expresión turbia como lo es el del Existencialismo. Ambos analizan la existencia. Pero ¿lo hacen con fidelidad o más bien movidos por algún oculto prejuicio?...

Como ha señalado Gustave Thibon, el Psicoanálisis está poseído por el «espíritu de izquierdas», que consiste en idealizar el mal y la bajeza después de haberlos desenmascarado. Por eso el Psicoanálisis es una actitud «confusa». (El «espíritu de derechas» es escéptico y reaccionario precisamente porque no confunde. En muchas acciones y personas lo revolucionario supone una ligereza apoyada en una confusión anterior.)

La obra que comentamos es fiel a la ideología de Freud, aunque no es mera repetición, sino ampliación de sus principios al contacto de la experiencia clínica. Prueba de su profundidad y solvencia es el capítulo en que vamos a entrar. Se titula «Psicoanálisis v educación», a cargo de los doctores Favreau y Doumic.

La posición freudiana es ajena a estos dos extremos: aquel que considera al niño como un pequeño animal que requiere ser domes-

ticado, y aquel otro según el cual el niño es un pequeño adulto responsable de sus actos.

Freud parte, además, de la existencia de un «inconsciente» en el niño y en el educador, de una relación «inconsciente» adulto-niño.

Los articulistas describen la evolución infantil para investigar las aportaciones que el psicoanalista puede ofrecer al educador. Veámoslo.

I. En el período comprendido entre el nacimiento y el tercer mes es característico el *modo global* —no diferenciado— de las sensaciones y reacciones correspondientes... En este tiempo tiene un valor incalculable la relación alimenticia con la madre. La frustración alimenticia desencadena la angustia.

II. De los tres a los nueve meses se percibe la diferenciación, *se objetiva todo,* se adquiere conciencia del propio cuerpo. La sonrisa adquiere un tono personal. El lactante emite sonidos vocalizados que la madre repite instintivamente como un eco, dando lugar al nacimiento del lenguaje.

Ahora ya puede el niño soportar la frustración alimenticia, *la espera* se le va haciendo familiar, logrando una satisfacción mental e intensificándose luego el placer real —esperado o imaginado anteriormente.

Se le aumenta la conciencia y es capaz de representaciones mentales. Sabe reconocerse en el espejo y responde a su nombre.

Conviene que el destete sea progresivo, sin suprimirlo. No conviene tampoco obsesionar al niño con la limpieza.

III. Estudian después los autores el período que va de los nueve meses al tercer año, en el que sobresale el fenómeno de las deposiciones. El niño se siente inquieto porque asocia este fenómeno al temor de despedazamiento.

La madre debe procurar que el pequeño no pierda su seguridad, rehuyendo ella toda actitud repulsiva o de repugnancia.

Así se van estudiando las distintas etapas de la niñez, con sus respectivas consecuencias para la educación.

El matrimonio de los padres, el embarazo y el nacimiento tienen gran importancia para la progresiva transformación del niño en adulto.

El trabajo termina con estas conclusiones:

1) evitar las actitudes traumatizantes;

2) entender todas las reacciones del niño a tono con los estadios de evolución por que pasa;

3) no obsesionarse con los métodos, cuyos fallos pueden ser compensados con un amor profundo.

«Para nosotros, la educación debe permitir al niño renunciar a poner en obra sus deseos agresivos, al par que prosigue beneficiándose

de la energía que le proporcionan para lograr su inserción social de la mejor manera posible.

La educación debe permitirle conservar suficiente libertad para aceptar sus deseos sexuales con el fin de poder tener acceso al amor» (I, pág. 333).

A pesar de esta declaración, el lector habrá advertido cómo en el Psicoanálisis todo viene determinado *de antemano*. El espíritu y su actividad característica —la libertad— apenas si cuentan.

La obra, que contiene dos volúmenes de 430 páginas cada uno, está magníficamente presentada, aunque se advierten graves erratas de imprenta —como ocurre en el capítulo tan interesante titulado «Psicoanálisis y trastornos de la sexualidad».

Además de los citados, tienen gran interés los trabajos siguientes: «Psicoanálisis y sexología», «Psicoterapia psicoanalítica de las psicosis», «Psicoanálisis y profilaxis mental», «Evolución del Psicoanálisis», «Panorama de la literatura psicoanalítica» y «Organización del Psicoanálisis en el mundo».

El aficionado español dispone con esta obra de lo más moderno, solvente y completo que hay sobre el Psicoanálisis. Es una obra escrita en colaboración por los psicoanalistas ortodoxos franceses que forman la «Sociedad psicoanalítica de París» —creada para transmitir y continuar los descubrimientos del maestro judío.

No queremos terminar sin hacer una pequeña referencia a la polémica, ya vieja, sobre el Psicoanálisis en sus relaciones con el Catolicismo.

Rudolf Allers —el gran hereje del Psicoanálisis y fundador de la famosa «tercera escuela»—, desde una firme y sólida formación filosófica, ha dado serios golpes al freudismo, llegando a sostener que no hay posibilidad de entendimiento entre el Psicoanálisis y el pensamiento católico (1).

Rolland Dalbiez (2) —también filósofo católico— ha llegado, sin embargo, a esta conclusión: aunque la antropología freudiana es inadmisible, su método de exploración del inconsciente puede ser utilizado por cualquier ideología.

Pero nos preguntamos: si este método supone en su raíz —y esto no puede negarse— una concepción del hombre, ¿serán idénticos los resultados si se parte de una antropología determinista y biológica que si se hace desde una posición teórica cristiana? Creemos que no. El

---

(1) En breve daremos al lector un comentario de la obra de este autor: *Pedagogía sexual y relaciones humanas*.

(2) *El freudismo y el método psicoanalítico*. Dos vols. Desclée. Buenos Aires.

psicoanalista, cuando explora el subconsciente para interpretarlo y liberarlo, no es ajeno a su concepción del hombre.

Habría que desnudarlo demasiado para que el método psicoanalítico pudiera ser compatible con cualquier ideología.—ROMANO GARCÍA.

JOSE MARIA DE LA PEÑA Y CAMARA: «ARCHIVO GENERAL DE INDIAS DE SEVILLA. GUIA DEL VISITANTE». Dirección General de Archivos y Bibliotecas.—Madrid, 1958.

La Junta Técnica de Archivos, Bibliotecas y Museos acordó en 1958 conmemorar el centenario del Cuerpo facultativo con una serie de publicaciones, y entre ellas la de esta *Guía del Archivo General de Indias de Sevilla,* de su Director, don José María de la Peña.

Dos guías de este Archivo se han publicado y agotado. Esta es la tercera guía, y tiene importantes novedades, entre ellas, que la historia de este Archivo no se hace en una mera narración cronológica de su desenvolvimiento, sino en una serie de estampas, trazadas con elegante estilo, de amena y atractiva lectura, y se acusa la tradición archivística simanquina como origen y como fuente de la mayor parte de su documentación.

Destaca el autor que la idea del fundador del Archivo, el gran archivero, investigador e historiador del siglo XVIII, don Juan Bautista Muñoz, fué la de reunir los fondos indianos que se habían recogido en el Archivo imperial de Simancas y los que hubiera en Madrid, en Cádiz y en diversos centros sevillanos, no con un prurito meramente conservador, sino con el fin de que sirviese esta ingente documentación para escribir una moderna historia crítica de América, idea nueva entonces y aun revolucionaria en la historia de los archivos, pero que había de ser luego la esencial y básica de todos ellos.

La novedad más notable de esta Guía estriba en sus apéndices —I, «Descripción de las secciones», y II, «Orientación bibliográfica»—, sobre todo el I, que viene a ser el avance de la *Guía del investigador* de este Archivo que prepara el mismo autor y que será acogida con fruición por los investigadores de historia americana.

No es necesario encarecer la importancia que tienen para el investigador las guías, catálogos, inventarios o índices de los fondos de un archivo. En la medida de nuestras fuerzas hemos contribuído a hacer este tipo de trabajo, dando a conocer unos tres mil manuscritos de América casi desconocidos, en publicación hecha hace seis años por el Instituto de Cultura Hispánica, y, además, hemos excitado,

promovido y estimulado la publicación de estos catálogos y guías de documentación histórica.

Decíamos en aquella publicación que «la ignorada existencia de importantes documentos, manuscritos y libros de los archivos y de las bibliotecas es comparable al desconocimiento de las riquezas minerales que esperan su denuncia y explotación. Por esto, todo catálogo impreso de documentación histórica desconocida es como un público anuncio de ricos yacimientos de fácil extracción y beneficio»; y añadíamos: «Así, cada uno de los que aparecen en las librerías prolifeeran rápidamente en libros, en tesis doctorales, en folletos o en artículos monográficos.»

En un gran archivo es muy difícil llegar a la catalogación individual del documento o del expediente; pero por medio de estas guías y catálogos, sobre todo de los parciales, con su correspondiente cronología y sus índices onomásticos, es fácil llegar o encontrar lo que se busca, si está allí.

La catalogación de los grandes archivos, de los archivos generales, es comparable a la triangulación cartográfica. Se comienza por la triangulación de primer grado, con altas y señeras cumbres; esta triangulación es semejante a la clasificación en secciones. Después, dentro de cada triángulo de primer grado, se marcan otros muchos de segundo grado, basándose en accidentes geográficos que los señalen con precisión. Esta triangulación es análoga a la que dentro de cada sección se hace en el cuadro correspondiente a cada una. Cada triángulo de segundo grado se divide, a su vez, en otros menores de tercer grado, con análogas normas, y estos triángulos son parejos de los cuadros que la Guía trae en la Sección V, o de Gobierno.

Hechos estos triángulos de tercer grado, se señalan en el mapa los polígonos, que se determinan por accidentes naturales —ríos, arroyos, cuerdas de piedra, vaguadas o crestas...— y artificiales —caminos o carreteras, ferrocarriles, canales, etc.—, y en cada polígono se croquizan, miden, fotografían las parcelas, numerándolas y fichándolas individualmente con su superficie, cabida, linderos, calidad, propietario, etc. En nuestro caso es ya la indicación de la fuente directa del documento: audiencia, cabildo o parroquia, para llegar al fin a la particularización o individualización del documento: expediente, sentencia, testamento o asiento.

Aunque, como puede verse en esta Guía, hay inventarios y catálogos de muchas de sus secciones, son rarísimas las secciones y apartados que han llegado a tener un índice particularizado y onomástico; porque ésta es una ingente labor, obra de muchos años y de muchos catalogadores, pues hay que considerar que los fondos de este Archi-

vo son ¡39.000! legajos; y si se tiene en cuenta, por otra parte, la reducida plantilla del personal facultativo de este Archivo, que ha de atender preferentemente las demandas personales o escritas de los investigadores, sólo podrán uno o dos funcionarios dedicarse a la minuciosa y delicada tarea de catalogar las toneladas de papel escrito que suponen esos miles de legajos.

El ideal es que todo Archivo llegue a tener esta particularizada catalogación; es decir, su catastro parcelario. Sin ella no se llegará a conocer a fondo su riqueza documental.

Cuando se piensa en esto, en la trascendencia nacional e internacional de este Archivo General de Indias, tan consultado por españoles y extranjeros, y en que, salvo unas cuantas secciones, cuentan con índice y catálogos, manuscritos o impresos, en catalogación que pudiéramos llamar de tercer grado; en que es rarísima la sección o subgrupo que tenga catálogos particularizados con índices onomásticos; en que quedan miles y miles de legajos sin catalogación particularizada..., y que, por tanto, se tardará siglos en catalogarse si no se cambia el sistema, hay que pensar en arbitrar soluciones para remediar este mal; pero no es del caso tratar aquí y ahora de estos problemas archivísticos.

Esta Guía, sobre todo con sus dos apéndices, viene a dar a conocer a los visitantes y lectores iniciados en historia de América el cuadro general de los fondos de este gran Archivo y la descripción de cada sección, así como los inventarios y catálogos, manuscritos e impresos, con que cuenta y los catálogos e inventarios de fondos americanos de otros centros diferentes, tanto de Sevilla como de otras ciudades de España, y ellos nos hacen vislumbrar la utilidad que ha de reportar a los historiadores de América la anunciada *Guía del investigador* de este Archivo de Indias, que prepara el mismo autor de esta *Guía del visitante.*

Aunque sean los «documentos» en el sentido técnico archivista —escrito oficial de carácter público— los papeles más abundantes de un archivo, hay también otro tipo de documentación informativa, como los manuscritos —de carácter privado—, más abundantes en las bibliotecas, que son también de interés primordial para la investigación histórica; pero hay además otros elementos informativos de extraordinario interés, como son: libros, folletos y hojas impresas, mapas y planos, dibujos, objetos arqueológicos o etnográficos, objetos de arte y aun monumentos y lugares históricos de España, relacionados todos con América, que son también de gran interés para el americanista que vive o que viene a España. Tomamos esta palabra «americanista» en su sentido lato, muy lejano del estricto y viejo concepto europeo, inter-

nacional, de americanista que aún pervive anacrónicamente en el Diccionario de la Academia de la Lengua, que cree que americanista es sólo la «persona que cultiva y estudia las lenguas y las antigüedades de América».—José Tudela.

JUAN GARCIA HORTELANO: «NUEVAS AMISTADES».— Seix Barral. Barcelona, 1959. 315 págs.

Esta novela, que obtuvo el premio «Biblioteca Breve» de 1959, revela a un novelista. La narración nos hace asistir a la vida de unos cuantos jóvenes de la alta burguesía madrileña, vida vacía, abundosa de dinero, bebidas y fácil sexualidad. Ninguna de las preocupaciones intelectuales o éticas que acucian hoy la existencia española. Me interesa destacar que García Hortelano narra limpiamente, sin introducir pegotes morales; la lección se desprende por sí sola, sin necesidad de que el novelista intervenga con prédicas enfadosas.

La novela está muy bien construída, la acción —mínima— se desarrolla con creciente interés y con brío. Los diálogos —y casi toda la novela es diálogo— están magistralmente traspuestos, y los tipos se delinean vigorosamente. El estilo es flúido, nos arrastra, y la novela se lee de un tirón. Al margen de las discusiones, ya un poco reiterativas, sobre las nuevas técnicas —no tan nuevas evidentemente—, creo que *Nuevas amistades* demuestra que no hay que tenerle miedo al fantasma de la pérdida de los lectores si el novelista se aparta de los llamados módulos tradicionales de novelar. García Hortelano, sin concesiones, ha escrito una novela de gran público, o por lo menos yo tengo esta impresión, lo que por otro camino me confirma el carácter, diríamos macizo, con que ha sido trazada esta obra, que aparentemente se ofrece al lector con una impresionante libertad de relato.

Un incidente, que enfrenta a unos pocos personajes, y paulatinamente a todo el grupo, con una realidad fundamental, como es el riesgo de la vida y la moralidad de la conducta —moralidad vista no en sí misma, sino en su reflejo en el Código Penal—, arroja la narración por un despeñadero de dinamismo, sabiamente calculado, que sin pérdida de pulso la lleva hasta su final. No importa que algunos detalles rocen la inverosimilitud, ni que el personaje que poco a poco se impone a todos en un fenomenal derroche de energías sólo tenga diecinueve años. La marcha de la novela no nos permite detenernos y disuelve estas posibles minucias críticas en su casi agresiva sensación de realidad.

García Hortelano demuestra además un buen dominio del idioma,

aunque para mi gusto sea éste el punto más débil de la obra. Abusa a veces de algunas palabras, como «maquillaje»: cuando una señorita se arregla, parece excesivo decir que se maquilla, como si fuese una actriz preparándose para salir a escena. O incurre en inexactitudes, como cuando dice: «Pedro descendió el tono de la voz» (pág. 98), por «bajó»; «ondulaban las estribaciones de un monte» (pág. 165); o cuando, con manifiesta desproporción, escribe: «Joaquín descansó la cabeza en la fachada» (de una casa) (pág. 17), «Gregorio proyectó beber un sorbo» (pág. 197), etc. A veces se trata de expresiones poco felices, del tipo de aquellas que tanto irritaban a Unamuno: «Juan bajó el pie del bordillo de piedra de la baranda del "Metro"» (página 152). Sin embargo, me interesa hacer constar que *Nuevas amistades* no se resiente en absoluto de estos fallos lingüísticos: lo mismo que los posibles reparos de inverosimilitud anteriormente apuntados, se olvidan con creces en la espléndida armonía del conjunto.

Si alguna cualidad merece destacarse especialmente entre las que García Hortelano demuestra poseer, me inclinaría por la de narrador. Y creo que para ser un buen novelista hay que ser previamente un buen narrador. *Nuevas amistades,* y su premio, nos desquita de tantos premios literarios tan desventuradamente concedidos.—ALBERTO GIL NOVALES.

CRONICA DE POESIA

El notable librito con el que Francisco Brines obtuvo el premio Adonais 1959, y que acaba de ver la luz en la veterana colección poética de «Rialp» (1), nos descubre en primer término, y aparte la segura existencia en Brines de un innegable temperamento poético, la mediterraneidad sustancial de su autor, indirecta pero suficientemente expresada en los aspectos psicológico y paisajístico de *Las Brasas,* un amor grande a la Naturaleza —disuelto el poeta en ella, nada hay en el libro de Brines que no parezca venir de ella misma— y una expresión bellamente fluctuando entre lo familiar y lo inusual, lo diario y lo misterioso, fundiéndose muchas veces lo uno en lo otro y penetrándose mutuamente casi siempre, como si en los accidentes más nimios estuviese en constante inmanencia (y lo está, desde luego) el soplo raro e iluminador de lo excepcional:

El visitante me abrazó, de nuevo
era la juventud que regresaba,
y se sentó conmigo...

(1) Francisco Brines, *Las Brasas.* Premio Adonais 1959. Vol. CLXXIII de la Colección «Adonais». Ed. Rialp. Madrid. 1960.

Francisco Brines es del riente pueblo de Oliva, por tierras de Valencia, y son aquel paisaje y aquella frutal cuajazón del aire nuevo con naranjos, con olivos, con huertas, con un vecino mar de plata, quienes penetran y constituyen el punto de partida de sus escrituras, como en su día constituyeron el de partida y llegada de las de Gabriel Miró y José Martínez Ruiz, imbuyéndolas de serenidad y de riqueza. No en vano hemos recordado vivamente a veces, durante la lectura de *Las Brasas,* a los dos viejos maestros de la prosa, y en ningún otro pasaje de este libro parecen darse la mano un mundo mironiano y repleto como contemplado, a la vez, por un «Azorín» que siente huir doloridamente al tiempo, a las cosas y a las memorias:

Junto a la mesa se ha quedado solo,
debajo de las vigas, en penumbra
los muros. Los naranjos arden fuera
de luz, y el mar de velas blancas, suben
encendidos los pinos por el monte.
En la madera del balcón, las horas
se detienen, y el mundo se imagina
con el amor que quiere el pecho...

Esta extensa elegía en ocho cantos, «Poemas de la Vida Vieja», que abre el libro tras una breve y no muy interesante pieza de ambientación, es, con mucho, lo mejor de *Las Brasas;* feliz y sucesivamente lograda, el endecasílabo blanco sirve a la perfección su intención continuativa y «argumental», al tiempo que al espíritu mismo del texto, conmovido y conmovedor. «El Barranco de los Pájaros», poema en siete fragmentos, es otra pieza de *Las Brasas,* donde el poeta enhebra recuerdos de adolescencia trascendidos a un melancólico sentir en torno a la fugacidad y al dolor, al tiempo que a la hermosura, de la vida. «Otras Vidas», la serie última de cuatro poemas, prolonga las más acusadas características del poeta, siendo revelador, con respecto a su firmeza de formación y emociones, el hecho de que el carácter estático de su poesía corresponda luminosamente —también como en «Azorín», Miró y cierto Miguel Hernández, no el más brillante, pero sí el más hondonal de su misma, rica y estática geografía originaria.

Parece evidente que *Cerrada Noche* (2) se trata de un libro de poesías descriptivas, de más o menos rápidos apuntes, ampliados a veces hasta un máximo desarrollo espiritual, pero, en casi todos los casos, como bañados en una luz pretendidamente provisional e impresionista, con mucho de pictórica, puesto que no en vano es su experimentado autor, Rafael Santos Torroella, crítico de arte y firmante de excelen-

(2) Rafael Santos Torroella, *Cerrada Noche.* Premio Boscán 1959. Instituto de Estudios Hispánicos. Barcelona, 1959.

tes monografías sobre Valeriano Bécquer, Dalí, Joan Miró y, en este mismo libro, de dos poemas a Pablo Picasso y a «un pintor» innominado. Son los bellos poemas inicial y final, con otros pocos, entre los que señalaremos a los titulados «1940», «Antesala del sueño», «El secreto» y «Frente al Ampurdán», quienes más plenamente escapan del indicado tono general del volumen y se adscriben a un tipo de poesía preeminentemente introspectiva, llena de dramática sinceridad interior y muy lejanamente machadiana:

Dice mejor, acaso, la voz rota.
No siempre justifica la muerte que define.
Vivir es todavía librar una derrota.
Aquí nadie renuncie hasta que no termine.

Una serie del segundo apartado del libro, «Cuaderno», nos era ya conocida mediante su anticipo en la revista *Papeles de Son Armadans.* Se trata de verdaderos apuntes viajeros en verso, profundizados en mayor o menor medida, que no rebasan en algunas composiciones los cinco o seis versos de arte menor y que acceden en otras al soneto o, como en «Cristo de los Catalanes», al extenso poema libre. «Alba de Tormes» es el más bello y redondo pasaje de esta colección.

Sobreviene después, con el título «Años», una serie de apuntes autobiográficos en el tiempo, donde alcanza su mayor nivel la más profunda capacidad lírica del autor, y dan cuenta del libro las partes respectivamente tituladas «Presencias» —de «retratos poéticos» interiores, tan logrados en la sustancia como «Poética en J. R. J.» o «A Antonio», o en la forma, como en el perfecto soneto «Viajera contigo»— y «Bitácora», de impresiones marítimas, entre las que aparece una composición tan breve como feliz, tan ligera como conseguida. Se trata de «Obra Viva, Obra Muerta»:

Al sollado, con la noche.
El agua entenebrecida.
Al filo del mar y el sueño
entramos en obra viva.

Y al aire en pie, con el alba,
que la memoria renueva,
por la escotilla salimos
a ser también obra muerta.

Ilustra «Cerrada Noche», primorosamente editado, una airosa baraja de dibujos de Grau Santos.

Soliman Salom, nacido en Edirne en 1921, autor de libros de poemas en francés y en castellano, y actual enviado especial en Madrid del periódico *Milliyet,* de Estambul, entrega ahora esta excelente selección y versiones de poesía turca contemporána, último volumen

extraordinario de Adonais (3) y primera que de la misma se hace en nuestra lengua.

El estudio inicial, también de Salom, nos desarrolla una comprimida pero interesante referencia a la poesía turca en el tiempo, aclarándonos que, con excepción del «Villon turco», Yunus Emre (1275-1350), la poesía nacional estuvo totalmente absorbida hasta el siglo XIX por las corrientes estéticas orientales; el género persa del «Diván» es también la poesía clásica de la literatura turca; sólo a partir de 1839, en que arranca el Tanzimat (La Reforma), movimiento eminentemente político y social que representa un decidido acercamiento a la cultura de Occidente, y que, con la excepción del poeta Tevfik Fikret, perteneciente a aquel período, supone para la poesía turca una futuridad de enérgica independencia de las corrientes orientalistas, sin que, acaso por la misma intensidad del esfuerzo revolucionario, exista una «poesía del Tanzimat» propiamente dicha. Sucede luego una indecisa época de transición, a la que sigue un floreciente período, en el que se apoya el actual, y que otorga a la lírica turca un tono y un carácter del todo nacionales, hijos finalmente absolutos del país mismo y de sus poetas. Yahya Kemal y Ahmet Hasim son sus más representativas figuras. Finalmente, el «esfuerzo hacia la novedad» —en la feliz expresión de Salom— alcanza en la década de 1930 a 1940, y principalmente mediante el trío poético integrado por Orhan Veli, Melih Cevdet y Oktay Rifat, un tipo de poesía nacional y universal al mismo tiempo, dando al traste definitivamente con el concepto dogmático de la poesía y de la estética que cinco siglos de dominación intelectual orientalista habían legado a Turquía.

No podemos dar cuenta de esta reseña, tan forzada y penosamente breve, sin una alusión a la propiedad y a la viveza con que estos interesantes poemas, que oscilan desde temas y ambientes miliunanochescos hasta las más fieras expresiones de todas las vanguardias, han sido traducidos al español por Soliman Salom.—FERNANDO QUIÑONES.

LUIS SANCHEZ AGESTA: «El concepto del Estado en el pensamiento español del siglo XVI».—Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1959.

Desde la promulgación del Decreto de 9 de octubre de 1939, que creaba el Instituto de Estudios Políticos, sus ediciones han venido

(3) Soliman Salom, *Antología de la Poesía Turca Contemporánea*. Volúmenes CLXXI y CLXXII de la Col. «Adonais». Ed. Rialp. Madrid, 1959.

constituyendo una de las tareas más importantes entre las que se ha desplegado la actividad de aquél. A través de originales, reediciones y traducciones, el Instituto de Estudios Políticos ha contribuído a afirmar en España las nuevas técnicas jurídicas, administrativas y político-sociales, incorporando, al mismo tiempo, a nuestro país a los diferentes movimientos culturales europeos.

Pero la labor más importante que ha llevado a cabo el Instituto ha sido, sin duda alguna, su contribución a revalorizar, aclarar, revisar y difundir el pensamiento político español, dedicando a ello, en estudios y monografías, el esfuerzo de las más prestigiosas figuras de la ciencia jurídica, histórica y política españolas.

En esta segunda línea se encuentra la obra de Luis Sánchez Agesta *El concepto del Estado en el pensamiento español del siglo XVI*, en la que, partiendo de un estudio minuciosamente realizado sobre las obras y las ideas de los grandes juristas españoles de aquella época, principalmente del Padre Vitoria, de Domingo de Soto, de Juan José de Sepúlveda, de Alfonso de Castro y de otros muchos, se fundamenta la afirmación de que en sus obras se contiene no sólo una filosofía, sino una teoría del Estado, es decir, su declaración y conceptuación como una realidad histórica. «Esta teoría del Estado —nos dice el profesor Sánchez Agesta— no es simplemente una supervivencia del pensamiento medieval, ni tampoco un movimiento retrasado, sino algo rigurosamente contemporáneo al tiempo en que se desenvuelve.»

Señala también el autor el hecho de que esta escuela tiene un puesto señalado en la historia de la cultura, juega un papel principalísimo en la historia política, y en cuanto a la historia de concepto político-jurídico, marca el tránsito desde el concepto del «imperium» al de soberanía como «summa potestas». Destaca igualmente el hecho de que muchos de estos libros, aun sin ser polémicos, fueron libros de polémica, por lo que casi ninguno pasó inadvertido en el mundo, sino que, por el contrario, despertaron persecuciones y censuras, fueron algunas veces a la hoguera de la mano del verdugo y suscitaron en otros la adhesión de discípulos y continuadores. Los más originales pensadores políticos del siglo creyeron un deber recitarlos y tenerles en cuenta, en contraste con la anticipada crítica de un profesor alemán que calificó todo este pensamiento como «filosófico tardío».

El profesor Sánchez Agesta ha expuesto toda esta teoría del pensamiento no en un gran manual, sino en un libro reducido, que no llega a los dos centenares de páginas, y esto, al reducir no su extensión, pero sí su exposición, lo que se pierde en extensión se gana en intensidad y posibilidad de difusión, ya que un tomo de tan cortas

páginas podrá llegar a todas las manos y a nadie abrumará el esfuerzo de su doctrina.

La obra está constituída en tres grandes apartados: en el primero, se traza un cuadro general de los principios en que se asienta la teoría del Estado de los juristas españoles, y así tenemos que se pasa revista a la raíz histórica del poder estatal, al principio de la teoría del Estado en la escuela española de la época, al planteamiento ético del Estado y a la concepción teleológica.

«Por la fuerza misma con que expresó la teoría jurídica de una nueva realidad —nos dice el autor— se hace necesario estudiar los factores en que se apoyó, y a esta labor está dedicado el segundo gran capítulo de la obra, en el que se contrapone la teoría de la concepción del Estado a las fórmulas jurídicas medievales. Por último, se demuestra, en la última parte, hasta qué punto tuvo esta escuela una concepción sistemática de las funciones del poder público del Estado, y nos hallamos, por lo tanto, con un análisis muy detenido del concepto de la potestad suprema o soberanía en el pensamiento de la época, analizando sus elementos y dedicando una gran atención a subrayar la agudeza y la modernidad patente en sus ideas fundamentales.

Por último, unos apéndices, de los cuales el primero contiene un repertorio de autores políticos de la época, y los siguientes, unos estudios sobre las fuentes medievales de la doctrina de soberanía y sobre el papel de magisterio en el siglo XV, completan esta obra, que viene a llenar, sin duda alguna, un vacío importante, y de la que es de esperar no tarde en verse continuada por trabajos más extensos que lleve a cabo el propio autor, ya que el tema, dadas las amplias posibilidades que nos ofrece Luis Sánchez Agesta, es bien sugestivo y digno de atención.—RAÚL CHAVARRI.

INDICES DEL TOMO XLII

NUMERO 124 (ABRIL DE 1960)

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA A LA VISTA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección Bibliográfica:

Portada y dibujos del dibujante español Aguilera Amate.

NUMERO 125 (MAYO DE 1960)

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA A LA VISTA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección Bibliográfica:

Portada y dibujos del pintor español Fernando Olmos.